



SS

**SERVICIO
SECRETO**

JACK GREY
**CHANTAJE
TRAGICO**



Jack Grey

Chantaje trágico

1.ª EDICION
NOVIEMBRE.-1951

EDITORIAL  **BRUGUERA**

Proyceto, 2 - T. 284453

BARCELONA (6)

Chantaje
TRAGICO

POR JACK[®] GREY

CAPÍTULO PRIMERO

RESPUESTA MACABRA

—Me encuentro en un apuró, señor; un apuro de juego... ¿entiende? ¿Quiere comprarme este reloj de oro? Vale quinientos dólares y se lo dejo por ochenta, que son los que necesito ahora.

Hilary Ghourley miró con cierto desdén al que le hablaba, dejó sobre el mostrador la copa de *whisky*, retrepóse en el taburete, apoyando en la barra los codos, y dirigió al fin la vista hacia el cronómetro que su interlocutor mostraba entre los dedos.

—¿De dónde deduce que me interesa ese adminículo?

—Pues... de ninguna parte. Me he dirigido a usted como podía haberlo hecho a cualquier otro. Perdón si le he molestado.

Hizo ademán de alejarse. Hilary le contuvo.

—Espere. Déjeme verlo.

Examinó la pieza en venta.

—¿Dice que ochenta dólares?

—Sí, señor.

—Supongo tendrá la factura. No pretendo ofenderle, pero ya se hará cargo de que estas operaciones no pueden hacerse a ciegas.

—La tengo, pero no aquí. Cuando salí esta noche no pensaba apelar a este recurso. Si quiere aguardarme, iré a casa por ella.

—No, déjelo; tengo prisa.

—Vivo a dos pasos, en la calle Cincuenta y cinco, Norte.

—¿En la calle Cincuenta y cinco, dice?... Precisamente he de cruzarla. Le acompañaré.

El diálogo había tenido lugar en alta voz y varios parroquianos lo oyeron con relativo interés.

Hilary Ghourley abonó el importe de lo consumido y salió del bar juntamente con el vendedor.

La calle estaba poco concurrida. Una densa niebla lo envolvía todo.

Apenas los dos hombres se encontraron a unas docenas de yardas del establecimiento, preguntó el propietario del cronómetro:

—¿Qué hay, Ghourley?

—Nada... no sé nada, señor Homolca.

El así apellidado hizo un gesto de disgusto y replicó secamente:

—¿Ahora salimos con ésas? No creo se haya propuesto tomarme el pelo, ¿verdad? Quedamos ayer en que le buscaría esta noche con un pretexto cualquiera, por si había alguien que observase, y que «cantaría» usted. ¿A qué viene ese cambio?

—Es que... tengo miedo. No sé por qué me parece que hay cierta desconfianza acerca de mí.

—Acabemos, «amigo»: ha avanzado ya mucho para hacer marcha atrás. Sabe que le tengo en mis manos y que puedo hundirle. Tiene que decidirse: la libertad, pasaporte y pasaje para donde quiera y el premio ofrecido, o la cárcel.

Hilary estremeciósse y miró en derredor esforzándose en penetrar la densa masa húmeda que desdibujaba personas y cosas.

Añadió Homolca:

—Será mejor que juegue limpio sin pensar en escabullirse ni en hacerme una mala pasada. Aun en el caso de que saliera con bien, tardaría poco en caer bajo las balas de mis compañeros.

Caminaban despacio y doblaron la esquina da la calle Cincuenta y cinco.

La conversación, en términos poco afectuosos, se hizo larga. Ghourley fue cediendo hasta declararse vencido.

—Mañana, a las once de la noche, tendrá usted lo que desea —terminó diciendo—. Le esperaré en la puerta del «Bar Nuevo», calle Treinta y tres, Oeste.

—Supongo que no se repetirá lo de hoy. Si no comparece o si sale con otra dilación...

—Lo doy mi palabra.

—Bien. Le recomiendo que la cumpla.

Separáronse. Homolca dirigióse hacia la izquierda, no tardando en llegar a su coche, al cual subió, alejándose a buena marcha.

Mientras, Hilary Ghourley permaneció quieto, hundida en el pecho la barbilla y encajados los dientes.

Oyó un leve roce de sedas a sus espaldas y se volvió rápido. Una mujer huía. No la reconoció, porque la niebla espesábase de minuto en minuto. Sintió frío en los huesos y la garra del pánico en la garganta. Maquinalmente avanzó, queriendo dar alcance a la desconocida, pero no tuvo éxito; esta perdióse por una de las callejuelas próximas.

Procuró el hombre serenarse. En medio de todo, ¿qué tenía aquello de particular? Lo más probable era que se tratase de cualquier joven de vida airada que iniciaba su deambular nocturno.

Para acabar de serenarse, entró en el primer establecimiento de bebidas que pudo hallar y pidió un doble de *whisky*.

Entre tanto, Homolca llegaba a la calle Cincuenta y cuatro y detenía el coche ante la casa señalada con el número ochenta y seis. En el ascensor se hizo conducir hasta el noveno piso y llamó al timbre de una de las puertas.

Una criada fea, de indefinida edad, acudió a abrirle.

—Hola, preciosa —saludó el muchacho, tratando de tocarle la barbilla a la par que entraba.

La sirvienta rezongó algo ininteligible, que lo mismo podía ser maldición que muestra de gratitud, pues su duro rostro recordaba al pedernal, y le dejó franco el paso.

—Dile al jefe que estoy aquí.

Sonó dentro la simpática voz de un hombre.

—Entra, Erle.

Apartóse la mujeruca y Homolca avanzó hasta una puerta que franqueó resueltamente.

Tras la mesa escritorio hallábase Dave Bruce, inspector del F. B. I.

Era hombre joven, fuerte, de cabellos castaños y ojos oscuros, melancólicos.

Nadie, a excepción de los jefes y del personal adscrito a sus órdenes, estaba enterado que pertenecía al organismo en cuestión. Dada la índole de los asuntos que constituían su especialidad, se tuvo siempre cuidado, mayor que con otros elementos de que permaneciese en el anónimo.

El agente Erle Homolca, hombre dinámico, con aspecto de niño, aunque ya pasaba de los veintiocho octubres, disfrutaba la confianza absoluta del inspector, quien, además, distinguíale con su

particular afecto.

—Te veo mala cara —añadió Bruce, luego de responder con un movimiento de mano al saludo de Homolca.

—¡Tú verás si debo ponerla de pascuas! Ghourley me ha salido con que tiene miedo porque cree que desconfían de él.

—Y es posible que esté en lo cierto.

—Bueno, y eso ¿qué nos importa?

—No seas impulsivo, chavalote. Ha sido una suerte para nosotros que reconocieras a ese sujeto como antiguo espía y que, con amenazas y promesas, hayas conseguido su predisposición a darte los nombres de sus jefes, así como las pruebas suficientes para caer sobre ellos.

—No es sólo por eso, sino porque está quejoso de cómo le tratan.

—Bien, por lo que sea. Lo cierto es que nos interesa pueda llevar a cabo su cometido sin tropiezos. Conviene, naturalmente, que no se vuelva atrás, pero sin un exceso de prisa por nuestra parte que le lleve y nos lleve a perderlo todo —hizo una pausa para encender un cigarrillo y continuó—: Constituye una pena que no hayamos podido localizar todavía el sitio en que se reúne con sus compinches.

Erle había tomado asiento en el brazo de un butacón y torció el gesto al replicar:

—Sí; admito mi fracaso en tal sentido. Es hábil como pocos para escabullirse, cuando sospecha que se siguen sus pasos. De todos modos, si mañana sale con otra antífona me pegaré a él como la sombra al cuerpo.

Siguió exponiendo sus propósitos. Dave lo escuchaba sonriente, divertido con aquellos arrebatos, y aconsejándole, hábil y certero.

Homolca tomaba nota mental de cuanto le decía su amigo y jefe, a quién admiraba profundamente.

Ghourley dejó su automóvil en la esquina del Chinatown y, tras convencerse de que nadie se ocupaba de su persona, continuó el camino a pie.

Anochece. Bowery, la ciudad china, ofrecía el desagradable aspecto de sus callejas pestilentes, agudizado por la lluvia menuda y prolongada que contribuía al aumento de la suciedad.

El espía penetró en una tienda de curiosos objetos artísticos y

dirigiéndose al mostrador estuvo hablando varios minutos con el asiático que acudió a atenderle.

Pareció como si no encontrando allí lo que apetecía penetrarse en las dependencias interiores a buscarlo, pues el dependiente así lo daba a entender con sus ademanes expresivos.

Antes de adentrarse, dirigieron ambos rápidas ojeadas a la desierta calleja.

Apenas hubo caído tras ellos la espesa cortina que cubría la puerta que acababa de cruzar, el asiático oprimió un resorte. Separóse un estante, cargado de mercaderías, dejando libre un hueco débilmente iluminado por el que desapareció Hilary. El dependiente hizo otra ligera manipulación y el estante ocupó su sitio primitivo.

Ghourley, conociendo bien el camino que pisaba, recorrió el estrecho pasillo que se ofrecía a sus ojos, subió los peldaños de una escalera tortuosa y tiró, con breves intermitencias, del cordón de una campanilla que sonó lejos.

Esperó pacientemente a que le franqueasen la entrada.

—Hola, Bey.

—Hola.

Antojósele a Hilary que el «hola» pronunciado por su compinche era seco como un pistoletazo, pero no dio a entender el efecto que le había producido.

Juntos, luego de cerrar nuevamente, anduvieron hacia el centro de aquella casa decorada con gusto y lujo.

—¿Hay algo de particular? —quiso saber el recién llegado.

—Es posible que lo haya. Entra ahí. Te aguardan.

Le señaló una habitación próxima.

Ghourley experimentó una especie de malestar físico. Vaciló. Bey le observaba fijamente.

—¿No me has oído?

—Claro que sí; pero... ¿qué tono es ése?

—Uno de los muchos que tengo. Los empleo según las ocasiones. Anda, pasa.

Abrió la puerta y empujó a Hilary.

Sentados cómodamente había varios hombres, cuyas miradas claváronse en Ghourley. Éste creyó ver en todas una dura acusación, si bien trató de serenarse diciéndose que era, sin duda,

su estado de ánimo lo que le inducía a encontrar extrañas las cosas normales. Aquéllos eran sus compañeros; los que colaboraban con él en distintas empresas ¿por qué habían de parecerle distintos a como siempre fueron?

Les saludó más afectuoso que de costumbre. Las respuestas sonaron secas, unas; irónicas, otras.

—Temíamos que no vinieras hoy y ya nos disponíamos a ir buscarte —dijo Bey.

—¿Y eso?

—Parece ser que el jefe quiere echar contigo una parrafada. Voy a decirle que estás aquí.

Desapareció por otra puerta.

Advirtió Hilary que aumentaba su inquietud. Quiso trabar conversación sin conseguirlo, pues ninguno de sus compañeros mostraba ganas de complacerle.

Minutos después reaparecía Bey, anunciando:

—Ya vienen.

Se levantaron todos.

Poco tardaron en entrar Oliver Jackson y Kang Li Seng. El primero era un hombre cuya edad oscilaría alrededor de los cincuenta años, más bien bajo, grueso, de mirada penetrante como la de un halcón; el segundo, de raza amarilla, parecía un hueso. También sus ojillos calaban como puñales.

Aumentó el desasosiego de Hilary. Era cosa poco frecuente que Jackson acudiese a aquellas reuniones. Por lo general, Kang Li Seng, jefe subordinado a aquél, transmitía las órdenes y orientaba sobre la mejor manera de realizar los trabajos.

Oliver dirigióse a Ghourley con sonrisa helada y cual si no hubiese nadie más en la habitación.

—Hola, muchacho. Me alegro de verle.

—Señor Jackson...

—Siéntese... Siéntense todos.

Lo hicieron él y el chino. Los demás les imitaron.

—¿Qué hora tiene usted, Ghourley? —preguntó de pronto Oliver.

—Las siete y cuarto —dijo éste, sorprendido, mirando su reloj de pulsera.

—¿Está seguro?... ¿Por qué no lo comprueba en el cronómetro

que adquirió anoche?

Hilary abrió desmesuradamente los ojos. Quiso hablar y las palabras murieron en su garganta. Agudizóse la fría sonrisa que jugaba en los gruesos labios de Jackson.

—¿No lo lleva consigo? —insistió.

—No... No...

—¡Qué lástima!... Nos hubiera gustado verlo. Sally, nuestra simpática colaboradora, nos trajo la noticia. Tampoco ella tuvo ocasión de admirarlo. Oyó unas palabras de usted en la calle y, para comprobarlas, entró en el bar donde se llevó a efecto la transacción... ¡Son tan curiosas las chicas!

Hilary notó que se ahogaba. Se aflojó el cuello de la camisa.

—¿Tiene usted calor?... Hace más bien frío.

—Señor Jackson, yo...

Interrumpióle Oliver. Su acento, en una transición rapidísima, se hizo duro, incisivo:

—¡Usted es un traidor despreciable como todos los traidores! Hace ya tiempo que despertó nuestras sospechas; le hemos sometido a vigilancia y anoche obtuvimos una confirmación de las mismas. La traición, entre nosotros, se paga con la vida. Va usted a morir, probablemente, pero le vamos a conceder el derecho a defenderse. Vamos, hable.

Hilary realizó un par de esfuerzos estériles. Al cabo de los mismos pudo tartamudear:

—Nada malo he hecho... No me explico... Debe haber un error.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre? Reconozca que no se excede en argumentos.

—Pero ¿argumentos de qué índole?

La voz de Jackson cobró tonalidades más escalofrantes aún:

—¿Qué es lo que había usted de llevar a las once de esta noche a ese sabueso del

F. B. I.?

Ghourley tragando saliva, hizo cuánto estuvo a su alcance por dar paso a una sonrisa, al mismo tiempo que decía:

—¡Ah, se trata de eso!... ¡Claro!... Llegué a asustarme.

—Sin motivo, ¿verdad?

—Sin ningún motivo. Ese hombre me conoce de antiguo y ha tratado de sonsacarme. Precisamente pensaba hablar del asunto.

Oliver hizo un gesto de grato asombro. Hilary lo captó enseguida y cobró esperanzas.

—¿Debemos entender, entonces —inquirió el jefe—, que le vio usted anoche casualmente y por primera vez desde que está a nuestro servicio?

—Desde luego. Se me acercó con el pretexto del reloj. Yo lo seguí, comprendiendo que deseaba decirme algo; me pidió noticias de mis actividades; le eché un embuste y le prometí llevarle hoy las pruebas de que hago una vida sencilla...

—¡Miente usted! —le atajó Jackson—. Lleva varios días entrevistándose con el tipo en cuestión.

—Es que... Verá...

—¡Basta!

Dirigióse a dos de los espías, añadiendo:

—¡Llévenselo!

Hilary se dio cuenta de lo que significaba aquello. Le iban a conducir al sótano para asesinarle.

En un acceso de terror, llegó a tocar la pistola que ocultaba en el bolsillo, más no le fue posible empuñarla: Bey, que no se había separado mucho del jefe, hizo fuego con rapidez extraordinaria. El tubo silenciador evitó que el ruido trascendiese apenas. Ghourley, con un tiro en la frente, cayó de bruces.

Hubo un silencio breve.

—¿Muerto? —inquirió Jackson.

—Sí —repuso el asesino.

—Perfectamente. Ya saben lo que han de hacer.

Entre Bey y otro espía cogieron el cadáver aún caliente y lo sacaron de la habitación.

—Ha sido una lástima... —murmuró Kang Li Seng—. Se ha manchado la alfombra.

—Mientras la limpian, pasemos nosotros a otra estancia —decidió Oliver.

Y seguido del chino cruzó la puerta por dónde ambos aparecieron poco antes.

Acomodados en sillones del pequeño despacho a dónde fueron a parar, continuaron ocupándose de sus asuntos, sin hacer alusión alguna al drama reciente.

Cuando, por fin, Oliver se dispuso a abandonar la casa, Li Seng

protestó suavemente:

—¡No me ha dicho nada de «nuestro» futuro embajador en Roma!

Detúvose Jackson.

—¿Se siente curioso?

—¡Oooh!... La curiosidad no forma parte de mis defectos, bien lo sabe; pero usted mismo me ha hablado de la cuestión varias veces.

—Desde luego. Creo que en breve habremos conseguido nuestro propósito. Albert Durand, según las noticias que han llegado a mis oídos, obtendrá el nombramiento que ambiciona.

A los labios del chino afloró una débil sonrisa, imitóle Jackson.

Se estrecharon las manos sin palabras.

Erle Homolca aguardaba impaciente en las proximidades del «Bar Nuevo» de la calle Treinta y tres, Oeste. Procuraba no hacerse visible y sí vigilar la llegada de quien le había prometido traerle la importante documentación ofrecida. No le resultaba difícil la tarea, pues continuaba el mal tiempo. La niebla, aunque no tan espesa como la noche anterior, se agarraba a personas y cosas empapándolas, difuminándolas.

Dentro del bar, Dave Bruce aguardaba también. A última hora se le había ocurrido la idea de no separarse mucho del joven agente. Le indujo a ello el miedo de que el espía traidor, habiendo cambiado de idea, quisiera traicionar también al muchacho.

Ocupaba una mesa junto al ventanal. Su aspecto resultaba tan distraído que no parecía interesarle nada de cuánto había en su turno.

A las once en punto abonó el importe de lo consumido y se dirigió a la puerta, donde se detuvo, cual si no supiese qué camino tomar. Subióse el cuello del abrigo, echóse el ala del sombrero hacia abajo y, sin prisas, tomó una dirección opuesta al sitio en que se encontraba Erle.

El quicio de un gran portalón le sirvió para sus fines. Guarecióse junto a él.

No cruzaba nadie, aunque de todos modos fuera igual, pues la lluvia iba arreciando y no podía sorprender que una persona tratara de eludirla en espera de que aminorase.

Un coche enfiló la calle. Iba despacio, parecía como si su

conductor buscase algo o tuviera prudencia excesiva.

Bruce, de modo intuitivo, lo siguió a pie.

Por fin el chofer halló lo que le interesaba, pues detuvo el vehículo a corta distancia de Homolca. Abrióse una de las portezuelas y el cuerpo de un hombre, empujado desde el interior, fue a caer a dos metros escasos del agente.

El automóvil, cuyo motor no había dejado de funcionar, partió como una bala y se perdió entre la niebla.

Erle, pasado el primer instante de estupor, hizo fuego repetidas veces, pero el plomo se perdió sin tropezar con blanco alguno.

Inclinóse sobre el caído y no experimentó apenas sorpresa al reconocerle.

—¡Ghourley!

Los disparos atrajeron la gente entre la cual mezclóse Dave. Algunos silbatos rasgaron los aires.

—¡Un hombre muerto!

—¿Quién lo mató?

Homolca miró a los que le preguntaban, sin denotar ni con un leve gesto conocer a su jefe.

—¿Quién lo mató?... ¡Eso es lo que me gustaría saber! —dijo el muchacho, triturando las palabras.

Varios ojos le miraban acusadores. Habían oído tiros. Él tenía una pistola en la mano. Sobre la calzada hallábase un cadáver.

Tomó la iniciativa uno de los transeúntes «listos» que nunca faltan:

—Eso está muy bien, pero... usted se quedará aquí hasta que llegue la policía.

Erle se le quedó mirando como si quisiera fulminarle.

—¡Usted es idiota! —exclamó.

El entrometido se puso pálido. Arrepintióse de su sugerencia, pues el joven acusaba una musculatura envidiable y los ojos le brillaban de modo que daba a entender su predisposición a ratificar con los puños lo dicho con la lengua; pero ya aquél no podía dar marcha atrás y, aunque amparándose tras la multitud, dijo:

—¡Ya ven cómo reacciona! ¡Algo tiene que temer!

Intervino Bruce, dirigiéndose a su subordinado como a un desconocido:

—Sea usted quien sea y tenga o no participación en el crimen,

debe hacer lo indicado por este señor.

—Está bien... —concedió Erle, no atreviéndose a replicar.

No transcurrió mucho tiempo sin que se oyese la estridente sirena de un coche patrulla. El público, cada vez más numeroso, se apartó a los lados.

Echaron los agentes pie a tierra e inquirieron lo ocurrido.

De todas parte brotaron explicaciones. Dave replegóse a último lugar. Homolca hizo la versión del suceso asegurando no conocer a la víctima y se adelantó a lo que pudieran opinar los espectadores, añadiendo:

—Quizá convendría que me llevasen con ustedes a fin de ampliar los detalles que necesiten.

Bruce sonrió al darse cuenta de cómo el joven había comprendido lo que le quiso dar a entender. Los propios agentes acogieron con agrado la proposición. Parte del público miró con sorpresa al que no vacilaba en constituirse en prisionero, quitando a unos y otros el placer de acusarle.

Horas después, Bruce y Homolca hallábanse reunidos nuevamente en el domicilio del primero, pues las autoridades, como era natural, no vacilaron en dejar libre al muchacho tan pronto como éste probó su identidad.

—Por enésima vez te repito que eres impulsivo en exceso —comentó el jefe—. ¿A quién se le ocurre llamar «idiota» a un hombre que acusa en presencia del público? Poco te faltó, además, para pegarle.

—Es verdad —admitió Erle, bajando la cabeza.

—Pusiste frente a ti todas las opiniones. Menos mal que reaccionaste a tiempo.

—Bien... procuraré corregirme.

—Dudo de que lo consigas. En fin, vamos a descansar.

—Oye, Dave... después de esta respuesta macabra con que han correspondido los espías a mi deseo de saber, ¿qué te parece que hagamos?

—¿Y lo preguntas?... ¡Volver a empezar! Nosotros no terminamos nunca: concluimos un caso, damos principio a otro... De este hemos perdido la única pista; pero ¿qué importa? Nos haremos cuenta, si es preciso, de que nos enfrentamos con algo acabado de surgir.

—Tienes razón.

Palmeó Bruce el hombro de Erle, animándole mientras le preguntaba:

—¿Hemos fracasado alguna vez?

—Tú, nunca.

—Pues tampoco nos derrotarán ahora. Un poco antes o un poco después, caerán los asesinos de ese traidorzuelo, no por tal crimen, precisamente, sino por el peligro que significan para nuestra nación. Lo más probable es que cuando eso ocurra no nos enteremos siquiera de que se trata de las mismas personas a quienes ahora íbamos a descubrir; pero eso, ¿qué más da?

Llenó dos copas de licor y tendió una al joven.

—¡Por nuestro éxito! —brindó Erle.

—¡Por nuestros éxitos! —corrigió Bruce—. Y al decir «nuestros» no me refiero exclusivamente a los que obtengamos tú y yo, sino al de todos los que a diario se juegan la vida en este forcejeo con la muerte.

CAPÍTULO II

EL PASADO ACUSA

Charles Baccort observaba satisfecho el aspecto que ofrecían sus salones, en los cuales habíanse congregado aquella noche altas personalidades de la política y las finanzas.

No podría quejarse Albert Durand, su futuro yerno. La fiesta celebrábase en su honor para conmemorar su nombramiento de Embajador de los Estados Unidos en Roma, adonde iría en breve con objeto de tomar posesión, si bien para antes estaba fijada la fecha de la boda entre él y Nancy, hija del acaudalado Charles, a cuya influencia debía el joven, en gran parte, la envidiable carrera que llevaba.

Tenía Albert Durand fama de hombre probo, serio e insobornable. En los círculos que frecuentaba citábasele como «el no más allá» entre los hombres trabajadores e incorruptibles.

—Parece que no está muy entusiasmado con su matrimonio el recién «fabricado» embajador —comentó una dama, maquillada más de lo conveniente dada su edad.

—Se equivoca, señora —atajóle su acompañante—. Me consta que ama a su prometida... todo lo que la prudencia aconseja amar. Sucede que él es un hombre muy entero, cuyas emociones no resultan fáciles de ver.

—Es probable.

Verdaderamente Durand mostrábase con Nancy correctísimo, galante, pero poco apasionado.

Nada tenían que echarse en cara. La joven le correspondía de igual modo. Iba a casarse por complacer al autor de sus días... y porque había llegado al convencimiento de que ningún hombre —a excepción de uno— interesaría su corazón. Y como ese «uno» había

demostrado no merecerla, o, por lo menos, no quererla lo suficiente, apartóle de su vida y se sometió a un matrimonio impuesto por su padre, quien ansiando la felicidad de su hija, juzgó a Albert el más digno, entre los hombres, de poseer su tesoro.

Hallábase Nancy aquella noche a corta distancia de su padre cuando un criado anunció a Dave Bruce.

—¿Le has invitado tú? —apresuróse a inquirir Charles.

—Iba a hacerte la misma pregunta —respondió la joven, cuyo semblante se había cubierto de palidez.

—¿Quién puede haber sido entonces?

—Quizá el propio Albert. Ya sabes que fueron amigos.

—Pero también sé que dejaron de serlo.

Aquello respondía a la realidad: Durand y Bruce se criaron juntos y se quisieron fraternalmente. Tal afecto continuó hasta que el primero empezó a encumbrarse. Mostróse entonces soberbio, tratando con displicencia a su compañero, y éste le volvió la espalda. Emprendieron derroteros distintos y llegaron casi a olvidarse de sus mutuas existencias.

—No me hace ninguna gracia la presencia de ese hombre aquí —farfulló Charles.

Miróle la joven con sonrisa triste.

—No extremes las cosas, papá... Entre Dave y yo no existe nada, absolutamente nada.

Ahogó un leve suspiro al añadir en otro tono:

—Tú conseguiste nuestra ruptura.

—¡Afortunadamente! Era... y seguirá siendo un muerto de hambre. No iba a consentir que mi única hija cayese en manos de un cazador de dotes.

No replicó la muchacha. ¿Para qué? ¡Tantas veces habían hablado del problema!

Bruce era el único hombre amado; el único a quién podría amar.

Acercóse a ellos el inspector, saludándoles con sencillez:

—Señor Baccort... Nancy... Mi enhorabuena.

—Gracias, pollo.

Y Charles se alejó llevándose a la joven, la cual había respondido de un modo casi inaudible.

Bruce, sin exteriorizar ningún sentimiento, incorporóse a un grupo de personas entre las cuales encontró caras conocidas.

Llamóle la atención ver a un hombrecillo, vivaracho y menudo, que danzaba de un sitio a otro sin hablar con nadie apenas. Tratábase de Giles Ayres, detective particular contratado por Baccort para que vigilase e impidiese cualquier intento de robo. Bruce le dirigió una sonrisa imperceptible que fue correspondida de igual manera.

La reunión de la cual entró Dave a formar parte vióse engrosada con la asistencia de Oliver Jackson, que gozaba de alta reputación en el mundo de los negocios. Se mostró amable, locuaz, simpático, y unió sus elogios a los que se estaban haciendo de Albert.

—¡Es un muchacho de gran porvenir! ¡Qué talento el suyo y, sobre todo, qué pureza de sentimientos, qué concepto tan elevado del honor!

Dave, a la par que asentía, observábale con atención perfectamente disimulada.

Una pelirroja graciosa y pizpireta, antigua conocida y fiel enamorada del inspector, le tocó en un brazo:

—Estoy esperando que me invite a bailar.

—¡Caramba, Virginia! Me alegra verla.

—Y yo el verle a usted. ¿Dónde se mete? No se le ve en ninguna fiesta.

—Los pobres parias no podemos permitirnos ciertos lujos.

La pelirroja le miró intensamente, diciéndoselo todo sin hablar: bastaría que él quisiese para pasar de paria a yerno de un banquero prestigioso; pero no quería. Aparte de que la tal Virginia tenía la cabecita un poco a pájaros, no había en el mundo bastante dinero para comprarle.

Bailaron, entre bromas y risas, varias piezas. Nancy les observaba con mal reprimido disgusto. No pudiendo más, se les aproximó en uno de los descansos, dirigiéndose a la pelirroja en tono festivo:

—¿Qué, le has flechado ya, querida Virginia?

La interrogada, que no había hecho jamás secreto de su preferencia por Bruce, respondió en la misma tesitura:

—Nada de eso. Este hombre tiene el corazón de roca. ¡La de dardos que he mellado ya sin herirle!

—Verdaderamente soy un castigador... de a centavo la docena
—comentó el muchacho, poniéndose a tono.

Generalizóse la conversación. Un jovencito medio calvo y con gafas pidió un baile a la pelirroja, que no sabiendo desairar a ningún hombre, se lo concedió, no sin decir a Nancy, riendo, por Dave:

—No me lo castigues, ¿eh? Tú ya tienes lo tuyo.

Nancy y Dave, un tanto aislados de los demás, permanecieron silenciosos. Por fin preguntó ella:

—¿No tienes nada que decirme?

—Te he dicho cuánto procede. Lo más que puedo hacer es ampliarlo: te doy mi enhorabuena por tu próxima boda y por la altura que ha escalado el que va a ser tu marido.

—¡Ya!... Gracias.

—Deseo que seas feliz... aunque temo que no lo consigas.

Miróle la muchacha, escrutadora, y añadió él con cínica desenvoltura:

—Temo que no lo seas porque, a tu pesar, sigues queriéndome.

—¡Qué presuntuoso!

—Bueno, llámame como quieras; niega incluso. Yo sé cómo piensas y sientes. No imagines que me felicito. Celebraría que me hubieras olvidado.

—Cómo has hecho tú conmigo, ¿verdad?

—Es posible. Todo es cuestión de que uno se proponga una cosa. Cuando se está convencido de que no se ha de llegar a la meta, correr equivale a un estúpido deseo de cansarse.

—Tú no me quisiste nunca.

—¿Lo crees así?... Yo no lo aseguraría. Opino que, estuve seriamente enamorado.

—¡Vaya enamorado que deja el campo libre al tropezar con el primer obstáculo insignificante!

—¿Llamas insignificante obstáculo al hecho de que, por carecer yo de fortuna, quisieras mostrarte conmigo en plan dominador, soberbio, hasta el punto de querer anular mi voluntad?

—Podías haberme corregido.

—Acaso. Pero... ¿y tu padre? ¿Olvidaste que me acusó de querer entrar, como un bandolero, en el corazón de su fortuna?

—No he olvidado nada, pero insisto en que un hombre que quiere a una mujer... como soñé que me querías, lucha contra todo y contra todos.

—Depende de la clase de hombre que se sea; del concepto que se tenga de la propia estimación.

—¡Eres un orgulloso aborrecible!

—¿Qué le vamos a hacer?... Dejemos esto, ¿no te parece? Resulta impropio. Nos encontramos ante lo inevitable. Vamos a bailar, ¿eh? Hay que ponerse a tono con el modernismo.

Nancy, de buena gana, hubiera pegado a su interlocutor aun a sabiendas de que las bofetadas le hubieran dolido a ella mucho más que a él. Se contuvo. La gente les miraba. Charles, desde un rincón, permanecía con la vista clavada en ellos y el gesto fruncido. Reaccionó la joven forzando una sonrisa.

—Vamos a bailar, sí.

Empezaron a hacerlo en silencio.

—¿Quién te invitó? —inquirió Nancy, de pronto.

—Nadie, por su voluntad. Tuve que hacer gestiones. Un pariente de tu prometido me consiguió la tarjeta.

—Yo pensé en ti, pero mudé de opinión imaginando que lo interpretarías mal. Aun ahora, no me explico esta acción tuya.

—Quise decirte adiós, aunque no hablásemos, definitivamente.

—¡Ah!

Tornó la joven a palidecer. El plan de cinismo y frivolidad en que deseaba desenvolverse le venía ancho.

Bruce no había sido sincero. Aunque hubiese querido acudir a aquella fiesta con el propósito que acababa de exponer, habría renunciado, vencido, al fin, por el disgusto de ver en brazos de otro a la mujer que amaba. Si procuró que se le invitase fue porque supo que Oliver era amigo de los Baccort y que seguramente acudiría. No contaba con nada concreto en que basarse para acusar a Jackson; pero entre la amplia red de personas sospechosas, sometidas a discreta vigilancia, ocupaba este hombre destacado lugar.

Cesó la orquesta. Dave condujo a Nancy junto a su padre, a quién dijo, mordaz:

—Se la devuelvo entera, señor Baccort.

El millonario, sin dignarse responder, le miró con frialdad acerada.

Albert Durand llegó en aquel momento, procedente de otro saloncito donde le retuvieron numerosos amigos. Al ver a Bruce, hizo un gesto mezcla de sorpresa y desagrado, éste permaneció

impasible, cual si no hubiera advertido su presencia. Vaciló unos segundos el flamante embajador y dirigióse al fin hacia el que fue su amigo.

—Hola, Dave.

—Hola.

Diríase que había hielo en el acento de ambos hombres. Y que lo hubo también en el roce de sus manos al estrechárselas.

—No esperaba verte por aquí.

—¿Te molesto?

—¿Molestarme? No podrías aunque quisieras.

—Lo comprendo. Es tanta tu altura que, ¿cómo iba un miserable gusano...?

—No empieces con tus mordacidades. He querido decir que no podrías molestarme aunque quisieras, porque somos amigos.

—Creo recordar que lo fuimos en cierta ocasión, pero ¡está aquello tan lejos! De todas maneras, te deseo toda suerte de felicidades.

—Gracias. Muy atento. Voy, con tu permiso...

—Sí, sí; atiende a los de tu categoría.

Albert no se dignó responder. Le molestaban las pullas de aquel hombre, sobre todo porque comprendía que eran justas; pero no quiso otorgarle el honor de seguir justificándose.

Un nuevo grupo de señores acogió con demostraciones afectuosas al joven y probo diplomático, el cual, aunque disimulándolo bien, esponjábale ante las frases encomiásticas que se le dirigían.

Aprovechando uno de los momentos en que Albert dejaba a unos amigos para acudir a otros, acercósele Oliver, diciéndole a media voz:

—¿Quiere usted concederme unos minutos a solas, señor Durand?

El interesado extrañóse de la petición. Su expresión resultó altiva y poco agradable. Nunca le había gustado aquel hombre, no obstante su prestigio entre las primeras firmas de la finanzas.

—Discúlpeme —repuso—, los demás invitados interpretarán como una desatención mi ausencia.

—Procuraremos que no sea muy larga.

—Es que...

—Complázcame... en bien suyo. Se trata de algo fundamental para su futuro... y su presente.

Albert hubiera asegurado que en el tono de aquel hombre se encerraba una encubierta amenaza.

—No acierto a comprenderle.

—Me comprenderá pronto.

Se observaron, escrutándose. Durand, sin saber por qué, experimentó un ligero escalofrío. Tentado estuvo de responder con acritud, pero una fuerza ignota le frenó a tiempo. Con un conato de sonrisa displicente, dijo:

—Bien... Puesto que insiste... Espero que la importancia del asunto justifique su actitud.

—Sin la menor duda.

—Venga por aquí.

Repartiendo leves inclinaciones de cabeza y alguna que otra palabra amable, cruzó el salón, seguido de Oliver, quien marchaba con indiferencia, como si lo hiciese por casualidad. Más de una vez hubieron de detenerse para que Albert correspondiera a nuevas atenciones.

Por fin ganaron un amplio corredor y Durand detúvose ante una de las lujosas puertas que se abrían sobre el mismo, cediendo el paso a Jackson.

Cuando ambos se encontraron dentro, el embajador cerró tras sí, indicó una butaca a Oliver y tomó a su vez asiento.

—Le escucho, señor Jackson.

El jefe de espías no se dio demasiada prisa en responder. Unió los dedos de sus manos, realizando varias flexiones con ellos: elevó al techo la mirada y susurró:

—Usted, como yo y como casi todos los humanos, habrá oído decir a veces que el pasado vuelve y acusa, ¿no?

Durand frunció el entrecejo, denotando mal humor.

—¿Quiere hacer el favor de explicarse sin ambages ni rodeos?

—Bien. Si así lo desea... Aunque quizá sea preferible que no sienta tanta prisa. La impresión podría resultarle demasiado fuerte.

Albert se incorporó violentamente. Díjose a sí mismo que no debía proceder así, que, precisamente, su calidad de diplomático le obligaba a conducirse de modo apacible y conciliador; pero aquel hombre le sacaba de quicio y no quiso atenerse a lo aconsejado por

la lógica.

—¡Si no habla pronto, de manera concreta, daré por acabada la entrevista!

Jackson hizo un amplio movimiento de brazos, como de resignación y tal exigencia, y repuso:

—Bien... bien... Lea esto: Es una copia del original.

Le alargó un plieguecillo escrito a máquina. Lo tomó Albert, displicente; mas apenas hubo echado la vista sobre el mismo se le descompuso el semblante. Abrió mucho los ojos, las piernas negáronse a sostenerle y hubo de dejarse caer en la butaca que abandonara momentos antes.

Jackson, dejando entrever la blancura de sus dientes de lobo al doblar los labios en escalofriante sonrisa, preguntó incisivo:

—¿Se siente mal, amigo mío?

Ahogándose a efectos de la impresión, preguntó Albert:

—¿Qué significa esto?... ¿Qué quiere decir?

—¡Oh... no vaya a hacerse de nuevas! Sería perder el tiempo. Poseo la carta, así como los recibos que firmó. Aunque debería bastarle mi palabra, quiero que no tenga lugar a dudas. Vea:

Le mostró nuevos papeles. Durand trató de arrojarlos sobre ellos, pero su interlocutor le contuvo poniéndole una mano sobre el pecho. Su fuerza era notable. Durand creyó que más que un brazo era una barra de hierro lo que le sujetaba.

—No sea impulsivo, señor embajador.

Tornó el joven a desplomarse en el asiento. Sudaba copiosamente. Respiró con trabajo. Por un momento creyó que iba a morir.

Sí; el pasado, un pasado del cual había llegado a olvidarse hasta el extremo de creer que no había existido, volvía para acusar.

Habían transcurrido cerca de diez años desde que «aquello» ocurrió. Albert era un jovenzuelo loco y ansioso. Trabajaba en Washington, en el Departamento de Estado. Por sus manos pasaron, casualmente, ciertos documentos de interés. Hizo copia de los mismos. Sabía él de un alto personaje extranjero a quién el asunto podría convenir. Intentó verlo repetidas veces sin conseguirlo. En vista de tal fracaso cometió la imprudencia de escribirle en términos que, aunque no aclaraban el «negocio», lo dejaban entrever. Obtuvo respuesta inmediata, citándole, y firmó unos recibos por la suma,

relativamente fuerte, que le significó la venta.

Tratóse de un tropezón propio de los pocos años, tropezón que tuvo su origen en la apasionada locura que Albert sentía por Carla Menicheli, muchacha corsa muy joven. Fue el anhelo de rodearla de lujo, un lujo que ella no exigía, pues lo amaba hondamente, lo que le indujo a la falta de la que se arrepintió cuando ya era tarde y en la cual no reincidió nunca.

Algún tiempo después, el Destino le separó de Carla. En principio la recordaba a todas horas; poco a poco la fue olvidando, como olvidaba también su grave pecado de juventud.

Se metió de lleno en la vida política; observó una conducta ejemplar; poseía inteligencia despejada y voluntad admirable; pronto comenzaron a fijarse en él...

Y así, en plena juventud, llegó a escalar un puesto que muchos hombres maduros y bien preparados no consiguen jamás.

—¿Verdad —inquirió Jackson— que la cuestión es de interés y que merece la pena el haberle apartado de los salones para abordarla?

Tardó Albert en responder y lo hizo con otra pregunta:

—¿Qué es lo que se propone?

—Hablar de negocios, sencillamente, señor embajador.

—¿De... negocios?

—Exactamente. No soy partidario de hurgar con los dedos en las llagas, pero a veces se impone, como hoy, por ejemplo. Necesito que se dé cuenta de lo que significaría para usted la publicidad de estos documentos que el propio interesado, miembro de nuestra organización, nos confió, entre otros, antes de morir.

—¡Calle!

La orden estalló como un rugido ronco. Durand estaba a punto de congestionarse. Su interlocutor añadió inflexible:

—Observo que comprende toda su importancia. ¡El probo, serio, justo Albert Durand, uno de los más jóvenes diplomáticos de los Estados Unidos al cual se admira, considerándole modelo de hombres de honor, tiene en su ayer un acto despreciable que le convertiría, de saberse, en el hazmerreír del mundo! ¿Cómo se ensañarían con usted, no sólo sus enemigos, sino hasta los amigos que hoy se complacen en estrechar su mano, empezando por su futuro suegro y su prometida?

—¿Es que se ha propuesto que le mate?

Jadeaba Durand. Los ojos parecían próximos a saltarle de las órbitas.

Oliver continuó sin alterarse.

—No lo conseguiría. Soy más fuerte y creo que más diestro que usted; pero en el improbable caso de que lo hiciera, ¿salvaría su prestigio con ello? ¿Le gusta el papel de asesino?

Hundió el joven la cara entre las manos. La mente se le había llenado de negruras.

—Sólo tiene dos caminos —añadió Jackson—: servirme incondicionalmente o la deshonra, la cárcel, la muerte quizá.

Hubo una pausa larga. Las más opuestas ideas chocaban en el cerebro de Albert, destruyéndose entre sí para dar paso a la única que de segundo en segundo cobraba más vigor: la de que estaba perdido irremisiblemente.

Jackson juzgó oportuno no interrumpir el curso de aquellos turbadores pensamientos. Prendió un cigarrillo, empezando a fumar parsimonioso.

Durand alzó la cabeza despacio y fija la insegura mirada en el hombre que había surgido de pronto en su vida para deshacerla, preguntó:

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Obediencia ciega. A cambio de la misma le permitiré conservar su altura y ganar dinero, mucho dinero.

—Ni una cosa ni otra me interesan ya. Renunciaré a mi cargo y...

—¡Guárdese, de hacerlo! Le necesito, precisamente, como embajador de los EE. UU., en Roma. El menor paso encaminado a abandonar tal puesto me obligará a poner las cartas boca arriba.

—¡Qué chantaje tan odioso!

—Llámelo como quiera. Las palabras, en este caso, no tienen valor.

Interrumpióse oyendo la voz de Charles que decía fuera:

—Señor Ayres: ¿qué hace usted con el oído pegado a esa puerta? Le he contratado para evitar cualquier posible robo y no para hacer de espía.

Giles Ayres repuso, azorado:

—Discúlpeme... Me pareció oír un ruido extraño... No ha sido

nada, sin duda.

Jackson y Durand habían quedado suspensos, casi sin resignación, al darse cuenta de lo que aquello significaba. Habías sido escuchados. El terrible secreto pertenecía a alguien más.

Charles, con acento desabrido, replicó:

—Dice que un ruido extrañó... ¡Lo comprobaremos!

Trató de abrir la puerta.

Oliver dio una orden muda a Albert quien, esforzándose en prestar a su voz matices normales, preguntó:

—¿Quién es?

—¡Ah!, ¿estás ahí tú? —inquirió el millonario—. Nada. Perdona.

—¿Quiere pasar?

—No, gracias, no es preciso.

Se alejó llevándose a Ayres y dirigiéndole palabras nada halagadoras.

—¡Descubiertos! —exclamó Albert, casi con el aliento, estrangulada la voz.

Jackson se había recobrado pronto, y repuso:

—No se preocupe demasiado. Yo me encargaré de eso. Usted límitese a pensar en nuestra conversación. Deme mañana la respuesta definitiva.

Trató de salir. Durand le detuvo, cogiéndole de un brazo.

—¿Es un servicio de espionaje lo que se me exige?

—Algo por el estilo. Adiós, amigo mío. No puedo perder tiempo.

Mientras Albert se desplomaba una vez más en la butaca totalmente abrumado, Oliver salió sigiloso no tardando en descubrir al millonario que todavía amonestaba al hombrecillo.

Le oyó decir:

—¡Y se le ocurre nada menos espiar a mi futuro hijo político! ¿Qué es lo que pretendía descubrir?

Enigmático, contestó el detective:

—Prefiero reservarme la respuesta.

—Está bien. Resérvesela, pero déjeme en paz. No necesito sus servicios.

—Perfectamente, señor Baccort. Me retiro enseguida.

—Uno de mis chóferes le llevará donde quiera.

—No hace falta que se moleste nadie. Tengo abajo mi modesto «Ford» y sé guiarlo bastante bien.

Jackson se deslizó como una sombra y ganó rápidamente las escaleras, mientras el millonario pretendía que Giles aceptase un cheque.

—Gracias —dijo éste, rechazándolo con dignidad—. No soy un lacayo satisfecho de ser lacayo a quién se puede tratar de esta forma. Guárdese su dinero. Me doy por bien pagado con... el fruto de mi curiosidad.

Charles contuvo difícilmente su ira. Su soberbia no podía concebir que hubiera en el mundo nadie capaz de hablarle en aquel tono.

El detective, mirándole desdeñoso, se encaminó a la salida con aire de suficiencia.

Ya en la calle, fue hacia el punto donde dejara su coche, lejos de los que aguardaban a los otros invitados. En el fondo, el pequeño detective era orgulloso y no quiso que estableciesen jocosas comparaciones entre la modestia de su vehículo, y el lujo excesivo de los demás.

Absorto en sus pensamientos abrió la portezuela sentóse al volante y emprendió la marcha.

Iba decidido a poner en conocimiento de las autoridades competentes lo que acababa de descubrir. Y una sonrisa de satisfacción jugueteaba en sus labios al ponderar la aureola de éxito en que se envolvería su nombre.

Sufrió de pronto un sobresalto indescriptible. Sobre su espalda apoyábase el cañón de una pistola a la par que ordenaba el propietario de la misma:

—¡Párese!

Miró Ayres, angustiado, a derecha e izquierda. No había nadie. Era tarde y el tráfico, al menos en aquella calleja, no existía ya.

Obedeció el detective. El atracador retiró la pistola, empuñada con la mano izquierda, y simultáneamente, con la derecha, hundió un puñal en la espalda de su víctima, partiéndole el corazón.

Apenas si el infeliz pudo lanzar un grito agónico. Oliver Jackson, autor del crimen, supo elegir con exactitud matemática el sitio donde herir.

Convencióse de que Giles estaba muerto, dirigió una mirada de repugnancia al asiento trasero del coche bajo el cual había sufrido muchos minutos de espera, comprobó que no había nadie a la vista

y echando pie a tierra, perdióse en la obscuridad.

La prolongada ausencia de Albert empezó a ser objeto de comentarios. El propio Charles se dio cuenta y fue en su busca. Hubo de insistir para que el muchacho, saliendo de su ensimismamiento, le abriese la puerta.

El millonario sorprendióse del estado en que se hallaba aquel hombre y, lleno de inquietud, agobióle a preguntas, sin obtener más que ligeras excusas y la afirmación de un malestar pasajero.

Volvieron juntos a los salones, por más que Durand extremaba sus afanes de disimulo, resultábale imposible ocultar el infierno que llevaba dentro.

Uno de los que más repararon en la transformación sufrida por el joven diplomático fue Dave Bruce. Díjose, compartiendo la opinión de otros muchos, que algo muy grave tenía que haber sucedido para que Albert, tan dueño siempre de sí mismo, se mostrase de aquella manera.

Le había visto un rato antes desaparecer seguido de Jackson, y su primera intención fue hacer algunas averiguaciones, pero dándose cuenta de que Ayres disponíase a intentar lo propio, desistió. Confiaba en que si el detective descubría algo de particular no vacilaría en trasladárselo. Éste hubiera salvado la vida de haberse comportado así, pero le embriagó la importancia de su descubrimiento, quiso gozar toda la gloria... y sólo obtuvo una puñalada.

Lo que sí pasó inadvertido para Bruce fue la marcha de Ayres. A Oliver le suponía aún departiendo con Durand. Por eso su extrañeza fue grande viendo reaparecer a éste, abatido, juntamente con Charles, sin que se viese a Jackson por parte alguna.

Se propuso no perder ya un instante de vista al joven embajador.

Nancy acudió también al encuentro de su futuro esposo y mostró su inquietud.

—No me sucede nada digno de mención —insistió, casi brusco, Albert.

Y multiplicó sus esfuerzos por sonreír.

Convenció a medias a los que le rodeaban y tan pronto como le fue posible, tornó a alejarse, habiendo adoptado una trágica resolución.

Adentróse en el despacho de Baccort y con mano insegura

empezó a escribir a Nancy, despidiéndose y pidiéndole que le perdonase. Inmediatamente después, empuñó una pistola y fue acercándola, despacio, a su sien derecha.

Cerró los ojos.

—¡Cobarde! —gritó una voz enérgica.

Desentornó los párpados Durand y vio ante sí a Bruce.

Dejó caer el brazo sin fuerza y entreabrió los labios, más no pronunció palabra alguna.

Cerró el inspector la puerta, sin apartar la vista del que fue su amigo, y avanzó, diciendo:

—Te creía un verdadero hombre, antipático, odioso, aunque yo no te he odiado nunca, pero verdadero hombre. ¿Olvidas que el suicidio es un crimen?

—Déjame —susurró el diplomático, casi con el aliento—. ¿Por qué has venido? ¿Qué buscas aquí?

—¡Qué preguntas más necias! ¡Eres tú quien debes contestar a las mías! Dime lo que te ocurre. ¿Qué puede haberte dicho Oliver Jackson para inducirte a ese acto de locura?

Durand parpadeó nerviosamente.

—¿Cómo sabes...?

—Eso es lo de menos. Habla.

Sentóse frente a su interlocutor, clavándole en el rostro la mirada de sus oscuras pupilas.

—Repito que me dejes —insistió éste—. ¿O es que pretendes gozarte en mi desesperación? Sé que me odias y si lo que deseas es aprovecharte...

El acento de Bruce fue haciéndose afectuoso, emotivo.

—¿Odiarte? No, insigne embajador. Yo soy incapaz del odio. Te despreciaba, sencillamente, por tu estúpido orgullo, pero ahora te veo apabullado, triste, buscando en la muerte una salida a tu problema, y vuelvo a sentirme el mismo camarada de otros tiempos.

Albert ahogó a medias un suspiro. Las palabras que acababa de oír le removieron fibras sensibles.

Añadió Dave:

—Te quiero fraternalmente, como antes te quise, aunque no me he dado cuenta de ello hasta ahora. Quiero ayudarte.

Con acento saturado de lágrimas que no brotaban, murmuró el diplomático:

—Gracias, Dave. Eres una gran persona. No merezco tu estimación.

—Ahórrate palabras inútiles. La merezcas o no, la tienes. Ayúdame a serte útil.

—No puedes sérmelo. Ni tú ni nadie.

—No asegures lo que no debes. ¿Qué te ha dicho Jackson?

—Pero ¿por qué supones...?

—¿Qué te ha dicho Jackson? —repitió—. ¿De dónde emana su ascendiente sobre ti?

—¿Cómo sabes...?

—¡Y dale con las preguntas! ¡Si lo que tienes que hacer es responderme! Jackson es un sujeto sospechoso. Me tiene intrigado, ¿sabes? Más que por veros a Nancy y a ti, ha sido el deseo de vigilarle lo que me ha traído aquí esta noche. Ya ves que empiezo derrochando sinceridad en respuesta a tus reservas.

El gesto de Albert fue un claro exponente del estupor que sentía.

—¡Te resulta sospechoso! ¡Le vigilas! Pero... ¿qué te importa a ti? ¿Qué tienes que ver...?

—¡Bueno! Está visto que no hay manera de evitar tu interrogatorio. Voy a complacerte, a base de que empieces respondiéndome a esto: ¿lo que ibas a hacer obedece, como supongo, a alguna canallada del tipo citado? ¡Contéstame lealmente, sin vacilaciones!

Su acento era tan enérgico y persuasivo a la vez, la mirada de sus pupilas tan firme, que Durand, casi maquinalmente, asintió con un movimiento de cabeza.

Sonrió, duro, Bruce.

—Ya hemos adelantado algo. Has de confesármelo todo, ¿te enteras? ¡Todo! Para inducirte a ello te voy a decir algo que nadie, a excepción de los que deben saberlo, conoce, pero necesito tu palabra de honor de que no harás uso alguno de mi confidencia.

Albert, que se había animado ligeramente, caía de nuevo en su estado de abatimiento y renunciación. Parecíale imposible haber llegado a soportar el diálogo a que le sometía su viejo amigo. Lo mejor era acabar cuanto antes. ¿Por qué no se iba?

Apremió Bruce:

—Dame esa palabra de honor.

Encogiéndose de hombros, en un ademán de cansancio, repuso

Albert:

—Está bien. Te la doy. Pero...

—Basta. Ahora hablo yo. Soy inspector de la

F. B. I.

Como si le hubiesen pinchado, Durand dio un brinco en el asiento. Sus ojos cobraron vida y un rayo de impremeditada esperanza se abrió paso entre las nebruras de su espíritu.

—¡Tú! ¿Tú eres...?

—Tranquilízate, tranquilízate. Toma un cigarrillo. Recobra el dominio de tus nervios. Quiero salvarte, y creo posible conseguirlo, pero debes corresponder a mi sinceridad con una sinceridad absoluta. Piensa que tienes ante ti al viejo amigo de siempre y predisponte a no ocultar nada, absolutamente nada de lo que pueda contribuir a la solución de este problema.

Durand apretó los labios mientras se profundizaba la arruga vertical de su entrecejo: ¿Confesar a Bruce su falta? ¡Qué horrible! ¿Callar y entregarse a Jackson o recurrir a la pistola que, caída a sus pies, parecía taladrarle con el negro ojo de su catión?

Aceptó el cigarrillo y empezó a fumar ansioso.

Continuó Bruce cercándole a base de cariño y atinados razonamientos hasta que al fin el embajador decidióse.

—Si después de oírme —dijo— crees que soy un ser despreciable, no habrá nada que me impida confiar a una bala la solución del problema. Me tengo por el hombre honrado y digno que todos reconocen en mí, pero cuando era demasiado joven para apreciar los efectos de las locuras, realicé un acto que basta por sí solo para anular mi conducta anterior. Tuvo la culpa, sin tenerla, una mujer. Se llamaba Carla Menicheli. Digo «llamaba» porque no la he vuelto a ver ni he tenido noticias suyas desde hace años. Quise rodearla de un esplendor que no estaba al alcance de mis medios económicos y apelé a la infamia para conseguirlo.

Ya en el terreno de las confidencias. Durand no ocultó nada. Experimentaba una extraña sensación de alivio poniéndose en manos de aquel hombre a, quien tan mal tratara cuando consideró el mundo poco menos que un juguete suyo.

Bruce, de cuando en cuando, le animaba con gestos o palabras justas para que no se detuviese.

Cuando la breve y angustiosa historia llegó a su fin, Albert

quedó esperando las censuras de su interlocutor, más éstas no se produjeron. Dave limitóse a decir concretamente:

—Trataremos de vencer a ese repugnante tipo. Ayúdame y te ayudaré.

—¿Ayudarte? ¿Qué puedo hacer yo?

—Ponerte a la altura de las circunstancias y no permitir que el pesimismo te domine.

—Pero...

—Acepta lo que Oliver Jackson te ha propuesto.

—¡Dave!

—Fíngete decidido a pasar por todo a fin de defender tu privilegiada situación social... y tenme al corriente de cuánto hagas y sepas. Creo que me será posible obtener permiso para trasladarme contigo a Roma. Opino que no haré mal secretario tuyo.

—¡Dave! ¿Serás capaz...?

Interrumpióle el inspector:

—Nada de escenas emocionales. Haré cuanto pueda por ti y por la causa a que estoy consagrado ¡Ea! Levanta la cabeza y el espíritu. Vuelve a la fiesta y no des pábulo a los chismorreos.

Durand, tendiéndole la mano, exclamó con temblores en el acento:

—¡Gracias!

Tornaron a los salones, aunque entraron separadamente por deseo expreso de Bruce.

En todos los rincones se hablaba de la muerte de Ayres. Su cadáver había sido hallado. La agencia privada de detectives a que pertenecía, sabedora del trabajo que había de realizar aquella noche, destacó a uno de sus miembros para que se entrevistase con Charles Baccort, a fin de obtener datos que facilitasen las averiguaciones.

Y la noticia se extendió con rapidez. Aunque nadie había parado mientes en el pobre desaparecido, todos aseguraban ahora recordarle y le compadecían.

Durand, trémulo, hubo de apoyarse en una columna al comprender la verdad de lo acaecido, y medir hasta qué punto llegaba la maldad del hombre a quién había de soportar.

Buscó con la vista a Bruce y ambos tornaron a alejarse.

—Yo sé quién ha matado a ese infeliz —afirmó.

Y ante el duro gesto de su amigo, refirióle el breve diálogo que Jackson y él oyeran a través de la puerta.

Las pupilas del inspector brillaron siniestramente.

—¿Le vas a detener? —inquirió el diplomático.

—No —repuso Bruce, tras ligera pausa—. Deteniéndole ahora te descubriría a ti ante sus ojos, puesto que eres el único que conoce esa verdad, y haría imposible el trabajo de atrapar a la banda entera. Quedará libre, aunque sometido a la más estrecha vigilancia. No hago rectificación alguna en el plan a seguir. «Colabora» con él y confía en mi ayuda.

Entre tanto, Oliver, ya de regreso, prodigaba agrias censuras al organismo policial cuya ineptitud permitía la consumación de crímenes tan repugnantes como el asesinato de Giles Ayres.

CAPÍTULO III

EL SECRETARIO PARTICULAR

—¿Aplazar la boda? Pero ¿es que has perdido el juicio?

—Nada tan desagradable como eso para mí. Se lo aseguro. Obedezco órdenes que no puedo revelar. Se trata de un secreto de Estado.

Charles Baccort miraba a su futuro yerno con dureza penetrante. No acertaba a comprender las causas de aquella repentina determinación, ni éste le hubiese dicho por nada del mundo que procedía así alentado por el deseo de no casarse hasta no haber resuelto el gran conflicto surgido en su existencia cuando todo le sonreía.

—Será cuestión de muy poco tiempo —insistió el joven—. Usted siempre ha demostrado tener en mi confianza absoluta. No me la niegue ahora, se lo suplico.

Continuó aduciendo razones inventadas por él. Charles comenzó a ablandarse, admitiendo la posibilidad de que, en efecto, algo de trascendencia política había sobrevenido inopinadamente para justificar lo pretendido por Albert. No quiso preguntar. Tenía un riguroso concepto de las altas cuestiones gubernamentales y se dijo que era impropio de su personalidad querer penetrar una de ellas.

Añadió el diplomático:

—Podemos aducir ante los amigos el deseo de celebrar la boda en la Ciudad Santa, puesto que hemos de vivir en ella un largo período de tiempo. Así lo haremos en realidad. Traládese usted allí con Nancy lo antes posibles. De ese modo, tan pronto como yo haya terminado esta misión especialísima, celebraremos el matrimonio.

La joven apareció bajo el dintel a tiempo de oír las últimas palabras de su prometido, y avanzó inquiriendo:

—¿Puedo saber lo que ocurre?

Empleando los términos más amables de su léxico florido, Durand explicó su propósito.

No vio confirmados sus temores de que la muchacha se enfadase. Lejos de ser así, sonrió placentera y apresuróse a exclamar:

—¡Ha sido una idea magnífica! De ese modo, papá, cuando tú y yo lleguemos, Albert se encontrará instalado y me evitaré muchos trastornos. Prefiero no tener que ocuparme más que de los detalles últimos.

En realidad, lo que satisfizo a la muchacha fue la perspectiva de diferir algún tiempo el minuto de convertirse en la esposa del hombre que no interesaba a su corazón.

Aquel agradable modo de recibir la noticia restó violencia al ambiente y pronto hablaron los tres en tono afectuoso sobre el futura que decían prometerse feliz.

Un criado anunció a Dave. Padre e hija exteriorizaron extrañeza. Explicó Durand:

—Le dije que viniese a recogerme aquí. Hemos de hacer juntos algunas gestiones. No hay inconveniente en que pase, ¿verdad?

Hicieron los interrogados ademanes ambiguos y el sirviente se retiró.

—Tenía entendido —murmuró la muchacha— que tus relaciones con ese hombre no eran muy efusivas.

—Surgieron entre nosotros algunas diferencias, pero siempre fuimos buenos camaradas. Vendrá conmigo a Roma.

—¿Eh?

—Sí, como secretario particular. Vale mucho y necesito junto a mi personas capacitadas.

Nancy contuvo a duras penas un gesto de amargura y decepción. Nunca hubiera imaginado a Dave aceptando un empleo burocrático, y menos aún a las órdenes de Durand. Aquello equivalía a otra prueba evidente de que no la quiso nunca o de que su cariño se había evaporado en absoluto. De lo contrario, ¿cómo iba a avenirse a depender del que iba a casarse con la que fue su novia?

En cambio, Charles aprobó lo que acababa de oír:

—Me parece bien. Eso es lo que corresponde a un muchacho sin fortuna como Bruce. Eso... y no aspirar a casarse con una rica

heredera.

Y al hablar así, miró a su hija significativamente.

Bruce apareció en la puerta y saludó respetuoso.

—A sus órdenes —dijo a Albert.

—¿Qué significa eso? —protestó el diplomático—. Siempre nos hemos tuteado.

—Pero las circunstancias son distintas. Un secretario no puede tutear a su jefe, y más si este jefe es nada menos que embajador de los EE. UU. Debo acostumbrarme y lo mejor es empezar desde ahora.

Adelantóse Baccort, cortando la nueva protesta que iba a hacer Durand:

—Eso me parece muy acertado. Cada uno debe estar siempre en su puesto, sin querer meterse donde no le corresponde.

—¡Papá! —protestó Nancy.

—¿Qué? Digo las cosas como son.

—Hace usted bien —convino Bruce, aflorando en los labios un asomo de sonrisa irónica. Y agregó, dirigiéndose instintivamente a padre e hija—: Toda mi vida procuré estar en mi puesto, como usted dice, y seguiré procurándolo. Soy un joven sin oficio ni beneficio. Esta ocasión que el señor Durand me ha proporcionado es única. Creo me será fácil hacerme digno de su confianza.

—La tienes en absoluto.

Amablemente, le corrigió Dave:

—Convendría que también me hablase de «usted». No por mí, ¿comprende? Sino por los demás y por usted mismo.

—Bueno, ya veremos —dijo Albert, eludiendo el tema.

Disimulando su disgusto con la mordacidad, preguntó Nancy a su exnovio:

—¿Debo, entonces, darle también la enhorabuena por su empleo?

—Puede hacer lo que guste, señorita.

—Si es que se considera favorecido...

—Sin la menor duda.

—Le felicito entonces.

—Gracias.

No pasó por alto a Bruce el tono de la muchacha ni la intención que ello encerraba, pero guardóse mucho de darlo a entender.

Los dos amigos abandonaron la casa de los Baccort.

Ya en el coche, Albert inició una nueva protesta:

—Me va a resultar violentísimo tratarte como quieres.

—Pues a tu futuro papá político le ha parecido muy bien.

—Cada uno es como es.

—Bien, no te preocupes. Guardaremos etiqueta únicamente en presencia de extraños.

El automóvil se detuvo ante la casa de Durand. Subieron ambos amigos.

Un criado dijo al primero:

—El señor Jackson aguarda al señor.

No pudo Albert dominar un movimiento de disgusto que contuvo en seguida ante la significativa mirada de Bruce.

—¿Dónde se encuentra?

—En el saloncito gris.

—Hágale pasar a mi despacho.

Cuando se alejó el sirviente, preguntó Durand con la vista a Dave:

—No le hagas esperar mucho —aconsejó éste— y procura representar bien tu papel. Ya me informarás de lo que habléis. Llévame mientras a dónde pueda distraerme.

—¿Te parece bien la biblioteca?

—Conforme, a condición de que me hagas servir un poco de «brandy».

—Descuida.

Condujo al inspector a la estancia citada, ordenó al sirviente que le sirviese licores, y se encaminó en busca de Oliver.

Saludáronse en silencio, escudriñándose, tratando de leerse los pensamientos mutuos. No se dieron la mano.

—Siéntese —indicó Durand. Y cuando ambos lo hubieron hecho, añadió—: No le esperaba en mi casa.

—Anoche quedamos en que hoy me daría usted la respuesta definitiva. Me ha parecido conveniente venir en busca de ella. Determinadas cosas no deben ser confiadas al teléfono.

En vez de contestar directamente, Durand murmuró, bajando la cabeza:

—La muerte de Giles Ayres me ha impresionado mucho.

—Lo comprendo y admito que ha sido lamentable, pero...

reconocerá que ha significado una suerte para nosotros.

—¿Quiere decir que usted... no tuvo intervención?

Sonrió Jackson de manera incisiva:

—Señor embajador, a veces se me ocurre que es usted demasiado ingenuo para un cargo de tanta responsabilidad como el que le han confiado.

—¡Caballero!

—Nada de actitudes heroicas. Vamos a lo que interesa. Olvídese de Giles Ayres. Eso es asunto concluido. Dígame lo que haya resuelto.

—Pues... he pasado la noche sin dormir. Llegué a pensar en el suicidio.

—¡Qué tontería!

—Desistí al convencerme de que con ello no evitaría tampoco la deshonra.

—¡Claro que no!

—En virtud de ello he decidido que... si lo que se exige de mí no es demasiado...

Oliver distendió los labios en una extraña mueca que denotaba satisfacción por el triunfo. Como supuso desde mucho antes, las dificultades habían sido resueltas sin gran trabajo. Todo iría, pues, sobre ruedas.

No le convenía asustar al nuevo elemento que iba a constituir un factor importantísimo de la banda. Abrió, pues, los brazos en uno de sus beatíficos ademanes y repuso:

—¡Por favor, amigo mío, deseche tales temores! No se le pedirá nada que le perjudique ni le comprometa. En cambio, los emolumentos resultarán notables. Ahora bien, me desagrada insistir sobre esto, pero es necesario también, será notable el castigo si se le ocurre traicionarnos.

Experimentó Durand como una especie de vibración que le hizo levantarse, pero se mordió los labios sin soltar las palabras. ¿Cómo indignarse y protestar si por lo menos a los ojos de aquel hombre había perdido todo su prestigio?

—¿Qué le sucede, señor embajador?

—Nada. Me ha herido su frase última. Eso es todo. Puede estar tranquilo. ¿Cómo voy a intentar nada que le perjudique si puede deshacerme cuando se le antoje?

Asintió Oliver con un movimiento de cabeza y dijo enseguida:

—Bien. Vale más que omitamos nuevas reiteraciones sobre ese punto.

—Diga, pues, en qué ha de consistir mi trabajo.

—Ya lo sabrá cuando se encuentre en Roma.

—¿Quiere decir que va a acompañarme?

—No. Tengo demasiadas cosas que hacer en Nueva York. Cuando se encuentre usted instalado recibirá la visita de este hombre —le mostró una pequeña y excelente fotografía—. Fíjese bien en sus rasgos. Se llama Aldo Verdignesi. Le mostrará su documentación. Puede usted exigirle cuánto estime oportuno para convencerse de su identidad, por otra parte pronunciará la siguiente consigna: «Roma es ideal para los norteamericanos, ¿verdad, señor Ducand?». Responderá usted: «Mi apellido es Durand y no Ducand. Sí; Roma es ideal para los norteamericanos que saben amarla».

Sacó una pequeña hoja de papel y la entregó al diplomático.

—Aquí la tengo escrita. Repásela y rompa luego la nota. Es un poco larga la tal consigna, pero de ese modo resulta menos fácil que la capte nadie al vuelo, como puede ocurrir con una palabra suelta. Bien. El señor Verdignesi me representa en un todo y usted deberá obedecerle como si de mí mismo se tratase.

—Comprendido.

—¿Tiene algo que oponer?

—¿Es que adelantaría mucho si lo intentara?

Jackson tornó a hacer su peculiar mueca que quería ser sonrisa y se alzó, dispuesto a marcharse.

—Celebro su facilidad para la comprensión.

Tendió la mano a Durand quien vaciló brevemente, si bien acabó estrechándosela.

Tan pronto como Oliver hubo abandonado la casa, Albert fue en busca de Bruce, a quién encontró leyendo un tomo de poesías.

—¿Es posible que te gusten los versos?

—¿Te sorprende? Los versos, cuando son buenos, constituyen una de las pocas cosas sublimes que encierra la vida. Además, ya conoces la ley de los contrastes y no es pequeño el que existe entre deleitarse con una poesía bucólica y andar luego a tiros frente a hombres sin escrúpulos... Pero, sepamos el resultado de esa entrevista.

Durand le informó sin omitir detalle.

Erle Homolca sentíase satisfecho de sí mismo. Obedeciendo uno de los impulsos que tanto le censuraba su jefe, habíase introducido en el domicilio de Kang Li Seng, no valiéndose de la tienda de objetos artísticos, sino de la puerta principal, que daba a otra calleja.

Tanto a él como a otros muchachos les había encomendado Bruce la misión de vigilar a Jackson, derrochando habilidad, aunque sin tomar iniciativa alguna como consecuencia de lo que averiguasen; Erle vio al vigilado penetrar en el establecimiento del asiático; permaneció en acecho, pero la salida no se produjo. Horas después, Oliver cruzó nuevamente la calle para volver a entrar en el mismo sitio. Y el muchacho no vaciló en admitir la seguridad de que aquel comercio comunicaba con «algo extraño» por dónde desaparecía determinada clientela.

Poniendo en juego sus excepcionales aptitudes para tal cometido, dedicóse a inspeccionar los alrededores. Su esfuerzo dio como fruto permitirle ver a Jackson tras los cristales de un primer piso cercano. La visión resultó fugacísima, más el joven hubiera apostado cualquier cosa a que no había sufrido error. Redobló su interés. Diez minutos más tarde, la persona en cuestión salía abriendo la puerta correspondiente a tal piso. La siguió Homolca hasta establecer el enlace con uno de sus compañeros y encomendarle ese servicio; cambió luego unas palabras con otro de los agentes, situado en lugar estratégico, y volvió sobre sus pasos.

Con habilidad digna de encomio abrió la puerta sin hacer ningún ruido y cerró tras sí.

¡Ya estaba dentro!

Pensó en Dave y en sus frecuentes recomendaciones, pero no les dio importancia comparándolas con el posible éxito que acaso le aguardase.

La casa parecía desierta.

Erle, empuñada la pistola, avanzó sigiloso. Fue aplicando el oído a las habitaciones, sin que le llegase rumor alguno. Encontró la escalera que comunicaba el bajo con el piso primero. Con tacto exquisito subió los viejos peldaños, si bien no pudo evitar que, aunque muy levemente, crujiesen algunos. Hallóse en un pasillo amplio e iluminado de forma indirecta y tenue. Siguiendo la misma

táctica se detuvo ante diversas habitaciones sin descubrir nada que denotase vida, hasta que, finalmente, a través de una de las puertas llegó un susurro ininteligible. Miró a través de la cerradura. Nadie. Milímetro a milímetro hizo girar el pomo. La estancia era amplia y, a juzgar por las cerradas puertas, comunicaba con otras dependencias del piso.

El rumor que desde fuera percibióse, oíase ya más claro. Lo formaban varias personas al discutir.

Avanzó Erle de puntillas.

Jamás hubiera imaginado lo que iba a escuchar.

Era Kang Li Seng quién hablaba en aquel momento:

—¿No opinan ustedes, amigos, que es fea cosa introducirse en una casa subrepticamente? El hecho encierra graves riesgos, porque puede darse la circunstancia de que los vigilados noten la presencia del intruso y opinen que tienen perfecto derecho a hundirle un puñal en el corazón.

Homolca abrió desmesuradamente los ojos. Tuvo la evidencia de que el chino se refería a él. Aquello significaba una burla satánica. Miró en derredor sin descubrir a nadie. Apretó, más la pistola, dispuesto a vaciar el cargador sobre quien intentase detenerle.

La voz de Li Seng sonó otra vez:

—Nos encontramos, precisamente, ante uno de estos casos. Un hombre, que se pasa de listo, ha llegado hasta aquí y tras esas maderas escucha mis palabras. Juraría que no le están resaltando muy agradables.

Comprendió Erle que tratar de huir iba a ser inútil. Tentado estuvo de lanzar todo el peso de su cuerpo sobre la puerta en cuestión y emprenderla a tiros aunque tardase poco en caer; mas supo contenerse a tiempo. Lo más probable sería que desde dentro estuvieran incitándole a que procediese así, para reír más a su costa o para que perdiese el equilibrio y echársele encima antes de que pudiera hacer uso del arma.

—Para morir siempre hay tiempo —masculó.

Y quedóse quieto, procurando no perder la serenidad.

Apagóse la voz de Li Seng y un profundo silencio extendióse por los ámbitos.

Las cerradas hojas, ante las cuales se encontraba el muchacho, descorrieronse sin ruido. Pudo ver una estancia rectangular,

espaciosa, decorada con extraordinario lujo y sin nadie en su interior.

—Pase, caballero —oyó que le decían, sin que le resultara posible localizar exactamente el punto desde el que le hablaban.

Permaneció el inmóvil, a pocos pasos del umbral.

—Si no entra le obligaremos a hacerlo —añadió la voz oculta.

—¡Prueben! —Fue la respuesta lacónica e impremeditada del agente.

Apenas hubo terminado de lanzarla, se abrieron varias puertas a la vez. Homolca quiso abarcarlas todas a un tiempo. No apareció ningún ser humano, pero unas boleadoras utilizadas magistralmente surcaron el aire, le golpearon en distintos sitios con saña y le arrancaron la pistola de entre los dedos.

Antes de que le fuera posible recobrarse, aparecieron tres hombres como lanzados con catapultas y cayeron sobre él.

La pelea cobró pronto apariencias de cosa maravillosa, pues maravilloso era ver a un hombre sólo entendiéndoselas con tres enemigos fuertes, dispuestos a todo menos a matar... de momento, los cuales recibían golpes a granel propinados por aquella especie de titán furioso.

La fuerza numérica se impuso al fin, ayudada por la falta de escrúpulos. Bey pegó con tal fuerza en la nuca a Homolca que le hizo caer sin conocimiento.



...pegó con tal fuerza en la nuca a Homolca que le

Respiraron con fuerza aquellos «héroes».

—¡Vaya angelito! —comentó uno.

Kang Li Seng y cuatro secuaces más tornaron a la habitación.

—Espero —dijo el chino— que no le habréis matado.

Bey se inclinó sobre el caído.

—Respira —dijo—, aunque creo que tardará en despertar del sueño.

—Regístrenle.

Lo hicieron así, sin encontrarle encima ningún documento que acreditase su personalidad, pues el muchacho tuvo buen cuidado de entregárselos a un compañero antes de lanzarse a la aventura.

—Bien —añadió Kang—. Aténle y déjenle ahí. Ya nos dirá él mismo quién es, lo que buscaba y al servicio de la persona u organismo que le envía. Nos sobran medios para conseguirlo, ¿no creen?

Le respondieron con leves sonrisas demostrativas de crueldad.

Li Seng, dando como probable que el prisionero hubiera dejado tras sí algún colaborador, dio órdenes de adoptar precauciones para evitar sorpresas. Luego, tranquilamente, tomó asiento frente al desvanecido Homolca.

—Quédese junto a mí, Bey. Los demás vayan a ocuparse de cuánto les he dicho.

Le obedecieron, tras haber dejado a Erle reducido a la impotencia. Prendió fuego el chino a un perfumado cigarrillo sujeto por larga boquilla y entornó los párpados. Diríase que se gozaba teniendo a sus pies al joven y pensando en la suerte que le haría correr.

Bey, situado a corta distancia, aguardaba órdenes. Observando que el tiempo transcurría sin recibirlas, inquirió:

—¿Trato de reanimarle?

—Bueno —concedió el chino—. No estará por demás. Justo es que sea usted quien le despierte ya que lo ha dormido.

La tarea resultó difícil, larga y penosa. El golpe había sido brutal y los malhechores llegaron a temer que todos los esfuerzos resultaran inútiles y que la víctima pasaría de este mundo al otro sin abrir los ojos.

Por fin, tras rociarle muchas veces con agua e introducirle entre los apretados dientes algunas gotas de licor, consiguieron que Homolca diera señales de vida.

—Parece que resucita.

—Lo celebro.

La respiración del agente comenzó a regularizarse; se le colorearon las mejillas; entreabrió los labios.

Bey le zarandeó sin contemplaciones.

—¡Vamos, amigo, ya está bien!

Todavía transcurrieron muchos minutos antes de que el muchacho recobrara la noción de las cosas. Sintió el dolor agudo que le producía el porrazo y lanzó, de modo semiinconsciente, un quejido angustioso.

Al abrir los párpados y ver cerca del suyo el patibulario rostro de Bey lo volvió a cerrar; mas éste tornó a sacudirle demostrando que la paciencia se le acababa.

Erle, dueño ya por completo de sus facultades mentales, clavó en su agresor una mirada tan llena de odio, que le hizo estremecerse, si bien se repuso pronto y le abofeteó con saña a la par que rugía:

—¡Toma, maldito fisgón; para que aprendas!

Se contuvo, a disgusto, oyendo la voz aflautada de Kang Li Seng:

—No maltrate al muchacho... antes de tiempo. Posiblemente dará pruebas de cordura y nos evitará el empleo de la violencia —se aproximó a Homolca—. ¿Verdad que sí?... ¿Verdad que querrá usted evitarse malos ratos?

El interrogado no respondió. Hizo el chino una ligera seña a Bey, quien volvió a cruzar la cara del prisionero.

—No es de personas bien educadas apretar los labios cuando se les pregunta. En la presente ocasión, además, tropezamos con el inconveniente de que a este auxiliar mío —poco diplomático— le gusta valerse de sus puños. Le recomiendo se preste al interrogatorio. Ande, Bey, comience.

Tornó a su asiento y, encendiendo un cigarrillo más, retrepóse voluptuoso.

Bey dio comienzo a la nueva labor que acababan de encomendarle. Sentóse sobre la alfombra a corta distancia de la víctima y ordenó, ronco:

—Principia a cantar si no quieres que te haga pedazos. ¿Quién eres y a qué has venido aquí?

Homolca comprendió que de todas las maneras su suerte estaba echada e hizo una demostración de sangre fría; en tono que a todas luces resultaba irónico, preguntó a su vez:

—¿Me creerán si les digo que soy un vendedor de paraguas y que pretendo colocarles alguno?

La respuesta de Bey consistió en pegarle con redoblada furia.

Li Seng sonreía plácidamente.

Erle, cuyo rostro sangraba ya, comentó sardónico:

—Verdaderamente eres un hombrón. Martirizar a una persona atada como un fardo es cosa que honra a cualquiera.

—Contesta o...

—Pero ¿qué quieren que les diga? ¡Si de ningún modo puedo demostrar mis declaraciones! ¿Desean que me acuse como ladrón? Pues ¡ya está! Soy un ladrón fracasado. ¿Qué pertenezco a la policía? Pues ¡pertenezco! ¿A una organización de espionaje? Pues ¡a una organización de espionaje! Opino que no se puede ser más dócil. Esto es comportarse como un niño bueno a quién apalean por gusto.

Bey, enarcando las cejas, consultó al chino, obteniendo una respuesta afirmativa. Sus puños, entonces, estrelláronse repetidas veces no ya sólo contra el rostro de Homolca, sino contra todas las partes de su cuerpo en que el dolor pudiera ser agudo. No satisfecho aún, incorporóse y utilizó los pies para martirizarle.

—Basta... por ahora —dijo Li Seng. Y sin moverse de donde estaba, díjole al joven—: ¿Le basta con lo recibido para dejarse de ironías? Estamos dispuestos a matarle a golpes si no nos dice la verdad... y nos convence de la misma.

En aquel momento oyéronse fuera tiros y correr de gente.

Los dos miserables cambiaron miradas de estupor y sobresalto.

—¡Salga a ver lo que ocurre! —ordenó Kang.

—¿No será mejor concluir con esto?

Y así preguntando, el miserable verdugo aproximó sus manazas a la garganta de Erle.

—Déjemelo —fue la contestación del chino.

A disgusto, Bey renunció a su presa y abandonó la estancia, empuñando la pistola.

Apenas hubo puesto el pie en la próxima, abrióse violentamente la puerta y una lluvia de balas surcó el aire en distintas direcciones. Disparó él sin buscar blanco concreto. Resultó la última acción de su vida: el plomo le taladró la boca, la frente...

Doblóse sobre las piernas y cayó. La sangre brotó con fuerza de las heridas.

Un enmascarado y tres hombres más, irrumpieron en la habitación, luego de haber visto que no había nadie más en ella.

Oyeron una voz atiplada que provenía de dentro:

—¡Deténganse! Tengo un puñal colocado sobre el corazón de cierta persona que creo les interesa, pues les ha precedido. Lo hundiré si no retroceden.

El enmascarado hizo un ademán, conteniendo a los que le acompañaban, y dio una orden por señas al compañero que tenía más próximo quien, comprendiéndole, exclamó:

—Le conviene entregarse. La casa está rodeada. Aquí en el interior, como asimismo en la tienda, sumamos buen número de hombres. Toda resistencia es inútil. Si es usted sensato puede salvar la vida.

Contestó una carcajada estridente.

El enmascarado, mientras su compañero hablaba, arrimóse a la pared y fue deslizándose hasta un punto desde donde fuera posible ver lo que había dentro de la estancia inmediata cuya puerta dejara Bey a medio cerrar.

El espectáculo le heló la sangre. Li Seng no había mentido. Hallábase inclinado sobre Erle, sosteniendo una acerada hoja sobre el pecho de éste y mirando hacia el exterior.

Cruzáronse sus miradas. Li Seng levantó el brazo para hacer más eficaz el golpe. Aquellos segundos le perdieron. El enmascarado apretó el gatillo y le alojó una bala entre los ojos. El brazo armado del chino, al caer inerte, hirió, aunque muy a la ligera, a Homolca.

En pocos saltos, el hombre del antifaz pasó bajo el dintel, apartó Kang, ya cadáver, y apresuróse a cortar las ligaduras del prisionero.

—¡Condenado impulsivo! —barbotó.

—¡Dave! —dijo Erle, con grato asombro.

—Calla. No pronuncies más mi nombre mientras estemos aquí. Si algún espía me reconoce y escapa echará abajo mis planes futuros.

En otras habitaciones aunque había decrecido mucho, continuaba el tiroteo.

Bruce, sin quitarse la máscara, dispúsose a continuar la pelea.

—¿Te encuentras en condiciones de arreglarte solo?

—¡Claro que sí! No te preocupes.

—Esa herida del pecho...

—¡Bah, un arañazo!

El inspector se unió a sus amigos combatientes.

Cuando la lucha hubo acabado, con la muerte de algunos espías, la detención de otros y tres agentes heridos, Dave volvió junto a Erle quien, no obstante sus esfuerzos, habíase precisado a derrumbarse sobre un diván.

Estaba muy pálido. La sangre le manchaba las ropas.

El inspector le llamó afanosamente a la par que dejaba al descubierto la herida y procedía a hacerle una cura de urgencia.

—No es nada... No es nada... —repitió el muchacho—. Me han golpeado bestialmente... Eso es lo que me tiene sin fuerzas... Lo del pecho, insisto en que es un rasguño. ¿Cómo has llegado tan oportunamente?

—Me telefoneó tu compañero Kruman en vista de que había transcurrido el tiempo que señalaste al decidir introducirte en esta casa. Me hice acompañar de varios muchachos. Al saber lo de la tienda, nos apoderamos del dependiente y le hicimos hablar. Lo demás, ya puedes imaginártelo: tiros de una parte y otra. Éramos más que ellos y resueltos a todo.

—Perdóname, Dave, perdóname. No lo haré más.

—Siembre me dices lo mismo.

—Esta vez será la definitiva. No me regañes ni me apartes de tu lado.

—Tranquilízate. En medio de todo, yo he hecho en distintas ocasiones cosas por el estilo. La redada ha sido interesante.

—¡Qué gran persona eres!

Aquella misma noche, Oliver visitó a Durand, el cual le recibió con el ceño fruncido.

Tan pronto como estuvieron encerrados en el despacho, dijo el primero:

—Ha sucedido algo muy desagradable —y como viera que Albert continuaba con la vista fija en él, añadió—: Varios amigos míos han muerto; otros están en la cárcel. ¿Resulta esto nuevo para usted?

La extrañeza y el disgusto asomados a los ojos del diplomático fueron tan grandes que Jackson descartó casi en absoluto la sospecha que le había asaltado.

—Hable con más claridad —pidió Albert.

—He dicho cuánto hay. Alguien ha delatado a esos colaboradores y necesito descubrirle.

Durand tuvo una reacción enérgica:

—Escuche: No conozco a esos amigos suyos: de usted mismo sólo sé lo que ha querido decirme; mal hubiera podido, aun queriendo, tener participación en el asunto. Pero hay algo de más importancia y es lo siguiente: si los contratiempos que surjan en sus oscuras actividades me han de ser achacados, prefiero acabar de una vez suceda lo que suceda.

Oliver suavizó su tono hasta hacerlo dulzón.

—No se excite, amigo mío, no se excite. Le creo. No he hecho una excepción con usted al hacerle tal pregunta, sino que todos mis colaboradores han de sufrirla.

Tardó poco en despedirse, seguro de que Albert estaba completamente al margen de lo sucedido.

Poco más tarde Bruce visitaba al joven embajador, quien apresuróse a informarle de lo hablado con Jackson.

—Ha sido un rudo golpe —comentó aquél—. Afortunadamente, nuestro hombre no se encontraba en la casa en cuestión. Hubiera sido una lástima que cayese, haciendo casi inútil el viaje a Roma.

—¿Cómo estás enterado?

—¿Yo?... Casualidad; simple casualidad... No te preocupes. Lo único interesante es que la Dirección del

F. B. I.,

me ha autorizado a abandonar Nueva York.

—Entonces... ¿Jackson...?

—Será vigilado por otro inspector quien, siempre que proceda, me tendrá al corriente de sus actividades. Bueno, invítame a algo. Tengo la garganta seca y posees un «brandy» excelente.

CAPÍTULO IV

UN VIEJO AMOR

El avión tomó tierra en el aeródromo de Ciampino.

Durand no quiso anunciar su llegada y, naturalmente, no le esperaba nadie.

Descendieron él y Bruce, y tomaron un coche de alquiler que les llevó por la carretera, bordeando a veces la Vía Apia moderna.

Entraron en Roma por el sur.

Aunque la «ciudad de las siete colinas» no guardaba secretos para ellos, recibieron, como otras veces, la primera gran impresión que produce contemplar la ingente mole de San Juan de Letrán, una de las basílicas mayores jubilares.

—No corra, no tenemos prisa —recomendó Dave al chofer.

Conocía el joven lo deficiente que era allí la ordenación del tráfico y no tenía ganas de tropiezos.

Efectivamente, aquello, como de costumbre, no, ofrecía exceso de seguridades: cruzábanse vertiginosos coches y más coches, especialmente taxis del tipo «Fiat» pintados de gris verdoso y negro; «torpedonis», «filobuses», motos «Vespa» y «Lambretta», y, sobre todo, bicicletas en legión.

A Bruce continuaban haciéndole gracia, pese a las muchas veces que visitara aquella capital, las «carrocellas», especie de simones guiados por cocheros que son una genuina representación del tipismo romano.

El automóvil les dejó en la Plaza de San Bernardo, frente a la puerta del «Hotel Colosseo», donde el embajador decidió instalarse con su «secretario» particular.

Tan pronto como se vieron en sus habitaciones respectivas, Albert se acostó, con el propósito de levantarse pronto, pues entre

las preocupaciones y el viaje distaba mucho de encontrarse bien. Dave, por el contrario, tomó una ducha y se lanzó a la calle.

Aún no habían cerrado el Museo «Nazionale» y el inspector entró en el mismo, pues raramente dejaba de admirar sus riquezas artísticas en ninguna de sus excursiones a la capital de Italia.

A los pocos momentos tuvo la sensación de que alguien le miraba. Volvióse con rapidez, descubriendo a un hombre cuya edad oscilarla entre los cuarenta y ocho y cincuenta años, alto, moreno, de ojos negros, abismales, relucientes, el cual apartó enseguida la vista, fingiéndose distraído.

Bruce no concedió importancia al hecho. Deambuló de un sitio a otro, Estuvo un buen rato contemplando el «trono de Afrodita», soberbio respaldo que representa el nacimiento de Venus; más tarde se detuvo ante la cabeza de «Eumenides dormida», de origen helenístico; luego, junto a la «estatua de Augusto». En este momento torno a recibir la sensación extraña del principio, y al ver al desconocido de los ojos febriles, el cual se apresuró a ocultarse con disimulo tras la «estatua colosal de Athena», reproducción griega de la Athena Parthenos de Fidias.

Dave, resueltamente, fue hacia el lugar en cuestión y se detuvo frente al extraño sujeto.

—Perdone... —dijo, atacando a fondo—. Me ha parecido que me miraba de modo especial y que luego trataba de eludirme. ¿Es que me conoce? ¿Desea algo de mí? ¿Puedo servirle en alguna cosa?

Se expresó en tono simpático, correctísimo, hasta el punto de que a su interlocutor le hubiera resultado punto menos que imposible darse por molesto.

—Gracias —repuso éste en tono amable también—. No creo haber tenido el honor de verle antes de ahora. Me ha sorprendido gratamente el interés con que admira estas joyas artísticas. Yo soy un gran enamorado de ellas y me inclino enseguida hacia las personas que, al, parecer al menos, comparten mis aficiones. Buenos días, caballero.

Hizo una leve inclinación de cabeza y se alejó despacio. Dave correspondió al saludo. Sin saber por qué, no acababan de convencerle las palabras oídas.

Visitó las salas nuevas, deleitándose en la contemplación de la «Venus de Cirene», obra maestra de la escultura del siglo IV a. de

J. C., hallada en las termas de Cirene; el «Efebo de Subiaco», el «Discóbolo de Castel Porziano»...

Con disimulo alternaba su culto a tal belleza antigua con furtivas miradas alrededor, pero no vio más al hombre de las pupilas abismales.

Se acercaba la hora de cerrar el Museo. Bruce salió y, con aire inocente, escudriñó los alrededores sin descubrir a la persona que despertase su interés.

Tomó una «carrocella» y dio al auriga la orden de que le pasease por dónde le viniera en gana. De cuando en cuando, con el pretexto de admirar las hermosuras arquitectónicas, inspeccionaba todo cuanto le era posible. Persuadido al fin de que no se le seguía, abandonó el carruaje en Via Quattro Fontane, subió a un taxímetro y se hizo llevar a Porta Pía. Allí lo despidió y fue a pie al «Hotel Nápoles», donde esperaba encontrar a Erle Homolca, pues había logrado permiso para que éste continuase a sus órdenes.

El joven agente había llegado la tarde anterior y aguardaba con impaciencia.

Sostuvieron un amplio cambio de impresiones.

Media hora más tarde, Dave tornó en busca de Albert, el cual se había ya levantado. Comieron animadamente, pues el inspector iba consiguiendo que su camarada recobrase la confianza en sí mismo y se aprestase a la lucha con que se habían de enfrentar.

Abstúvose de decir nada acerca de su encuentro en el Museo, tanto por no aumentar las inquietudes del diplomático como porque, en realidad, no había motivo aparente de que aquello tuviese transcendencia.

Por fin, hecha la presentación de credenciales y concluidas las demás cosas protocolarias, tomó Durand posesión de su cargo y se instaló en el centro oficial, cuyos destinos iba a regir.

No tardó en presentarse Aldo Verdignesi. Era hombre de mediana edad, atlético, de ojos negros y penetrantes.

Albert, viendo la tarjeta, dijo al ordenanza:

—Que espere.

Luego fue al despacho anexo donde se encontraba Bruce.

—Ya está aquí nuestro hombre.

—La verdad es que no se ha hecho aguardar mucho. Recíbele con naturalidad. No acentúes la nota amable ni la altanera.

—¿Permanecerás aquí?

—Lo intentaré. En caso preciso, ordenas en voz alta que me retire. Me contentaré con verle sin ser visto. Ya me informarás luego de lo que habléis.

Tornó Durand a su sitio, oprimió un timbre e indicó que se hiciese pasar al italiano. Reconoció enseguida a éste, pues respondía en un todo al retrato que Jackson le mostrara.

—Le agradezco el honor de haberme recibido tan pronto —empezó diciendo el visitante. Y aunque en el despacho no había nadie más que ellos, bajó la voz al añadir—: Roma es ideal para los norteamericanos, ¿verdad, señor Ducand?

—Mi apellido es Durand y no Ducand. Sí; Roma es ideal para los americanos que saben amarla.

La consigna acababa de cruzarse. Se sonrieron uno a otro y Albert invitó:

—Siéntese, si gusta.

Lo hicieron ambos. Verdignesi mostrábase suave, acentuando el deseo de aparecer simpático.

—¿Podemos hablar sin miedo a que nadie nos oiga? —quiso saber, expresándose todavía a medio tono.

Durand, basándose en lo que Bruce le dijera, no vaciló en responder:

—Mi secretario particular se encuentra en esa habitación...

—Convendría que le hiciese salir.

Sin gesto alguno, el propio Albert aproximóse a la puerta correspondiente y dijo:

—Tenga la bondad de retirarse hasta que le avise.

Dave contestó, respetuoso:

—Bien, señor embajador.

Durand desanduvo lo andado.

—Ya está complacido, señor Verdignesi.

—Gracias. Comprenderá que tales precauciones no son por mí únicamente.

—De acuerdo. Nos convienen a los dos.

—Ese secretario ¿le es imprescindible?

—Sin la menor duda.

—Es que convendría se rodease de personas que nos inspiraran confianza a todos.

—Eso lo considero muy difícil, señor Verdignesi. Usted tendrá fe en unas personas, yo en otras. Por lo que a este caso concreto se refiere, aunque me propusiera complacerle me resultaría imposible. El señor Bruce me ha sido asignado desde las altas esferas de mi país.

—Bien, bien. No discutamos. Bastará con que en todo momento sepa usted a qué atenerse en relación con la persona que nos ocupa. Pasemos a otra cosa. ¿Quiere decirme las instrucciones que trae sobre la ayuda americana a Italia para sofocar los movimientos revolucionarios?

El diplomático había contado con aquella pregunta y la respuesta había sido previamente elaborada entre Bruce y él. Se atuvo a ella y facilitó informes parecidos a la verdad, si bien se separaban de la misma en los puntos fundamentales.

Aldo tomó buena nota mental de todo.

—Lo trasladaré al jefe —dijo—. Confío en que le satisfaga plenamente su actitud.

—¿El jefe?... Creí que era usted.

—¡Oh, no! Pero no se preocupe ni sienta interés en conocerle. Para todos los efectos nos entenderemos usted y yo.

—Conforme.

Enzarzáronse luego en un cambio de impresiones.

El italiano se levantó al fin, diciendo:

—Esta primera visita me ha sido muy grata. Vendré a verle con relativa frecuencia. Si en algún momento determinado quiere comunicarme cualquier cosa, telefonéeme a este número —señaló el de la tarjeta— o hágame buscar por cualquier persona de confianza en el casino «Tevere», situado en la Vía di S. Michele. ¡Ah!... Otra cosa: tengo verdadero interés en que acepte usted, como secretaria, a una señorita.

—Ya le he dicho que esa plaza está cubierta.

—Sí, claro, y aunque lo lamente me habré de resignar en virtud de sus razonamientos; pero eso no es óbice para que atienda mi súplica. En la Embajada de los EE. UU., una empleada más o menos no hace mella alguna.

Albert enarcó las cejas y apretó los labios. Necesitó varios momentos para dominar su ira.

—¿Debo entender —inquirió— que se trata de colocarme cerca

una espía de mis actos?

—Aunque así fuese no habría motivo para que se enfadase. Usted nos sirve contra su voluntad y está dentro de la lógica que adoptemos precauciones; pero no es ése el caso. Lo que pretendemos es que haya un enlace siempre entre nosotros.

—¿Y si me niego?

—Hará mal, muy mal. Tengo entendido que el señor Jackson le dio la instrucción de atenerse en un todo a mis indicaciones.

Albert inclinó la cabeza. Aquello le significaba una nueva complicación, un mayor peligro. Sin embargo, dióse cuenta de que no le era posible mantener su actitud.

—Está bien —dijo—. Que venga esa señorita.

—Gracias. Me ha acompañado y espera en la antesala. Voy a buscarla personalmente.

Desapareció para regresar a los pocos minutos en compañía de una extraordinaria belleza morena. Su cuerpo era escultórico, negros y grandes los ojos, tojos, gordezuelos, sensuales los labios.

Durand no pudo contener un gesto de incontenible asombro que esforzó en reprimir enseguida.

Aldo hizo las presentaciones:

—La señorita Carla Menicheli... El señor embajador de los EE. UU., en Roma... a cuyas órdenes va usted a trabajar.

La espléndida mujer sonreía de modo incisivo.

Verdignesi se despidió pronto.

Carla y Albert permanecieron frente a frente, examinándose en silencio.

Habló primero ella:

—Observo que te has quedado como mudo. No me sorprende. Imaginé la sorpresa que ibas a sufrir.

—¿Qué significa esto?

—Puedes imaginarlo.

—Sí; lo imagino... y me produce pena.

—¿No crees que antes de entrar en explicaciones deberías saludarme de otro modo? Han transcurrido años, sí; pero nos quisimos mucho; por lo menos, yo. Tú asegurabas adorarme.

Las palabras de la mujer brotaban envueltas en amarga ironía.

Durand sentóse, sin fuerzas, en la butaca que encontró primero.

El pasado hacia otra vez su aparición. Carla Menicheli, objeto de

su primer amor, culpable inconsciente de su gran tropiezo, estaba ante él más bella que nunca, mareándole con el perfume de su cuerpo, envolviéndole en el fuego de su ardiente mirar.

—No he venido a ti casualmente —añadió la joven—. Solicité este puesto.

—Eso significa que estás en connivencia con Verdignesi.

—Así lo ha querido la suerte. No creo te asista derecho a la censura. Cuando se deja a una persona a su albedrío como hiciste tú, mal se la puede recriminar.

—Nos separó el Destino.

—¿El Destino?... Bien; admito la necesidad que tuviste de alejarte. También yo me vi en la obligación de tornar a Italia; pero te escribí varias veces sin que me contestases.

—Tus cartas no llegaron a mi poder.

—Extraño: muy extraño, ¿no crees?

—No te olvidé nunca, Carla.

Avanzó ella despacio, mirándole al fondo de los ojos, trémula la boca.

—¿Es eso cierto, Albert?

—Te lo aseguro.

Detúvose la corsa antes de llegar al muchacho. Su amarga sonrisa se acrecentó. La ironía de su acento agudizóse también.

—¡Abrasa el fuego con que has dicho eso!

Trató Durand de eludir el tema:

—Ya hablaremos de tales cosas otro día. Comprende mi estado de ánimo.

—Lo comprendo. Tú, en cambio, no podrás comprender nunca el mío.

Tomó asiento en el brazo de un sillón y prosiguió, en susurro:

—Desde que tuve conocimiento de tu próxima llegada no soy dueña de mis actos ni de mis pensamientos. Creí que todo lo que hubo entre nosotros se había evaporado y al enterarme de que te iba a ver me di cuenta de que aquella pasión que encendiste en mi alma y en mi carne joven, cobraba fuerza otra vez.

—¡Carla!

—No pienso hacerte una escena de celos, de quejas ni de recriminaciones. Fuiste el primer hombre de mi vida; el único, mejor dicho.

—Mala suerte.

—Mala suerte para los dos.

Hubo una larga pausa. Tanto ella como él miraban al fondo de sus corazones.

—Tengo entendido que vas a casarte —murmuró la corsa, poniendo término al silencio embarazoso.

—Sí, en breve.

—¿Estás muy enamorado de la que va a ser tu esposa?

El interrogado no respondió. El semblante de la hermosa morena pareció resplandecer.

—Mírame a los ojos, Albert; quiero que lo hagas y que me contestes.

Violentándose en extremo, repuso el diplomático:

—No hablemos de eso, te lo suplico. Como bien dices, ha pasado mucho tiempo desde «aquello»; no somos quienes éramos; tú has seguido un camino, yo otro.

—Pero continuamos queriéndonos.

—No estamos seguros. Por otra parte, no puede ser. Has adquirido compromisos con gente indeseable.

—También los has adquirido tú.

—Contra mi voluntad.

—Viene a ser lo mismo. ¿Quién te dice que yo, cuando me vi por primera vez mezclada en estos asuntos, no me encontrase en circunstancias parecidas a las tuyas?

—Bien... aunque así sea. Lo cierto es que nos separa un mundo.

—Comprendo. Tú eres nada menos que el embajador de los EE. UU. en Italia; yo, una pobre chica al servicio de determinada organización de espionaje... de la misma organización que estás obligado a obedecer.

—¡Calla!

La joven se arrepintió de sus últimas frases. No hubiera querido herir a Durand, precisamente cuando acababa de concebir la esperanza de recobrarle.

—Perdona —suplicó—. Creo, como tú, que debemos dejar estas cosas para otra entrevista —consiguió reír abiertamente—. ¡Ea!, no pensemos ahora en nada desagradable. Estamos juntos y eso es lo que importa. Dame trabajo. Soy una secretaria tuya —guiñó picarescamente un ojo—, lo cual no será obstáculo para que me

invites a cenar esta noche. Hay por el mundo un gran número de jefes que cenan con sus secretarias. Te enseñaré sitios típicos... a menos que prefieras que cenemos en tu hotel.

—Carla, comprende...

—No quiero comprender nada que se aparte de este programita —cogió un cuaderno de encima de la mesa—: ¿Quiere dictarme algo el señor embajador?

La pregunta era mimosa en extremo; el negror de las pupilas femeninas hízose más profundo; su aliento quemaba a Albert quien tragó saliva con dificultad y dijo:

—Márchate ahora, Carla, te lo ruego.

—¿No tiene el señor embajador trabajo para mí?

—Vete.

—A sus órdenes señor embajador. ¿Hasta cuándo?

—No lo sé.

—Yo sí. Hasta luego. Te esperaré en un automóvil, a las once de la noche, frente al Teatro di Marcello —hizo una deliciosa y acusada reverencia—. No falte, señor embajador.

Abandonó la estancia.

Durand hundió la frente entre las manos, permaneciendo así hasta que llamaron a la puerta.

—Adelante.

Entró Dave, diciendo:

—He visto salir a tus visitantes, pero me ha parecido prudente llamar por si quedaba algún otro. Guapa chica, ¿eh? De ella no me habías dicho nada.

Su tono era frívolo, bromista. Hizo pronto una transición al advertir el abatimiento de su amigo.

—¿Qué te ocurre, hombre, qué te ocurre? Habíamos quedado en que no te dejarías abatir en ningún momento.

Hablando con dificultad preguntó Albert:

—¿Sabes quién es esa muchacha?

—Carla Menicheli. Tu viejo amor.

Durand frunció el entrecejo.

—¿Cómo te has enterado?

—Tuve la ocurrencia de volver a ese despachito. A veces se enteran uno mejor de las cosas que si se las cuentan.

Asomó el disgusto a las pupilas del diplomático quien no vaciló

en hacerlo constar.

—Supuse que habías obedecido mi orden de alojarte. Hay cosas que, por mucha amistad que exista, no agrada que sean oídas por extraños.

Fue Bruce quien ahora enarcó las cejas de modo que no denotaba nada bueno.

—Escucha, Albert: tus asuntos particulares me importarían un centavo si no se relacionasen con el problema fundamental. Pero como por desgracia se relacionan, intervendré en ellos cada vez que lo estime conveniente.

—Es decir, que Jackson y sus secuaces por una parte y tú por otra tratáis de convertirme en un pelele o poco menos, de manejar a vuestro antojo, de inmiscuirlos hasta en lo más recóndito de mí «yo».

—Piensa lo que dices.

—¡Lo sé perfectamente!

Consideró Dave lo que acababa de oír así como el estado de ánimo de aquel hombre y tras dudar brevemente, optó por encogerse de hombros y dirigirse a su departamento.

Albert, arrepentido ya, exclamó con acento suplicante:

—Oye muchacho.

Detúvose el inspector, interrumpiéndole:

—Supongo que no estás en tus cabales ahora y renuncio a tomar en cuenta esas palabras. De todos modos, procura no repetir nada parecido.

Durand inclinó la cabeza.

—Lo procuraré. Verdaderamente estoy como loco. ¡Son tantas cosas y tan fuertes!

Bruce, compadecido, volvió al fin sobre sus pasos y habló afectuoso:

—Olvidemos el pequeño incidente. Y ahora dime: ¿piensas acudir a la cita que te ha dado esa muchacha?

—Pues... no sé qué decirte.

—Lo diré yo: te quedas en la cama que es donde se está más a gusto. No demuestres ser tan insensato como parece serlo Carla. ¿Te das cuenta del efecto que producirá ver al flamante embajador de los EE. UU., cenando con una mecanógrafa de la embajada?

—No lo es aún; nadie la reconocería. De todos modos,

comprendo que tienes razón.

—Celebro que lo reconozcas. Yo iré en tu puesto.

Una hora más tarde, Bruce celebraba una entrevista con Homolca.

—Voy a encomendarte tu primer trabajo aquí.

—¡Venga! Comenzaba a aburrirme.

El inspector hizo entrega al agente de varias pequeñas fotografías hechas a Verdignesi y a Carla.

—Lo menos que se figuran estos sujetos es que en tanto departían con el embajador, mi simpática «Leika» aprisionaba sus imágenes en distintas actitudes. Tómalas. Por de pronto, hasta nueva orden, déjame la muchacha y ocúpate del hombre; pero no vuelvas a las andadas ¿eh? Nada de emplearte a fondo. Sólo trato de que le vigiles y averigües cuanto puedas sobre sus andanzas. Suele frecuentar el casino «Tevere», sitio en la Vía di S. Michele.

—Entendido. No tendrás queja de mí.

Un coche gris perla, de finas líneas, detúvose a las once en punto de aquella noche frente al Teatro di Marcello. Lo guiaba Carla quien miró a derecha a izquierda y consultó enseguida su diminuto reloj.

Ni por un momento había abrigado el temor de que el diplomático faltase a la cita.

Llevaba escasos minutos esperando cuando observó, extrañada, que se le acercaba un desconocido el cual, quitándose el sombrero para saludar, preguntó:

—¿La señorita Menicheli?

—Yo soy.

—Me llamo Dave Bruce, pertenezco a la Embajada de Norteamérica, y vengo en nombre del señor Durand.

Asomóse la inquietud a las pupilas de la muchacha.

—¿Le ha sucedido algo?

—Se encuentra indispuerto. Soy su secretario particular y me ha encomendado la misión de disculparle.

Carla se mordió el labio inferior. Supuso que la tal indisposición era una excusa y se consideró ofendida, humillada incluso con aquel comportamiento.

Añadió Bruce:

—El señor Durand me ha comunicado que va usted a ser mi compañera de trabajo. La noticia francamente, me sentó mal; pero

ahora, mirando sus ojos, bendigo mi suerte.

Esbozó la corsa una sonrisa El muchacho le resultaba simpático. Además comprendió hasta qué punto le convendría atraérselo, a los fines de la organización.

—¿Quiere subir, señor Bruce?

—Encantado. Estaba a punto de pedirselo.

Acomodóse en el «baquet» junto a la bella conductora la cual preguntó mimosamente:

—¿A dónde quiere que le lleve?

—A ningún sitio. Me encuentro aquí en la gloria.

La risa de ella brotó musical. Correspondió él en igual forma. Bromearon unos minutos sin poner el coche en marcha.

—¿Conoce usted Roma? —quiso saber la joven.

—¡Maravillosamente! ¡Lo mismo que la Conchinchina... donde no he estado nunca!

Volvieron a reír y mintió el muchacho:

—Es la primera vez que visito Italia. Mi impresión de Roma no puede ser más estupenda. Siento curiosidad por conocer su tipismo.

—¿De veras? ¿Quiere que cenemos en una «trattoria»?

—¡Encantado! Ya no me cabe duda de que es usted una compañera ideal. Estoy seguro de que nos llevaremos muy bien.

El elegante coche gris atravesó la plaza de Gensola, cruzó varias callejas y se detuvo a la puerta de una especie de taberna-fonda.

—Aquí es. Verá que «brodo» más rico nos sirven. ¿O prefiere usted la «pasta asciutta»?

—Ambas cosas me suenan mal; pero si a usted le gustan, las encontraré riquísimas.

—Se trata, simplemente de fideos. Al «brodo» quiere decir en sopa; la «pasta asciutta» es con queso, mantequilla y tomate.

—¡Ajá! Pues, ¡vaya por lo que usted prefiera!

Tomaron asiento en torno a una mesita. Para hacer boca pidieron un frasco de Chianti. Comieron y bebieron alegremente como dos chiquillos.

Dave advirtió no obstante lo distraído que aparentaba estar, que su compañera cambiaba una seña breve con determinado tipo de apariencia atlética el cual parpadeó perezosamente, dando a entender que había comprendido.

El muchacho se puso en guardia aunque no por ello alteróse un

solo músculo de su rostro.

Poco después, con motivo de un gracioso comentario hecho por Carla, Dave rió con fuerza. En aquel momento, el sujeto en cuestión fue hacia él en actitud agresiva exclamando:

—¡Ya me harté de sus risotadas! ¡Nadie se ha burlado impunemente de Guido Buratti!

El joven inspector miróle achicando los ojos y repuso correcto:

—Se equivoca, amigo.

—Yo no soy amigo suyo ni quiero serlo.

—¡Ah! ¡Qué gran pena!

Resultó tan cómico el tono empleado por Bruce que estallaron en su torno varias carcajadas.

El que dijo llamarse Guido Buratti, masculló un juramento y lanzóse como una tromba sobre Dave quién se inclinó profundamente, eludiendo el golpe y asestándole un descomunal cabezazo en el estómago. Buratti, falto de respiración y perdido casi el conocimiento, cayó al suelo.

Brotaron exclamaciones desde distintos puntos y dos hombres mal encarados avanzaron hacia Bruce cerrados los puños. Carla, rápidamente, se colocó ante ellos empuñando una pequeña pistola.

—¡Mataré al que dé un paso!

Los amenazados se detuvieron. Añadió la joven a Dave:

—Vamos, señor Bruce.

—Un momento. Un momento —repuso el inspector calmoso—. No hemos terminado de cenar; la «asciutta» ésa está muy rica; nos esperan también un plato de carne, fruta...

Ella, encañonando a los presuntos agresores, golpeó el suelo con el pie en señal de impaciencia.

—¡Salgamos!

—¡Cuidado! —gritó alguien, a corta distancia del inspector. Volvióse éste a tiempo de enfrentarse nuevamente con Guido el cual había vuelto en sí, y disponíase a atacar sin previo aviso. Al ver en guardia a su enemigo se detuvo, renunciando a echársele encima como la otra vez y disponiéndose a boxear.

—¡Retírese o disparo! —gritó la corsa a Buratti.

Atajóla Bruce:

—No se precipite compañera de fatigas. Déjeme despachar este asuntito a mi gusto.

Amagó con la izquierda al italiano al propio tiempo que le propinaba un gancho de derecha que le tiró otra vez de espaldas. Esperó a que se levantase y entonces fue cuando en realidad pudo decirse que el combate había comenzado. Guido se colocó a la defensiva, esperando ocasiones de hacer sentir al contrincante el peso de su fuerza. Sorprendióse un poco al comprobar que éste encajaba los puñetazos sin resentirse apenas y los devolvía multiplicados.

Un «uppercut» imparable de Bruce puso término a la pelea, pues tumbó por tercera vez a Buratti, el cual no se encontró en condiciones de continuar.

Carla, sin haber dejado de encañonar a los dos amigos del italiano, admiró las excepcionales aptitudes de Dave, y así lo demostraban sus ojos sin lugar a dudas.

—Puede guardarse la pistolita —invitóla el joven, mostrando su propia automática—. Opino que ésta será más útil, si hay necesidad.

Y añadió, encarándose con los sujetos en cuestión y señalando el desvanecido cuerpo de Buratti:

—Llévense ese saco de patatas y no vuelvan por aquí en un buen rato. Si les veo entrar antes de una hora los recibiré a tiros.

Había tanta firmeza en su acento que los conminados apresuráronse a obedecer.

—¡Salgamos cuanto antes! —insistió Carla otra vez.

—Nada de eso, preciosa. He de acabar con la «asciutta» y todo lo demás.

—Entonces ¡quédese solo!

—¡Sí que me pone en un dilema! En fin: me sacrificaré como buen caballero.

Abonó el importe de lo servido, dio una buena propina, y luego de apurar calmosamente el vaso de Chianti que había quedado, sobre la mesa, ofreció el brazo a la joven.

Salieron entre el estupor admirativo de cuántos quedaban en la «trattoria».

—¡Es usted una fiera! —exclamó la mujer en tono encomiástico.

—Y usted una fierecilla encantadora. ¡Vaya decisión empuñando un arma! ¡Cualquiera se enemista con una criatura así!

Carla creyó notar cierto tinte irónico en el acento de su interlocutor y se afanó en escrutarle; pero éste sonreía con

ingenuidad.

El coche se puso en marcha.

—¿Dónde vamos ahora, compañerita?

—Será mejor que lo dejemos por esta noche. Me he impresionado mucho.

—¡Qué lástima!

—Le llevaré al «Hotel Colosseo».

—¿Sabe usted que me hospedo allí?

Carla se mordió los labios. Había cometido una imprudencia.

Mintió con aplomo:

—Me lo ha dicho usted mismo.

—¡Ah! ¡Qué memoria la mía! ¿Quera creer que no me acordaba?

Enfiló el coche Lungot Pier Leoni, tomó luego la Vía Nazionale, torció por la de Torino y entró al fin en la Plaza San Bernardo.

Durante el trayecto, el joven se esforzó en bromear, pero apenas logró verse correspondido.

Echó pie a tierra junto al hotel y dijo al despedirse:

—Le estoy muy agradecido por este buen rato. La escena de la «trattoria» ha sido soberbia. Ni ensayándolo cien veces hubiera resultado mejor. ¡Lástima que al pobre Buratti le hayan salido las cosas un poco mal! Temo qué no me perdone nunca.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Oh, tan sólo lo que he dicho! Adiós, señorita, que duerma usted bien.

Dio un sombrerazo y se retiró, mostrando los blancos dientes en amplia sonrisa.

Carla pisó el acelerador.

Sus facciones se habían endurecido, perdiendo belleza. Le relampagueaban los ojos.

Aquellas palabras de Bruce le daban mucho que pensar. ¿Habría sospechado?

Verdaderamente su único propósito había sido vender al joven la fineza de su protección, demostrándole de paso hasta qué punto era mujer decidida y valiente. Constábale que aquella «trattoria» era frecuentada por elementos activos de la organización y se le ocurrió la idea de «hacer algo». La presencia de Buratti y sus amigos permitíóle redondear la idea. Todo habría salido bien si Bruce no hubiera poseído unos puños tan contundentes y una sangre fría tan

admirable.

Díjose que aquel secretario particular era de cuidado, ¡de mucho cuidado!

Y mientras se alejaba sumida en tales pensamientos, Dave se encerraba en sus habitaciones, dándole vueltas a la complicación del asunto que la presencia de Carla significaba.

—Como esta mujer se lo proponga —murmuró mientras se aflojaba el cuello de la camisa—, Albert está perdido. Porque la verdad es que es guapa, caramba, ¡demasiado guapa!... ¡Qué ojos!... ¡Qué boca!

CAPÍTULO V

CELOS

Albert no se excusó apenas ante Carla. Durante toda la noche había estado luchando por estrangular aquella pasión y al ser de día levantóse con el propósito de resistirla sin dejarse vencer.

Comprendió ella parte de lo que ocurría y abstuvo de exponer quejas que hubieran provocado acaso una ruptura. Le preguntó con vivo interés por su estado de salud y dijo agradecerle su atención por haberle enviado a Bruce.

Acentuó un poco la nota encomiástica del muchacho, acariciando el anhelo de descubrir en las pupilas de Albert alguna ráfaga de celos. Y lo consiguió, aunque fue solo cuestión de segundos, pero bastaron para descubrirle que había puesto el dedo en la llaga. Durand se rehízo pronto y habló en términos fríos, casi con rudeza. Adujo gran trabajo y le pidió que le dejase solo.

Dave saludó a la mujer con la más encantadora de sus sonrisas. Ambos bromearon comentando el incidente de la noche pasada. Parecían dos excelentes compañeros dispuestos a estimarse y prestarse mutua ayuda en todo.

La bella corsa se ratificaba en la impresión de que la simpatía de Bruce resultaba arrolladora, más no por eso se sintió inclinada hacia él. Por encima de todos los hombres estaba Albert, el único, como le había dicho, que entró de lleno en su corazón.

Era inútil que se hiciera censuras crueles alternadas con razonamientos: había transcurrido demasiado tiempo y lógico era que la hubiese olvidado; resultaba absurdo haber acariciado aquella pasión durante años; Albert no la quería ni quizá la quiso nunca; ella estaba en la obligación de vigilarle, considerándole, incluso, como un enemigo; no hacerlo así equivalía a correr el riesgo de su

propia existencia. Sí; tal era la realidad, mas, aplanándolo todo, alzábase su temperamento fogoso, su amor ardiente, que había hecho erupción como un volcán al hallarse de nuevo junto al que un funesto día lo hiciese nacer.

Charles Baccort torció el gesto al descender del avión tras Nancy y descubrir a Bruce junto a Durand.

—¿Va a ser posible que tu prometido no sepa dar un paso sin ese amigote?

—¡Papá! ¿Por qué tienes esa fobia a Dave? ¿Qué te ha hecho?

—¿Qué me ha hecho? ¿Crees que olvidaré nunca su osadía de pretenderte?

No pudieron continuar el diálogo. Los que les esperaban acercábanseles ya. Bruce quedó en segundo término. Cuando Durand hubo saludado a los viajeros, inclinóse él ante los mismos.

—Señorita, señor Baccort, bien venidos a Roma.

—Gracias —contestó el millonario, sin efusión, y sin alargarle la mano siquiera. Nancy le tendió la suya.

—Celebro verle, señor Bruce. ¿Qué tal le va en su cargo?

Percibió el joven cierta mordacidad en la pregunta y repuso, ratificando lo que en otra ocasión dijera:

—Magníficamente, señorita. El señor Durand es muy bueno conmigo y me siento feliz dentro del puesto que me corresponde.

Hizo ella un mohín de disgusto irreprimible y se volvió hacia su novio.

Charlando animadamente dirigiéronse hacia el magnífico automóvil que Albert había traído.

Nadie paró mientes en un coche de alquiler situado a corta distancia de donde había el del embajador. Dentro de este último, oculto el rostro por espeso velo, encontrábase Carla, cuyos ojos negrísimos estaban como clavados en el semblante de Nancy.

—Es bella, muy bella —susurró entre dientes.

Y una oleada de angustia y de ira mezcladas le sacudió el corazón al darse cuenta exacta de lo que valía su inocente rival.

Durante el recorrido, tanto Nancy como su padre esperaban que Albert hiciera alguna alusión al proyectado matrimonio, pero éste habló de muchas cosas, como si quisiera aturdirse, menos de aquélla.

Sorda rabia iba apoderándose del millonario, rabia que

concentraba en Bruce por creer que la presencia de éste dificultaba la conversación en tal sentido.

Cuando llegaron al «Hotel Nazionale», donde les habían reservado habitaciones, el inspector inició la despedida.

—Espera, Dave, nos marchamos juntos —pidió Durand—. Los viajeros necesitarán descanso.

—¡Te equivocas! —estalló Charles—. ¡Estamos descansadísimos! Deja a tu secretario que vaya donde guste y sube con nosotros.

—¡Ah, bien, bien!

Alejóse el joven inspector y los demás penetraron en el establecimiento.

Apenas instalados en sus habitaciones, inquirió el padre de la joven:

—¡Bien! ¿Han desaparecido ya las causas que te hicieron aplazar la boda?

—¡Papá! —protestó la joven.

—¿Qué ocurre? ¿Es que no voy a poder enterarme de lo que nos interesa a todos?

Durand no se atrevió a decir que las cosas continuaban sin variación alguna y forzando una sonrisa, contestó:

—Afortunadamente, se va resolviendo todo. Ustedes no pueden hacerse idea del ansia con que aguardo ese momento feliz. Será ya cuestión de poco tiempo, muy poco.

Charles le miró severo; Nancy, divertida. Añadió él, sin ocultar su turbación:

—Cuando conozcan los motivos de lo que sucede, encontrarán esta demora justificadísima. Ello no obstante, si opinan ustedes que debemos saltar por encima de todo, lo haré gustosísimo, aunque eludiendo toda responsabilidad.

Antes de que Charles respondiese, apresuróse a hacerlo la muchacha:

—¡De ningún modo! ¿Qué justificación puede tener esa prisa? No perderemos nada disfrutando un poco más la vida de solteros.

—¡Niña!

—No pongas esa cara, papá. Albert tiene que resolver sus asuntos; yo aún quiero divertirme en Roma. Hablemos de otras cuestiones, ¿os parece?

Transcurrieron varios días.

Carla, más apasionada de hora en hora, turbaba a Albert con su exuberancia ardiente. Fue en balde que éste luchase por apartarla de sí. Notábase rendido, hechizado. Reaccionaba, en ocasiones, de modo brutal y apartaba a la corsa sin contemplaciones; pero ella conocía todos los procedimientos para conseguir que pronto se arrepintiese de sus brusquedades, le pidiese perdón y bebiese goloso la miel de sus labios.

La torturaban los celos. Cada vez que padecía una transición violenta de Durand, pensaba con odio corso en Nancy, considerándola culpable de la misma. «¡Si ella desapareciese!», solía repetirse.

Y disfrutaba figurándose muerta a la muchacha elegida por Albert para constituir un hogar.

Aquella tarde...

Encontrábase solo el joven diplomático, quien, so pretexto de mayor independencia mutua, había hecho que Bruce ocupase un despacho alejado de aquel anexo al suyo que utilizó en principio, cuando Carla, como de costumbre, entró sin anunciarse.

Empezaron a hablar seriamente de asuntos relacionados con el trabajo, aunque ninguno, de ellos prestaba verdadera atención a lo que decía.

Poco a poco, como de costumbre también, la joven empezó a insinuarse y pronto sus brazos rodearon el cuello del hombre, ofreciéndole la boca.

Trató él de resistir una vez más.

—No está bien esto, Carla; compréndelo. Nuestras vidas no pueden seguir un mismo camino. Voy a casarme con otra mujer.

—Calla; no me lo recuerdes.

—Es que no debemos olvidarlo tú ni yo.

—Sé que no la quieres, que eres mío.

—Aunque no la quiera, tiene que ser. Es un compromiso ineludible. Mi carrera política depende de esa unión.

—De esa unión... y de que el organismo a que ambos pertenecemos, decida no descorrer nunca el velo.

Ensombrecióse el semblante de Durand; pero la joven no lo dio tiempo a decir nada duro, pues estrechó el abrazo y le besó largamente.

Hubieron de separarse con rapidez: Nancy que no había querido

ser anunciada con el fin de sorprender a su futuro marido en plena actividad, acababa de aparecer en la puerta y de lanzar una exclamación de asombro.

—¡Tú! —exclamó Albert, atónito.

Carla, lejos de acobardarse, sonrió gozosa, tanto por considerar el daño hecho a su enemiga como por darse cuenta de que el resultado, fuera cual fuese, le resultaría beneficioso.

La recién llegada apretó fuertemente los labios a la par que sus ojos, muy abiertos, miraron a la pareja con indecible estupor. Pronto la dureza de sus facciones fue desapareciendo; una ligera sonrisa despectiva jugueteó en su boca y dijo, sencillamente:

—Enhorabuena.

Les volvió la espalda, desapareciendo lentamente, sin afectación.

—¡Nancy! —llamó Durand, saliendo del estado de semi idiotez en que se había sumido y tratando de alcanzarla.

La hermosa corsa se colocó ante él, deteniéndole:

—¡No vayas! ¡Déjala ir!

Durand, crispado estalló en cólera.

—¡Apártate!

—¡No quiero! ¡Es una cursi! ¡Rompe con ella!

—¡Y tú eres una repugnante arpía!

—¡Albert!

—¡Fuera de aquí!

Le cruzó el rostro y la empujó haciéndola caer. Estaba enloquecido. Sin embargo, viéndola en el suelo, arrepintióse de su acción y volvió hacia ella.

—Perdóname, Carla.

En cuestión de segundos, el odio nacido en el corazón de la maltratada hacia aquel hombre convirtiéndose en más fuerte amor. Sus ojos sonriéronle a través de las lágrimas y los labios se le entreabrieron para decir:

—¿No he de perdonarte si a raíz de quitarme la vida me la has devuelto más venturosa al quedarte junto a mí en vez de correr tras de ella?

Durand apretó los puños y sin contestar dio media vuelta, abandonando el despacho.

Rechinaron los dientes de Carla quien en aquel segundo decretó la muerte de la mujer considerada como culpable única de que no

pudiera ser feliz.

Se incorporó lentamente y se llevó la mano a la mejilla cual si acariciase la huella de la bofetada que Albert le diera.

Con paso felino abandonó el despacho utilizando una de las puertas que comunicaban con las otras dependencias.

Cuando Durand salió, Nancy había desaparecido. Costóle trabajo dominar el impulso de correr tras ella. La presencia del personal de la embajada puso freno a tal acción impropia de su alcurnia. Desde un ventanal vio al fin a su novia que se alejaba en compañía de Bruce. Se clavó las uñas en las palmas de las manos y se retiró de allí con paso vacilante.

Fue obra de la casualidad, el que Dave hubiese cruzado por allá en el momento de abandonar Nancy el despacho, tras haber sufrido la grave ofensa de la traición inferida por el que iba a ser su esposo. Comprendió el muchacho que algo anormal sucedía y se le aproximó, preguntándole sin ambages:

—¿Qué te ocurre? Estás demudada.

Quiso la joven fingir y no pudo. Dijo unas palabras ininteligibles y continuó hacia la salida principal. Bruce caminó a su lado diciendo:

—Habla un poco más alto. Quiero saber lo que te pasa. No crees dudas de que a pesar de todo y por encima de todo soy un buen amigo.

Puso en sus palabras más emoción de la que hubiera deseado poner. Miróle Nancy con gratitud y repuso:

—Gracias, Dave, pero no creo que puedas hacer nada en mi obsequio.

—¿Tan terrible es el problema?

—¿Terrible? No; vulgarísimo, ridículo. El joven, e ilustre diplomático Albert Durand tiene por amante a una de sus mecanógrafas y la abraza y besa en su propio despacho oficial.

Para Bruce no constituyó la noticia sorpresa, pero la fingió.

—Eso es muy aventurado, Nancy. Las apariencias engañan a veces.

—¿De veras? Es posible que yo no tenga ojos en la cara. Los he sorprendido. Lo único que lamento es la herida a mi amor propio. Lo demás me tiene sin cuidado. Iba a casarme por complacer a papá.

—¿Quieres decir que no estás enamorada de Albert?

—Jamás lo estuve. La ruptura de mi compromiso con él me llena de satisfacción.

—No hables de ruptura, muchacha. Esas cosas son muy serias y...

—Ahórrate continuar. Lo he resuelto con carácter irrevocable.

Habían llegado al lujoso automóvil que la joven dejara a corta distancia. Subió ella y tendió la mano al inspector.

—Adiós, Dave. Espero que nos veamos antes de mi marcha.

—¿No quieres que te acompañe al hotel?

—No, gracias. Prefiero ir sola a fin de pensar a mis anchas.

Deslizóse el coche suavemente. Bruce permaneció en la acera hasta que lo hubo perdido de vista. Luego fue al despacho de Durand, encontrando a éste fuera de sí, paseando como una fiera entre barrotes. Se paró en seco, encarándose con el recién llegado:

—¿Qué quieres?

Dave, sin responder, se cruzó de brazos y miró duramente a su amigo, el cual ordenó:

—¡Márchate! ¡No quiero ver a nadie!

—A punto estoy de hacerlo definitivamente. Eres la mentecatez elevada al cubo.

—¡Dave!

—¿Es que no te das cuenta de lo que has hecho? Nancy considera roto su compromiso contigo y se dispone a regresar a Nueva York.

—¡Que se vaya! ¡Y tú también! ¡Estoy harto de todo y de todos! ¡Maldita sea la hora...!

El inspector impidióle terminar la frase cogiéndole fuertemente por la pechera de la camisa y zarandeándole.

—¡Cuidado con lo que dices!

Zafóse Durand y cruzó el rostro del que le sujetaba, el cual, reponiéndose enseguida, lo aplicó un soberbio puñetazo a la mandíbula haciéndole caer sobre la butaca más próxima.

Quedó aquel aturdido, no dándose en principio cuenta exacta de lo que acababa de ocurrir. El rotundo golpe tuvo la virtud de hacerle ver las cosas de modo distinto a como las veía minutos antes.

Exclamó Bruce:

—Merezco el calificativo de necio por haber creído, a pesar de lo que sucedió entre nosotros, que eras digno de estimación y ayuda. Quédate sólo en buena hora. Entre nosotros todo ha concluido.

Dirigióse a la puerta.

—¡Dave! —llamó Durand, incorporándose.

El inspector no volvió la cabeza siquiera. Albert, reaccionando cobardemente, corrió hasta impedirle la salida y le colocó, en ademán de súplica, ambas manos sobre el pecho:

—¡Perdóname! ¡Estoy como loco! ¡Si me abandonas cometeré la locura que me impediste llevar a cabo aquella noche en Nueva York!

El semblante de Bruce fue perdiendo dureza. Una débil sonrisa apareció en sus labios.

—Eres un niño grande —dijo al fin.

—¿Te quedarás?

—Procuraré complacerte a base de que no se repita nunca un hecho de esta índole.

La escena había sido presenciada por Carla desde el despachito anexo en el cual se deslizara poco antes subrepticamente. Comprendió, sin lugar a dudas, que aquellos hombres sostenían relaciones bastante más estrechas que las naturales entre un jefe y un subordinado.

El casino «Tevere» era, propiamente dicho, una especie de garito destinado a juego y demás diversiones poco recomendables. Para entrar en él no era necesario requisito alguno. Allí no había socios. Todo el que llevase la cartera repleta era objeto de atenciones por parte del gerente y demás empleados.

De vez en vez producíanse en tal establecimiento o en sus alrededores sucesos dignos de que las autoridades actuaran con energía, pero por lo que fuese, no sucedía así.

Aldo Verdignesi era una especie de autoridad indiscutible en el «Tevere». Asegurábase que la mayor parte de las acciones de aquella empresa eran suyas.

En una dependencia del piso segundo, vedada a toda otra persona mientras él estuviera ausente, solía recibir visitas heterogéneas, las cuales, casi siempre, adoptaban precauciones para llegar y desaparecer.

Aquella noche fue Carla quien llamó a la puerta de la habitación

reservada. No era la primera vez que acudía al garito y nadie intentó cerrarle el paso.

El propio Aldo acudió a abrir. En sus oscuros ojos había una muda pregunta.

—Necesito hablarle —anunció ella—. ¿Está usted solo?

—No. Buratti está conmigo.

—Mándelo abajo. No quiero que nadie nos oiga.

Avanzaron juntos. El malparado «valiente» de la «trattoria» abandonó, respetuoso, la silla que ocupaba. Aldo, ateniéndose a los deseos de la joven, ordenó a este que aguardase en la sala central del piso primero.

—Bien. Ya estamos solos. Usted dirá.

—Necesito que una persona desaparezca del mundo de los vivos. Me refiero a Nancy Baccort, prometida del señor Durand.

El italiano se puso súbitamente serio. Miró fijo a su interlocutora y repuso, tras pausa breve:

—Mala cosa son los celos, Carla, y no me refiero a los que sienta usted, sino a los que pueda llegar a sentir Orbino Collo.

—No sé qué necesidad hay de nombrar ahora al jefe —replicó la joven, con visible mal humor.

—Usted sabe hasta qué punto la quiere el señor Collo y si llega a sospechar que se ha enamorado usted de Albert...

—¡Cállese! —ordenó la corsa—. ¡Eso es un absurdo!

—Celebraré confirmarlo. Ni el jefe ni yo tuvimos inconveniente en encomendarla esta misión, basándonos en la historia que conocemos, en su juramento de que Durand sólo le inspiraba odio y en la creencia de que le resultaría a usted fácil enloquecerle de nuevo, facilitando así nuestra tarea, pero he llegado a temer que se ha envuelto usted misma en las redes que tendió, y eso es peligroso, muchacha.

—¡Le prohíbo que continúe diciendo disparates!

—¿Qué le induce, entonces, a desear la muerte de esa mujer?

—El bien de la causa que servimos. He llegado a la conclusión de que Nancy ejerce una influencia perniciosa sobre su prometido, influencia que puede inducirle a que, jugándose todo, desobedezca nuestras órdenes y nos traicione incluso.

Mentía con aplomo. Lo único que le interesaba era aprovecharse de la ruptura entre los novios para lograr su anhelo sin que Albert

sospechase que era obra suya. ¿Cómo iba a culparla del crimen si éste se producía durante el disgusto? Ni por un momento se le ocurriría admitir que sus celos estallaran en aquellas circunstancias. Sin embargo, los tales celos la devoraban y se dijo que era preciso impedir la reanudación de tales relaciones.

Continuó reforzando su argumento y lo hizo de manera tan perfecta que Aldo desechó sus dudas.

—Expondré el asunto al señor Collo —decidió.

—¿Lo considera imprescindible?

—Del todo. No me atrevo a tomar iniciativas en cuestión de tanta importancia.

Dominó Carla su ira y se abstuvo de insistir. Hubiera sido de mal efecto.

—Está bien —concedió—. Consúltele. Confío en que lo haga sin la más leve alusión a esa insensata sospecha que me expuso al principio.

—Tranquílcese. Y si quiere usted misma hablar con él...

—No. Al hacerme cargo de esta misión recibí orden suya de no visitarle a menos que me llamase.

Sonaron unos golpes en la puerta, con intermitencias convenidas. Abrió Verdignesi y Guido Buratti apareció bajo el dintel.

—¿Ocurre algo?

—Ustedes lo apreciarán: el secretario particular del embajador se encuentra en las inmediaciones del «casino». Le he visto en el instante de abandonar el quicio de una puerta y esconderse en otro.

Carla y Aldo cambiaron una mirada de disgusto. Dijo ella:

—No me gusta nada ese sujeto. La confianza que tiene con Durand es excesiva. Precisamente iba a hablar ahora del asunto.

Y, aunque no narró lo acaecido entre los dos hombres como consecuencia de la ruptura entre Albert y Nancy, aportó datos que confirmaban su afirmación.

Verdignesi reflexionó unos segundos y dijo a Buratti:

—Si no recuerdo mal, dijo usted que no perdonaría nunca los puñetazos que ese hombre le dio en la «trattoria».

—¡Desde luego!

—Bien, pues acaba de presentársele la ocasión. Despáchele para el otro barrio, pero sin ruido.

La ancha cara del miserable distendióse a impulsos de una sonrisa feroz.

Estremecióse Carla. En medio de todo seguía encontrando simpático a aquel hombre y la idea de que le asesinasen parecíóle demasiado fuerte. Casi se arrepintió de haber acentuado tanto las tintas.

—¡Espere! —Mandó a Guido, quien se disponía a salir. Y añadió, dirigiéndose a Aldo—: No creo que esa medida sea prudente.

—¿Por qué? Reconoce que es un hombre de cuidado y que le une sospechosa intimidad con el embajador. No ha conseguido usted nada práctico de él a pesar de la comedia representada en la «trattoria» de la que tan mal librado salió Buratti. Le vimos ahora junto al «casino», es decir, siguiéndola a buen seguro, ¿y todavía cree que debemos respetarle? Va usted perdiendo aptitudes, Carla —volvióse a Guido que aguardaba impaciente—: ¡Ande con él! Siempre me dieron buenos resultados los métodos expeditivos.

No se atrevió la corsa a protestar. Sentía cierto afecto por Bruce, pero no hasta el extremo de arriesgarse saliendo en su defensa. Por otra parte, creía sinceramente que la existencia de éste significaba grave riesgo para ella y los suyos.

Encogióse de hombros, diciendo:

—¡Allá ustedes!

—No estaría de más que facilitase usted la labor de Buratti.

—¿Cómo?

—Sencillamente, marchándose y haciéndose visible. Si como es de suponer, ha venido hasta aquí siguiéndola, continuará haciendo lo mismo. Vaya usted a pie por cualquiera de las callejas que conducen a Palatino. Él, pendiente de sus pasos, no concederá importancia a quién vaya detrás. De este modo, Guido aprovechará el mejor momento para liquidarle.

Protestó ella:

—No me hace ninguna gracia el papel que se me asigna. Jamás he tenido que intervenir en «trabajos» de esta índole.

—Las circunstancias mandan.

—Pues yo...

—¡Usted me obedecerá! Quéjese después, si quiere, al señor Collo, pero ahora soy yo quien manda. Supongo no se le ocurrirá rebelarse ante una orden mía.

La corsa se mordió los labios hasta hacerse sangre. En aquel instante aborreció con todas sus veras a quién le hablaba. Pero no osó replicar. La disciplina en la banda era feroz y Aldo Verdignesi estaba considerado como el brazo derecho de Guido Collo, jefe supremo de la misma, en Italia.

—Está bien. Vamos.

Salíó delante. Guido sacó un afilado puñal que llevaba en uno de los bolsillos interiores, lo ocultó en el derecho exterior de la americana y echó a andar tras la joven.

Verdignesi quedó inmóvil mirándoles ir, doblados los labios en una mueca cruel.

Lanzóse Carla a la calle, sin mirar a un lado ni a otro. El corazón le palpitaba violentamente. Bruce la vio, pero no se dio prisa en caminar tras ella. Esperó unos momentos por si tras ella surgía alguien del garito. Notando que no sucedía así y temeroso de perder la pista, emprendió la marcha, muy cerca de la pared trasponiendo rápidamente los contados trechos en que la iluminación resultaba estimable.

Fue entonces cuando Buratti, quien, sospechando lo que pudiera ocurrir, había permanecido dentro del «casino» observando a través de un ventanal, cruzó el umbral y se amparó en las sombras.

Carla sintió varias veces la tentación de volverse, dándose de cara con Dave, y prevenirle, más no se atrevió. El miedo a las consecuencias podía más que sus esporádicos buenos impulsos y continuaba andando deprisa, como si una fuerza superior la empujase a salir enseguida de la zona oscura, anhelando que cuanto antes sucediese lo que hubiera de ocurrir.

La intensísima, más que larga experiencia, advirtió a Dave de que algo anormal acontecía a la joven objeto de su interés. A pesar de la distancia y del casi nulo alumbrado público, dióse cuenta de que andaba casi a saltos, acusando nervosismo, y de que a veces se detenía durante breves segundos para enseguida reanudar la marcha con más ahínco.

En distintas ocasiones Bruce miró atrás con disimulo sin descubrir nada sospechoso. En realidad no podía descubrirlo, por cuanto Guido había abandonado la calle que seguían ellos metiéndose por una transversal que habría de permitirle acortar distancia y esperar en uno de los recodos próximos.

Pero no en balde Bruce tenía en su abono, además de cuánto aprendió en Quantico, la costumbre de verse en trances difíciles y de no abandonar en ningún momento las precauciones. Apenas hubo divisado el recodo en cuestión, por lo que pudiera suceder, trasladándose al extremo opuesto del mismo. Aunque hizo el cambio con aparente naturalidad, no dejó de echar una rápida ojeada en su torno. Hubiera jurado que entro los paredones de un cascarón a medio derruir se había movido alguien. Sonrió ligeramente y arrojó hacia allí, con negligencia, el cigarrillo que llevaba entre los labios. La lumbre, al estrellarse contra el paredón, permitióle ver como lo que en principio parecía una sombra más, mostraba unos pies fuertemente calzados.

Acentuóse la sonrisa del joven y siguió adelante sin aparentar haber advertido nada que llamase su atención.

De pronto, al entrar en una zona más oscura aun que las anteriores, vio con el rabillo del ojo que un hombre corpulento se le echaba encima con ánimo de atacarle por la espalda. Dio un magnífico salto de costado y Buratti, que había surgido de entre las tinieblas, estuvo a punto de caer de bruces al fallarle el blanco sobre el cual descargara su ímpetu.

Antes de que pudiera rehacerse, arrojóse Dave sobre él, asestándole un par de puñetazos que le aturdieron aunque no lo que hubiera sido necesario para dejarle fuera de combate. Se repuso el italiano en cuestión de segundos y trató de hundir en la carne de su enemigo la acerada hoja que no había soltado. La diestra de éste, convertida en garra, le atenazó la muñeca en tanto la izquierda le golpeaba entre los ojos.

Una zancadilla de Guido hizo a Bruce perder el equilibrio, más no por eso soltó su presa, sino que la arrastró consigo violentamente.

Rodaron ambos. El italiano había caído encima y realizando esfuerzos titánicos consiguió acercar la punta del arma a la garganta del inspector. Apenas si faltaba medio centímetro para lograr su Objeto cuando éste llevó a cabo una inconcebible flexión de piernas que le permitió extenderlas y lanzar al adversario lejos de sí.



*...y realizando esfuerzos titánicos consiguió acercar
la punta del arma a la garganta.*

Levantóse Dave cual si fuera de goma y se echó sobre Buratti, quien, como fruto del porrazo, tardó varios momentos en darse cuenta exacta de la realidad. Viéndose encima al contrincante, redobló los desesperados esfuerzos por herir, más lejos de conseguirlo, sintió un dolor agudísimo en el antebrazo armado,

como si se lo tronchasen, y no pudo oponer ninguna resistencia.

El puñal destinado al crimen y que no había soltado, se le clavó en el pecho, empujado fuertemente por el inspector.

Un grito rasgó la calma de la noche.

Bruce se incorporó rápidamente, miró en derredor y apartóse del lugar del drama con toda la prisa que le permitieron las piernas.

Sólo cuando estuvo lejos dedicó unos minutos a arreglarse la ropa y el revuelto cabello.

La sangre de Buratti le había salpicado y procuró limpiársela lo mejor posible.

Consideró inútil buscar a Carla. Supuso que ésta se habría dado buena prisa en desaparecer. Además, en virtud de lo poco decoroso que había quedado su traje, díjose que lo más sensato era quitarse de en medio para no llamar la atención.

La corsa, contra lo que supuso el inspector, no estaba lejos. Le había llegado el grito lanzado por Guido y quedó inmóvil, sufriendo la sensación de que la sangre se le había helado en las venas.

Cuando pudo recobrarse, impulsada por fuerza desconocida, volvió sobre sus pasos.

Un pequeño grupo de personas, grupo que iba aumentando con rapidez, la orientó sobre el punto exacto donde había tenido lugar el sangriento suceso.

Fue aproximándose con lentitud, deseando y temiendo saber.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, tocando en el brazo a uno de los que formaban el corro.

—Han matado a un hombre. Yo no sé en qué piensan las autoridades. No va uno a estar seguro en ningún sitio.

Miró por entre el hueco, descubriendo el cadáver de Guido.

Contra su voluntad se alegró de que fuera éste el muerto. Más, pronto reprochóse por sentir de aquella manera, al comprender que la peligrosidad de Bruce había aumentado terriblemente después de este suceso.

Se alejó con paso inseguro, regresando al «casino» y corriendo hacia los dominios de Verdignesi, el cual, al verla en aquel estado de excitación, corrió hacia ella y la condujo hasta una butaca, preguntándole, mientras lo hacía, intrigado:

—¡Ese hombre es un demonio! —respondió la joven.

—¿A quién se refiere?

—A Dave Bruce. ¡Ha matado a Buratti!

—¡Eh!

Refirió la corsa cuánto sabía del lance, reanimada por los sorbos que daba a una copa de licor servida por Aldo, quien había fruncido el entrecejo de manera que denotaba seria preocupación.

—¿Qué hago ahora? —terminó preguntando ella—. ¿Cómo me presento mañana en la embajada?

—Pues tendrá que acudir —decidió Verdignesi—. Será lo más sensato. Bruce no puede lanzar sobre usted acusación alguna. En cambio, si no va, se declarará usted poco menos que cómplice. Tiene que hacer un derroche de la entereza que sin duda alguna posee. Unido a eso está la necesidad de que no abandone su puesto. Buscaremos una nueva ocasión para eliminar a ese enemigo.

Carla inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Acudió un poco más tarde que de costumbre. Iba pálida y ojerosa debido a la mala noche, pues no había logrado conciliar el sueño.

Por mucho acopio que hizo de dominio sobre sí misma, no pudo evitar que un escalofrío la estremeciese en el momento de ver a Dave, quien la saludó sonriendo con sencillez.

—Tiene usted mala cara, distinguida compañera.

—Sí, no me encuentro bien.

—Ésas son las consecuencias de trasnochar.

Le miró ella angustiada, dando por seguro que iba a oír la temida acusación, pero el joven, conservando el tono bromista, añadió:

—Danzar por ahí a las horas en que debe uno estar entre sábanas no trae nada bueno. ¡Si supiera lo que me sucedió anoche!

Carla achicó los bellos ojos. El acento ingenuo de su interlocutor sumíala en un mar de confusiones.

—¿Qué le sucedió? —preguntó con inseguro acento, asombrada de su propia osadía.

—Pues verá. Pasaba yo casualmente por S. Michele, cuando la vi entrar en un establecimiento que parece un casino o algo análogo. Me sentí intrigado. Debe perdonarme, pero no sólo las mujeres son curiosas.

Hizo una pausa. La joven respiraba angustiosamente.

—Ya ve —continuó Bruce— que no le oculto nada. Vacilé entre

penetrar también, pero acabé diciéndome que mi conducta sería incorrecta. Aunque sea usted una compañerita a quién estimo mucho, ¿quién soy, yo para mezclarme en sus cosas? Bueno, la verdad es que cuando me disponía a pasar de largo, reapareció usted y echó a andar deprisa. No pude dominar mi impulso y la seguí con intención de llamarla y de que pasásemos un rato a gusto en cualquier parte, cuando de pronto se me echó encima... ¿quién diría usted?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¡El tipo aquel de la «trattoria»!

—¿Es posible?

—¡Como lo oye! Sin duda me reconoció y quiso cobrarse de los puñetazos que le di. Pero no le acompañó la suerte. Luchamos... y tuvo la desgracia de clavarse el puñal que intentaba hundir en mi cuerpecito. Eché a correr... y hasta ahora. No sé si estará muerto o simplemente herido —cambió de tono para añadir—: Confío en que no se lo ocurra hablar de esto a nadie, ¿eh? Le he dado una prueba de confianza que sabrá agradecer. No es que pueda ocurrirme nada, por cuanto peleé en defensa propia, pero siempre se originan molestias y escándalos publicitarios que en nada me beneficiarían.

—Descuide.

—Gracias, compañerita guapa. ¡Ah! Conste que he recibido un buen escarmiento. Difícilmente se me ocurrirá otra vez meterme donde no me importa. Voy a mi trabajo.

Salió silbando una tonadilla popular. Carla quedóse viéndole ir, dominada por la admiración y el miedo.

—¿Qué se habrá propuesto hablándome de esta manera? —preguntóse—. ¿Querrá confiarme o, efectivamente, no sospechará de mí?

Hubiera dado cuanto le pidieran por hallar la respuesta a tales preguntas.

CAPÍTULO VI

EL JEFE SUPREMO

Nancy, por primera vez en su vida, se impuso a su padre, prohibiéndole que hablase con Albert.

—No quiero que le pidas explicaciones, ni aun siquiera que le escuches. Ese hombre ha terminado para nosotros. Si no me complaces me proporcionarás un disgusto sin límites que no olvidaré ni perdonaré jamás. Por otra parte, tu gestión sería inútil, toda vez que preferiría morir a casarme con él.

Y tal firmeza hubo en su acento, que Charles, conocedor de la psicología de la joven, tuvo la seguridad de que lo que ésta había decidido era irrevocable. Vióse, pues, precisado a contener el iracundo deseo de abofetear a Durand y decirle todo lo que a borbotes le subía a la garganta.

—¿Cuándo regresamos a casa? —quiso saber el millonario, renunciando a la discusión.

—Me encuentro a gusto en Roma. Mi ruptura con ese títere no puede ser motivo de precipitaciones. Creo que ahora empezaré a disfrutar de todo con bastante más amplitud que antes. Siento como si me hubieran quitado un gran peso de encima. ¡Nunca sabrá esa descocada taquimecanógrafa el gran bien que me ha hecho!

Miró Charles con severidad a la joven, más abstúvose de reconvenirla.

La verdad de que Nancy no tuviera prisa en regresar, estribaba, aunque no quisiera confesárselo, en la atracción creciente que Dave ejercía sobre ella. Una secreta esperanza, no extinguida nunca del todo, cobraba fuerza en su pecho. Consideraba poco menos que deshonesto el que el muchacho se hubiera convertido en empleado de su rival. Le producía pena la indiferencia que a ella le seguía

demostrando, pero por encima de todas las reflexiones, de todos los demás sentimientos, alzabase su amor.

La corsa embriagaba a Albert con su aliento ardoroso y perfumado.

—Me pegaste y, sin embargo, aquí me tienes humillada a ti, rendida, dispuesta a todos los sacrificios. Quiéreme como te quiero y te haré triunfar de los que pretenden hundirte. Conozco el mecanismo de la banda y a todos los que la componen empezando por el jefe. Te proporcionaré los medios de que les destruyas, permaneciendo al margen a fin de eludir venganzas futuras. Seremos felices. Nada ni nadie se interpondrá entre nosotros.

Le rodeaba el cuello, brindándole el rojo clavel de sus labios.

Durand vacilaba. Lo que Carla acababa de ofrecerle era magnífico: el hundimiento de los espías, cosa sinónima a su propia salvación, y una larga etapa de venturas, pero... ¿debía renunciar definitivamente a Nancy? Aunque el amor de ésta le trajese sin cuidado ya que nunca la quiso, importábale mucho lo que Charles pudiera decidir.

Carla continuó hechizándole.

Muy suavemente se abrió unos centímetros la puerta del despacho y la figura de Aldo Verdignesi se recortó en la misma. Fue cuestión de segundos. El italiano, al presenciar la escena, retrocedió como una sombra sin que los apasionados jóvenes le viesen.

En la Vía Filippo Turati alzabase un bello edificio de tres plantas, propiedad del arquitecto Orbino Collo, el cual gozaba en Roma de envidiable prestigio.

Aldo Verdignesi oprimió el timbre de la artística verja. Un criado acudió a abrirle, y al par que le saludaba con respeto, cruzó con él una mirada de complicidad.

—Deseo ver al señor Collo.

—Le anunciaré.

Cruzaron el amplio sendero festoneado de plantas exóticas abierto en el jardín y penetraron en la casa.

Tomó Aldo asiento en una cómoda butaca del vestíbulo; mientras el sirviente penetraba en las habitaciones interiores, para volver a poco e invitarle son una seña a que le siguiese. Llamó con los nudillos a una puerta. Concedieron permiso desde el interior y él

hizo girar el pomo cediendo paso al visitante y retirándose enseguida.

Orbino Cello —el hombre alto, moreno, de ojos negros, relucientes, abismales, a quién Bruce encontrara en el museo el mismo día de su llegada, a Roma—, hallábase sentado tras amplia mesa escritorio y apenas si contestó con leve inclinación de cabeza al pronunciado saludo de Verdignesi.

—¿Qué hay?

—Algo fuerte, desagradable en extremo.

—Dígalo.

—Temo producirle un verdadero disgusto.

—Ahórrese rodeos.

Indicóle un sillón en el cual sentóse Aldo y él quedó mirándole fijo.

—Se trata de la señorita Carla.

El rostro de Orbino se contrajo ligeramente, pero en pocos segundos recobró su impassible estado normal.

—¿Qué le ha sucedido?

—Nada. Su estado de salud es perfecto. Es su manera de comportarse lo que me preocupa. Por eso he creído un deber venir a darle cuenta.

Orbino arqueó las cejas. Sus ojos brillaron más de lo habitual. Presintió que cuando aquel hombre, aun sabiendo lo que la corsa le significaba, atreviase a hablar así, era porque el asunto merecía realmente el calificativo de grave.

Con un gesto de impaciencia exigió la explicación rápida de tales palabras. Verdignesi empezó por narrarle lo sucedido en el «Tevere», los deseos expuestos por la joven acerca de la muerte de Nancy, sus vacilaciones cuando se habló de asesinar a Bruce, el hecho, sospechoso a su juicio, de que muriese Buratti en vez de la presunta víctima, lo cual le había llevado a suponer que Carla advirtió a éste.

Collo escuchaba en silencio. Todo aquello resultaba desagradable, pero sin consistencia suficiente para una acusación. Decíase, acertadamente, que Aldo reservaba algo decisivo para el fin.

—Lo peor —terminó diciendo el que informaba— es que, olvidando sus deberes, se ha enamorado de Albert Durand.

—¡Mentira! —exclamó Orbino, descargando como una maza el puño sobre la mesa.

Callaron los dos. Verdignesi no se atrevió a replicar, pero su gesto denotaba a las claras hasta qué punto le había herido la ofensa lanzada por su jefe. Reconoció este haberse excedido, y acaso por vez primera, pidió disculpas.

—No tome en cuenta esa palabra mía. La he pronunciado sin querer. ¡Es tan duro lo que acaba de decirme!

Satisfecho por el honor que significaban tales explicaciones del que regía los destinos de la organización, murmuró Aldo:

—Por eso vacilaba, buscando el mejor modo de plantear el problema.

Collo pasóse repetidas veces una mano sobre los cabellos que ya, empezaban a platear, y dijo, con acento ronco:

—Bien. Termine de contármelo todo.

Fue obedecido sin que se omitiese detalle, y con la adición de algunos comentarios breves y atinadísimos del lugarteniente.

Las facciones de Orbino parecían talladas en piedra. Tenía apretados los labios y las hogueras de sus ojos daban la impresión de que iban a incendiar cuánto tuvieran delante.

—Haga venir a Carla —dijo en tono que no presagiaba nada bueno— y absténgase de dejarle entrever lo más mínimo sobre lo que acabamos de hablar.

—Entendido.

—Terminado este asunto... por ahora. ¿Qué más cosas hay?

—El nuevo embajador continúa mostrándose dócil a nuestras órdenes. Me ha facilitado nuevos informes cuya veracidad comprobaremos tan pronto como las circunstancias lo permitan, aunque no creo se haya atrevido a falsear nada.

—Veamos.

El lugarteniente puso ante los ojos de Orbino las copias de documentos, previamente amañados por Bruce, que Durand había entregado en distintas ocasiones.

Veinte minutos más tarde abandonaba el edificio. Desde el primer teléfono público que encontró al paso, llamó a Carla:

—Necesito verla hoy. Cuando salga usted de la embajada a la hora de comer, la estaré esperando en mi coche negro en el cruce de Carine y Annibaldi.

—Conforme.

El resto de la mañana lo pasó inquieta. Sin saber por qué, aquella llamada le produjo malestar.

Llegó la hora y dirigióse al lugar de la cita. Verdignesi la vio acercarse y le hizo una seña con la mano, abriendo enseguida una de las portezuelas del coche.

—¿Qué pasa? —inquirió la joven, apenas se hubo acomodado.

Sin volver la cabeza, pues la circulación estaba en su grado máximo de peligrosidad, respondió Aldo:

—He hablado con el jefe sobre el asunto de Nancy Baccort. No se muestra partidario de la desaparición de esa mujer. Teme, sin duda, que se arme demasiado alboroto. Sin embargo, ante mi insistencia, le he visto vacilar y ha concluido por decidir que vaya usted a visitarle esta noche. Es casi seguro que le convenza.

Una mueca dura, de cruel satisfacción, dibujóse en el semblante de la corsa.

—Como verá —añadió el italiano— me he comportado como usted se merece.

—Gracias. Aprovecharé la primera oportunidad para corresponderle.

—¡Oh, no se preocupe! Ya sabe hasta qué punto la estimo. Serle grato es para mí un placer.

—Pasa, querida, pasa.

La invitación, aunque hecha en el más afectuoso de los tonos, causó cierta inquietud a la joven. Algo inexplicable descubrió en las pupilas de Collo, el cual ordenó al criado:

—Ya lo sabéis. Que nadie nos moleste.

Cerró la puerta y quedó observando a Carla, quien, sobreponiéndose a sus inconcretos temores, se había dejado caer, con afectada negligencia, sobre un sillón.

—¿No te parece que ha transcurrido ya tiempo suficiente para que me des un beso? —preguntó ella, mimosa.

—¡Oh, sí, es verdad! ¡Perdona!

Se le sentó al lado y la besó largamente, cual si quisiera apurar hasta la última gota de néctar.

Le correspondió la corsa con más fuego que de costumbre, pues le interesaba dominarle para que accediese a sus pretensiones.

Propuso él beber y brindar.

De un caprichoso mueble próximo sacó botellas y dos copas que llenó con lentitud.

—¡Por nuestro «inmenso» amor! —dijo, alzando el recipiente.

—Por nuestro inmenso amor.

—¡Por tu fidelidad!

La segunda parte del brindis estremeció a la joven. No obstante, hizo acopio de ánimo para sonreír.

—¡Por mi fidelidad... y por la tuya!

Bebieron ambos. Orbino depositó las copas sobre la mesa, prendió fuego a un cigarrillo y murmuró, al fin:

—Bien. Ya hemos tenido una deliciosa expansión. Hablemos ahora de cuestiones generales. ¿Tienes algo que decirme?

Consideró Carla que no debía abordar de momento lo que tanto le importaba y se entretuvo en informes y comentarios relativos a su actuación.

Orbino la oía dando muestras de aquiescencia. Dijo, al fin:

—Creo que se te olvida algo. Según mis noticias, ibas a hacerme saber tu odio hacia Nancy Baccort.

Palideció la muchacha. Dijose que Verdignesi, en contra de lo que lo prometiera, había planteado el asunto de modo distinto al acordado.

—¿Mi odio, dices? Estás en un error. Nada tengo contra esa persona. Si he sugerido la idea de que se la elimine es porque conviene a nuestros propósitos.

—¡Claro! ¡Claro!

—¿Lo dudas?

—¡Qué he de dudar! A ti, ¿qué puede importarte? Tampoco él —me refiero al embajador— te importa, ¿no es así?

Era ya el suyo un tono helado que, contrastando con el fulgor de las pupilas, calaba hasta los huesos.

El miedo de Carla se agudizó. Sus hermosos ojos negros quedaron pendientes de los de aquel hombre que la taladraban sin parpadear.

Realizó un nuevo esfuerzo para mantenerse aparentemente tranquila y susurró:

—Te encuentro un poco extraño, Orbino. No acierto a comprenderte.

—Debe ser la emoción que me ha causado tu presencia después

de tantos días. Sabes cómo te adoro. Te consta que verme privado de tus caricias me significa el mayor de los tormentos, y, sin embargo, me voy a pasar sin ellas para siempre.

—¿Eh?

—No sé de ningún cadáver que pueda acariciar y yo voy a quedarme con tu vida entre las manos, entre estas manos que sólo tuvieron ternuras para ti.

Avanzó despacio hacia la mujer que, dominada por el terror, lanzó un grito, retrocediendo de espaldas.

Collo sonreía siniestramente. Su opaca media voz no parecía brotar de una garganta humana...

—Grita cuánto deseas. Nadie acudirá, aunque te oiga.

—¡Estás loco!

—Es posible. Como también lo es que seas tú la culpable de mi locura.

Continuó avanzando cual un felino que quisiera recrearse en el pánico de la indiscutible presa.

—Yo te explicaré.

—¡Maldita traidora! ¿Qué necesidad tengo de tus explicaciones? ¡He querido darme la alegría de matarte yo mismo, de apagar la luz de esas pupilas que han reflejado con pasión la imagen de otro!

Se interrumpió, volviéndose con rapidez.

La puerta principal del despacho, acababa de abrirse y Dave Bruce, cubierto el rostro por un antifaz y empuñando una pistola, apareció bajo el dintel, ordenando:

—¡Deténgase!

Simultáneamente, en distintos lugares de la casa sonaron tiros y rumor de lucha.

Orbino abrió desmesuradamente los ojos e hizo ademán de arrojar sobre el enmascarado, pero éste le advirtió:

—¡Le mataré si no obedece!

Y hubo tanta seguridad en su afectada voz, que Collo desistió de su intento y buscó en todas direcciones como en demanda de ayuda.

—¿Quién es usted y qué pretende? —inquirió al fin, sin que en su acento se advirtiera temor alguno.

—Levante los brazos en vez de hacer preguntas y póngase de cara a la pared.

—¡Jamás permití que nadie me diera órdenes!

—Pues a mi va a permitírmelo a menos que desee sentirse el cuerpo relleno de plomo.

Reapareció la fría sonrisa en los labios del arquitecto, el cual se encogió de hombros, y repuso:

—Bien está. Me rindo ante lo inevitable.

Colocó las manos por encima de la cabeza y dirigióse hacia el sitio que le señalaba Bruce, quien, encarándose con la atónita Carla, le explicó:

—Regístrele mientras le tengo bajo el cañón de mi pistola.

Con paso inseguro avanzó la joven y cumplió el mandato. Extrajo un arma corta del bolsillo de Collo y la depositó sobre la mesa. De pronto, con rapidez inusitada, abalanzóse sobre el interruptor de la luz y dejó la estancia a oscuras.

Dave lanzó una maldición e hizo, fuego, pero la bala se clavó en una de las paredes. Arrojóse sobre la alfombra, temeroso de que le respondiesen de igual manera, más no ocurrió así.

Se arrastró haciendo zigzagueos, esperando siempre que una bala interrumpiese su camino, hasta dar con la llave que antes viera, e inundó el despacho de luz.

Carla y Orbino no estaban.

Recorrió Dave distintas habitaciones sin resultado alguno y, finalmente, hubo de reunirse con Homolca y varios agentes de la policía italiana, cuya Dirección habíase aprestado a ser útil al joven. La lucha tocaba a su fin. Los secuaces de Collo, heridos en su mayoría, pues fueron atacados de pronto y por sorpresa, se rindieron con relativa facilidad.

Ordenó Bruce que inspeccionaran todas las habitaciones en busca del lugar por dónde pudieron haber huido Carla y Orbino, mientras él consagrábase a llevar a cabo un registro minucioso de cuántos documentos caían en sus manos.

Al cabo de algún tiempo, reapareció Erle:

—Ya hemos encontrado la salida. Se trata de una galería secreta que comunica con un garaje de la vía Príncipe Amadeo.

—¡Otra vez será! De todas maneras, no podemos quejarnos. Estos papeles son muy valiosos. Te felicito, muchacho. Temí que no pudiésemos probar nuestras sospechas y que se nos exigiesen responsabilidades.

Homolca se esponjó ante el elogio.

—Creo que me he sacado la espina, ¿eh? Tenía localizada esta casa, como consecuencia de las visitas de Verdignesi y, sin embargo, no he intentado penetrar en ella hasta que me has acompañado tú.

—De no haber visto entrar también a Carla, es posible que no me hubiera decidido tampoco a dar el paso, no obstante la premura con que pusieron a mi disposición estos agentes.

Guardóse el antifaz, mientras decía:

—Averigua si se han llevado ya a los prisioneros.

CAPÍTULO VII

«VINO FRANCÉS»

A la mañana siguiente, Carla, después de gran lucha interna, se presentó en la embajada. Su idea principal era hallarse junto a Albert la mayor cantidad posible de tiempo y protegerle incluso con su vida si llegaba a ser preciso.

No temía nada de Orbino. El hecho de haberle salvado, apagando la luz tan oportunamente, la había reconciliado con él hasta el extremo de que le pidió perdón en el más humilde de los tonos. Se lo otorgó ella, mas, al propio tiempo, le hizo saber que todo había terminado entre ambos, pasara lo que pasase.

En Bruce no pensó siquiera. Lo que menos se le podía ocurrir era relacionarle con el enmascarado que la salvó de las garras del celoso arquitecto.

Su sorpresa, pues, no tuvo límites cuando el joven inspector penetró en su pequeño despacho, cerró la puerta por dentro y dijo, mirándola cual si quisiera llegarle con la vista al corazón:

—Escuche, muchacha. Ha llegado la hora de hablar claro. He conocido a muchas personas osadas, pero como usted, ninguna.

La joven se alzó de su asiento rápidamente y miró atónita a su interlocutor, quien siguió diciendo:

—A raíz de mi llegada a Roma, usted hizo el papel de defenderme empuñando una pistola contra el compinche suyo a quién más tarde hube de matar en defensa propia. Le he correspondido salvándola, sin comedia alguna, del hombre que la quiso estrangular anoche.

—¡Usted fue! —exclamó la muchacha contra su voluntad, desorbitando los ojos.

—Sí, yo fui el enmascarado que llegó a tiempo de evitarle la

muerte. Su modo de agradecérmelo fue apagando la luz y facilitando la huida del que iba a ser su asesino. No voy a recriminarla. Lo que sí pretendo es que me ayude diciéndome dónde puedo encontrar a Orbino Collo. Se trata de un elemento nocivo para la Humanidad. Usted no podrá considerarse segura mientras él viva. Si accede a mi petición y se aleja, además, de aquí, le prometo no denunciarla en gracia a lo que en otro tiempo significó para el señor Durand.

Comprendió la joven que nada adelantaría con altiveces y, sin gran trabajo, prorrumpió en sollozos, dejándose caer sobre el asiento que antes ocupara.

—Nada puedo decirle —murmuró—. Fui llamada a casa del señor Collo a cuyas órdenes trabajé como mecanógrafa en otros tiempos. Ignoro sus actividades. Sólo puedo decirle que anoche estaba como loco y quiso abusar de mí. Mi defensa le exasperó. Cuando usted hizo su entrada y le detuvo, apagué la luz, no para salvarle a él, sino por huir yo antes de correr la misma suerte. Me asustó la idea de que mi nombre figurase en la prensa con motivo de un escándalo.

La sonrisa burlona de Dave, la contuvo.

—¿Es que no me cree?

—Desde luego, no. Y le aconsejo que se quite la careta. Le ofrezco mi amistad, a pesar de todo. Demuéstreme ser merecedora de este comportamiento afectuoso.

—Le he dicho la verdad. Agradezco mucho lo que hizo por mí, pero mi gratitud no llega al extremo de permitir que me ofenda con sus dudas y acusaciones.

Se dirigió a la puerta y dio vuelta a la llave que Bruce había echado.

—Un momento, Carla —dijo éste. La muchacha se detuvo—. No me costaría trabajo alguno hacer que se la detuviera acusada de pertenecer a la organización de espionaje que dirige Orbino Collo. Tengo en mi poder pruebas que la hundirían, juntamente con sus compañeros. Una vez en la cárcel, sobrarían procedimientos para obligarla a declarar. Renuncio a todo eso y pongo ante usted mis cartas boca arriba. ¿No cree que haría bien colocándose a la altura de las circunstancias? Conste que no pienso insistir. Medite y responda.

—Pero ¿quién es usted?

—El secretario particular del embajador de los EE. UU., en Roma, ¿no lo sabía?

La respuesta había sido dada en tono de broma cariñosa. Costaba trabajo resistir a aquel hombre en ninguno de sus aspectos. Carla estuvo a punto de considerarse vencida, pero reaccionó mostrando una nueva fase de su habilidad para la ficción.

Volviendo atrás, aproximóse a Dave y exclamó con acento dramático:

—Haga de mí lo que quiera. Soy una víctima de la maldad de esos hombres a quienes usted y los que le acompañaban atacaron anoche. Contra mi voluntad me he visto envuelta en sus rollos, pero le juro que jamás hice daño a nadie ni me presté a nada que repugnase a mi conciencia.

—¿A nada? ¿Ni siquiera a servir de señuelo para que Guido Buratti me apuñalara en plena calle?

Saltó la corsa como si la hubiera mordido un reptil. Hasta los labios le palidecieron.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Olvídelo. Eso y todo estoy dispuesto a perdonarlo si se pasa a mí con armas y bagajes.

—¡Basta! —le atajó la muchacha, persuadida de que estaba descubierto todo su juego sin que le quedara resquicio por dónde escapar—. ¡No puedo ni quiero seguir escuchando sus insultos!

Salió con paso majestuoso.

Dave encendió un cigarrillo mientras sonreía ante las distintas transiciones operadas en aquella mujer, a la que, en medio de todo, rendía cierto tributo de admiración. La había querido impresionar, variando de táctica, con la esperanza de que, como otros delincuentes al considerarse perdidos, se aviniese a serle útil con tal de salir bien librada. Urgía al inspector llevar a término el asunto en Italia, antes de que se descubriesen los engaños contenidos en los informes facilitados por Durand. De ahí que tuviera verdadera prisa en apoderarse de Collo y apelase a aquel recurso que le acababa de fallar. Díjose, sin embargo, que Carla se apresuraría a comunicar a su jefe lo ocurrido y que ello le serviría de pista para localizarle, pues había adoptado medidas encaminadas a que los pasos y actividades de aquélla estuvieran vigilados, como asimismo los de

Verdignesi, a quién no había querido que se molestara a fin de que no relacionase a Albert con lo que estaba sucediendo.

Muchas personas cuyos nombres y direcciones, en clave, encontráronse en el domicilio de Collo, estaban ya en la cárcel. Otras, lograron escabullirse. Se habían cursado órdenes al resto de Italia para que se procediese de igual forma con no pocos elementos de la organización. Pero todo resultaba incompleto hasta tanto cayese la cabeza directora.

Dave se encerró en su despacho y tuvo un amplio cambio de impresiones con Erle.

Entre tanto, Carla buscó a Albert, a quién, sin descubrir sus relaciones amorosas con Orbino, hizo saber, a su manera, parte de la verdad.

—Es el verdadero jefe —le anunció— y está enamorado de mí aunque nunca le hice caso. No sé cómo ha descubierto nuestro cariño y me ha amenazado de muerte. También tú corres peligro enorme. Dave Bruce, ese secretario que tanta confianza te inspira, debe ser un agente secreto. Tengo mis razones para afirmarlo. Su misión junto a ti es vigilarte. Si averigua el lazo que te une con nosotros, nada te salvará.

El diplomático esbozó una leve sonrisa. Tentado estuvo de cometer una imprudencia acerca de la personalidad de Bruce, pero se dominó a tiempo.

Añadió Carla:

—Busca cualquier pretexto para que te designen un sustituto y márchate. Yo te acompañaré. Buscaremos un refugio seguro. Después, cuando todo se normalice...

La interrumpió él.

—No digas locuras. Yo no puedo abandonar mi puesto.

—¿No puedes abandonar tu puesto o no quieres separarte de donde está «ella»?

Era aquél un nuevo e incontenible ramalazo de celos. Durand se indignó, más Carla no quiso desdecirse:

—Sé que repetidas veces has procurado que Nancy y su padre te reciban.

—¡Calla!

Sonó la orden como un trallazo. La joven sintió miedo y su tono hízose otra vez suplicante:

—Perdóname. No puedo dominarme cuando imagino que continuas pensando en ella. Hazme caso. No seas loco. Te juegas la libertad, la vida.

—¡Basta! No quiero seguir oyéndote. Has agudizado mi mal humor.

En balde insistió la joven. La actitud intransigente de Albert obligóla a salir abrumada y acariciando, como nunca, el ansia de exterminio de Nancy.

Aquel mismo día, Aldo visitó a la corsa en el domicilio de ésta, informándola de la casi destrucción de la banda y trayéndole un recado de Orbino.

—El jefe —aseguró— la necesita. Sólo la presencia de usted le prestará bríos para reaccionar de este rudo golpe. La adora más que nunca. Se halla arrepentido de lo que intentó, y espera que usted, yendo adonde aguarda, le demuestre haberle perdonado. Para demostrarle que cree en usted, ha decidido la muerte de Nancy Baccort.

Resplandeció el semblante de la muchacha.

—¿Es eso cierto?

—Sin la menor duda. Mañana se celebra una recepción en la embajada francesa. Me he valido de medios para que se me invite. Uno de los camareros pertenece a nuestra casi deshecha banda. Charles Baccort y su hija asistirán. Con un poco de suerte, ella no saldrá viva de allí.

Tras un largo minuto de reflexión, dijo la joven:

—Cuando eso haya ocurrido, decidiré sobre el asunto que me plantea. Hágaselo saber así al jefe.

Durand se convenció aquella noche de que era inútil todo intento por reanudar su noviazgo con Nancy. No escuchó un solo reproche, mas pudo percibir, sin lugar a dudas, los efectos de la muralla de frío que la joven había levantado entre los dos. Charles procuró eludir todo encuentro para no verse en la precisión de negarle el saludo.

La fiesta resultaba animada en alto grado.

De voz en vez, elegantes camareros cruzaban los salones portando pastas y licores. Uno de éstos, aprovechando la oportunidad de que Nancy, terminado un baile, dirigíase hacia el ventanal más próximo, fue directamente a su encuentro desde el

rincón en que la había estado espiando y le ofreció la bandeja:

—¿Una copa de vino francés, señorita?

Vaciló la joven, pero al fin extendió la mano, tomando el finísimo cristal que el falso sirviente había puesto más cerca de su alcance.

—¡Un momento! —ordenó la conocida voz de Bruce, el cual no había hecho acto de presencia en los salones, si bien llevaba mucho rato deslizándose por sus proximidades.

La joven se detuvo, mirándole sorprendida. Los invitados que se hallaban cerca volvieron la cabeza hacia aquel punto.

Dave tomó el recipiente, a la par que decía:

—Démelo, por favor.

—Pero...

—No lo lamentaré.

Con la copa entre los dedos, cruzó la amplia sala dirigiéndose hacia donde Aldo afanábase en pasar inadvertido.

Tal manera de comportarse llamó la atención de cuántos lo vieron.

—Señor Verdignesi —dijo el inspector—, ¿tiene la bondad de beberse este vino?

El italiano palideció, esforzándose en mostrar una sonrisa.

—No comprendo...

—¿De veras? Bien, lo comprenda o no, acepte lo que le ofrezco.

—¿Es una imposición?

—Interprételo como guste.

Eleváronse protestas, entre las cuales sobresalió la de Charles, quien dijo:

—No comprendo cómo este entrometido se permite ciertas libertades.

Oyóle el inspector, pero no hizo comentario ni gesto alguno. Continuó mirando fijo al italiano, el cual barbotó:

—Me figuro que está usted loco.

—¡Beba!

—¡No!

El puño de Bruce salió disparado contra la barbilla de Verdignesi, quien cayó al suelo sin sentido.

Desentendiéndose de las exclamaciones arrancadas a la concurrencia, el joven inspector de la

F. B. I.,

inclinóse sobre Aldo y, entreabriéndole la boca, vertióle el contenido del recipiente.

De todas partes surgieron gritos airados. El propio embajador francés acudió presuroso. Algunos sirvientes trataron de abalanzarse sobre Bruce, quien, conteniendo a la excitada muchedumbre con un enérgico ademán, dijo:

—¡Unos minutos, señores! El vino que he hecho beber a ese miserable estaba destinado por él a la señorita Nancy Baccort, a quién he quitado la copa de los dedos cuando se disponía a llevárselo a los labios. Tengan un poco de paciencia y veremos lo que ocurre.

Había en su acento tanta seguridad y resultaron sus palabras de tal modo interesantes, que se produjo un silencio plúmbeo.

Las miradas posáronse en el rostro de Verdignesi, que, por segundos, se ponía violáceo. Su cuerpo se estremeció violentamente y de su garganta escapáronse aullidos de dolor.

La expectación hízose indescriptible. Nadie respiraba apenas. Nancy se estrechaba junto a su padre, quien exteriorizaba angustia sin límites.

—¡Un médico! —gritó alguien, absurdamente compadecido.

—Opino que no hace falta —dijo Dave, fríamente—. Este hombre ha muerto.

Efectivamente, Aldo Verdignesi acababa de expirar.

Murmullos, en todos los tonos, extendiéronse por los salones.

Explicó Bruce, haciendo una reverencia ante el embajador francés:

—Pido disculpas por mi actuación. Vigilaba a ese hombre, miembro destacado de una organización de espionaje, y le vi verter en varias copas el contenido de una botella que llevaba oculta. Uno de los camareros, cómplice suyo, dirigióse con el mortal vino a la señorita Baccort. Pude, sí, limitarme a detenerle, pero él hubiera negado su crimen, sin que se le pudiese probar. Me pareció justo que sufriese lo mismo que había querido producir.

—¿Dónde está ese falso criado? —preguntaron varias voces.

Sonrió Dave:

—No se preocupen. En el momento de mi intervención, varios amigos míos le apretaron los costados con los cañones de sus

pistolas. Estaba previsto todo. Reconocerán que se han desenvuelto de manera hábil. A estas horas, el sujeto va camino de la cárcel. Otro de mis colaboradores se ha hecho cargo de la bandeja a fin de evitar que nadie toque las demás copas, llenas también de veneno por si la señorita Baccort no aceptaba la que se le ofrecía.

Nancy avanzó hacia él, exclamando, emocionada:

—¡Gracias, Dave!

—¿Gracias de qué, señorita? No he hecho más que... como de costumbre, estar en mi puesto.

—Me parece —dijo Charles, adelantándose también hacia el joven— que vale usted más de lo que suponía. Le debo la vida de mi pequeña, ¿no?

—Creo que sí —bromeó el inspector.

—¿Quiere estrechar mi mano?

—¡Por una vez... no creo se perjudique usted mucho!

Un comisario de policía que, por orden superior, había prestado su ayuda y la de sus hombres a Bruce, acercóse a él y anunció, dirigiéndose a la concurrencia:

—Como representante de la autoridad, respaldo cuanto el señor Bruce ha llevado a cabo esta noche.

CAPÍTULO VIII

REACCIÓN INSOSPECHADA

Charles salió del hotel con el fin de realizar algunas gestiones particulares. Dos hombres correctamente vestidos que llevaban algunas horas rondando con disimulo aquellos alrededores, le vieron salir. Dejaron transcurrir veinte minutos. Subieron luego a un coche estacionado a relativa distancia del establecimiento y lo pusieron en marcha, deteniéndolo a poco ante el mismo.

Uno de ellos dirigióse al conserje, mientras el otro se rezagaba un par de metros.

—Deseamos hablar con la señorita Baccort. Dígale que de trata de un asunto oficial.

El conserje trasladó el recado a la encargada de la centralilla telefónica, la cual, previa consulta a la interesada, anunció a los visitantes que podían subir.

Fueron recibidos por la joven, la cual no se había repuesto aun por completo de la emoción sufrida la noche anterior en la embajada francesa.

Los desconocidos mostraron, insignias que les acreditaban como agentes de policía.

Amable en grado sumo, dijo uno de ellos:

—Nos permitimos suplicarle, señorita, que nos acompañe a la comisaría. Se hacen necesarios ciertos informes que usted a buen seguro, podrá facilitar. No se la molestará apenas.

La muchacha hizo un gesto de fastidio. Hízose cargo de que aquello no tenía nada de particular, pero lo encontró desagradable.

—¿Es absolutamente preciso?

—Debe serlo cuando el señor comisario lo dispone así.

—El caso es que mi padre ha salido...

—Dentro de media hora a lo sumo estará usted de regreso.

—Bien, bien. Voy a llamar para que me traigan el coche a la puerta.

—No se moleste, por favor. El nuestro espera.

—En ese caso, enseguida vuelvo. Voy a vestirme.

Entró en otra de las habitaciones.

Los falsos agentes hacían esfuerzos por dominar su impaciencia e inquietud. Respiraron aliviados viendo reaparecer a la joven, dispuesta para la marcha.

Salieron juntos. Nancy dijo al conserje el lugar adonde supuso iba. Subió al automóvil. Uno de sus acompañantes sentóse junto a ella, mientras el otro colocábase en el *baquet*. Arrancó el vehículo.

Era media tarde. Las calles estaban animadísimas. Nancy distrájose en mirar a través de una de las ventanillas. De pronto, horrorizada, sintió que sobre su boca caía un pañuelo, el cual le fue anudado a la nuca con rapidez prodigiosa, y que un férreo brazo la hacía caer al suelo del coche.

—Si se está quieta no le sucederá nada grave. De lo contrario, me veré obligado a golpearla.

Quedó ella inmóvil. El tono de aquel hombre no dejaba lugar a dudas.

Fue atada de pies y manos.

—¿Acabaste? —preguntó el que conducía; sin volver apenas la cabeza.

—Del todo. La cosa ha salido bastante bien.

—¡Claro! La audacia da casi siempre buenos resultados. Este mismo trabajo, hecho de noche, hubiera tenido grandes dificultades. En cambio, en pleno día...

El automóvil, tras largo recorrido, atravesó el Tíber por el puente Milvio, y dejó al fin atrás la ciudad. A ocho kilómetros, aproximadamente, de la misma, cruzó un pequeño bosque. El conductor hizo sonar el «claxon» con ligeras intermitencias de distinta duración. Al otro extremo del bosquecillo se alzaba una casa de dos plantas. La puerta del garaje anexo a esta hallábase abierta ya. El vehículo la cruzó.

—¿Qué? —preguntó un tercer hombre desde dentro.

—Aquí viene la paloma.

El más forzado de ellos tomó a Nancy en sus brazos y subió,

seguido de los otros, los peldaños que ponían en comunicación el garaje con el resto de la casa.

—Déjala aquí —indicó el que había recibido a los raptores, franqueando la entrada de un pequeño cuarto sin más luz que la que dejaba penetrar un ventanuco próximo al techo.

Fue obedecido.

—Desatadla y quitadle la mordaza. Puede gritar hasta cansarse.

Cumplióse también aquella orden.

Los tres miserables salieron cerrando por fuera.

La prisionera se friccionó los puntos martirizados por las ligaduras, conteniendo las exclamaciones que el dolor arrancaba de su garganta. Tenía la boca horriblemente seca y apenas si en principio lograba tragar la saliva.

Notaba con sorpresa que no se sentía muy asustada. Sus primeras sensaciones de pánico habían dejado paso a una serenidad de la que no se hubiera creído capaz nunca. Diríase que se había descubierto a sí misma como criatura valiente.

Al cabo de diez minutos, oyó chirriar otra vez el cerrojo. Sus aprehensores reaparecieron bajo el dintel. Al frente de ellos venía un hombre calvo, de chata nariz, cuyos ojillos despedían maligno relampagueo.

—Tongo la impresión, señorita —empezó diciendo—, que si la dejamos aquí sola se va a aburrir mucho. Queremos, pues, proporcionarle compañía. Va usted a escribir una carta a Dave Bruce en los términos que yo le indique. Él se apresurará a venir a «salvarla» y... ¡todos contentos!

Rió de su propia gracia. Sus acompañantes le imitaron. Uno de ellos presentóle recado de escribir. Nancy, demostrando un arrojo que dejó atónitos a los carceleros, arrojó al suelo, de un manotazo, lo que se le ofrecía.

—¡Caramba, gacela! —masculló el chato—. ¡No la creía tan brava!

Y de un revés en pleno rostro la hizo caer de espaldas.

—¿Le ha gustado? Eso no es más que el principio. Usted no tiene idea del repertorio que pondremos en juego si se muestra terca.

—¡Miserable! —rugió la joven—. ¡Aunque me hagan pedazos no conseguirán eso de mí!

—¿De veras?

Tornó a abofetearla. Nancy, como una fierecilla, se le echó encima y le arañó con furia.

No fue ya el chato solo. Los otros canallas empezaron a golpearla sin piedad.

—Quietos, muchachos. ¿Qué manera es esa de tratar a una señorita?

Se contuvieron todos.

Orbino Collo acababa de cruzar la puerta. Sus ojos parecían más abismales. Nancy no le había visto nunca. Ignoraba si se las había con un protector o con un nuevo enemigo. Sin embargo, al conjuro de aquella mirada, sintió una sucesión de escalofríos que le recorrían la espina dorsal.

Sus dudas cesaron tan pronto como se dio cuenta del respeto con que los demás le acogían.

—¿Qué es lo que ocurre? —quiso saber el recién llegado.

—Se niega a escribir a Dave Bruce. Asegura que se dejará matar antes de hacerlo —respondió uno.

Collo leyó la firmeza en el ensangrentado semblante de la muchacha. Acto seguido hizo una significativa seña a los hombres, y exclamó:

—Verdaderamente no creí que fueran ustedes tan necios. Menos mal que he llegado a tiempo de impedir una tontería. ¿Qué nos importa a nosotros ese tal Bruce? Lo que necesitamos es dinero y no creo que el muchacho que dicen lo tenga en abundancia —volvióse a Nancy, diciendo en tono suave—: Señorita, a quién debe usted dirigir unos renglones, sin dar lugar a nuevos malos tratos, es a su señor padre. No vamos a ser muy exigentes. Con cien mil dólares nos conformaremos. Para un millonario como el señor Baccort, la tal suma equivale a nada, sobre todo si a cambio de la misma puede recuperar a su bella hija única. ¿No lo cree así?

La comedia fue representada con tal perfección que Nancy creyó firmemente en lo que se le decía. Por otra parte, dábase cuenta de que su resistencia física tocaba al fin. La idea de que sus verdugos continuaran martirizándola, sometiéndola acaso a monstruosidades mayores, prodújole angustia mortal.

—¿Si escribo eso —preguntó— me dejarán tranquila y obtendré la libertad a cambio de la suma que ha dicho?

—¡Sin la menor duda! Yo soy un caballero esclavo de su palabra,

aunque piense usted lo contrario.

Contuvo la joven el deseo de decir lo que acababa de ocurrírsele y susurró:

—Está bien. Dicten lo que sea.

Presentóle el chato nuevamente las hojas de papel esparcidas por el suelo, mientras Orbino ofrecíale su propia pluma.

—Ponga el encabezamiento a su gusto —obedeció ella y añadió aquél—: «Estoy en poder de unos hombres que me matarán, después de someterme a todo lo peor, si no pagas por mi rescate cien mil dólares o su equivalencia en moneda italiana. Fijan un breve plazo para la percepción de dicha cantidad y exigen que tú o la persona que la traiga no se haga acompañar por nadie, pues a la menor sospecha en este sentido harán de modo que sólo encuentres mi cadáver. Mañana, a las cuatro de la tarde, habrá un automóvil de color gris perla junto al puente Milvio, por el lado norte, el cual ostentará como distintivo una pequeña bandera con los colores de los EE. UU. Tú o tu delegado os acercaréis, preguntando: “¿Cuál es el camino más corto para llegar a San Pedro?”. La respuesta será: “Suba. Tendré mucho gusto en llevarle”. Si todo se hace así, estaré salvada. De lo contrario, no volverás a verme. Confío en que no me abandones ni hagas ninguna gestión por encontrarme de otra manera, pues tú mismo me condenarían a muerte. Adiós, papá. Ansia abrazarte tu hija...».

—Firme —ordenó Collo.

Nancy lo hizo.

—Perfectamente —aprobó aquél, tomando lo escrito—. Deme una de sus sortijas. Aunque su padre conocerá, como es lógico, su letra, ese pequeño detalle acabará de convencerle de que se halla usted en poder nuestro.

Entregó la muchacha, sin despegar los labios, lo que se lo exigía. Tuvo Orbino irónicas frases de consuelo y, seguido de sus secuaces, abandonó el cuartucho, luego de asegurarlo con llave y cerrojo.

Entraron en una habitación del piso segundo y Collo, respondiendo a la muda pregunta que le dirigían sus hombres, explicó:

—Las mujeres suelen ser tercas. Algunas como ésta, por ejemplo, son capaces de todo antes de dar su brazo a torcer.

El chato, sin acabar de enterarse de la situación, dijo:

—Sí, claro, pero a usted no le interesa el rescate, sino atrapar a Dave Bruce.

Sonrió el jefe de manera incisiva, a la par que replicaba:

—Nunca pecaste de listo, Manzini. ¡Claro que no me interesa el dinero! ¡Lo único que me importa es destruir a Bruce, luego de hacerle confesar muchas cosas! Aseguraría que, además de la muerte de Verdignesi, es responsable de todo lo que nos viene sucediendo.

—¿Entonces...?

—¿Qué más da la persona a quién vaya dirigida esta carta? Juntamente con la sortija se la haré llegar a él.

—¡Aaah!

—Y acudirá, no hay duda. Acudirá y entonces. Bien, llévala tú mismo, Manzini.

La puerta se abrió suavemente. Todos se movieron como impulsados por un resorte. Bruce se hallaba allí, empuñando una automática.

—No hace falta que se moleste nadie —dijo, mordaz—. Aquí me tienen. Levanten bien los brazos y no hagan ninguna tontería si quieren conservar la piel por ahora. ¡Cuidado, chato feo! He dicho que levanten los brazos y no que acerquen la mano al bolsillo. Resulto peligroso cuando me enfado, ¿saben?

Dominando difícilmente la cólera y el temor, los cuatro hombres aprestáronse a obedecer. En aquel momento, un quinto espía apareció sigiloso tras Dave esgrimiendo una pistola cogida por el cañón. El muchacho, cual si un sexto sentido le impulsara, volvió la cabeza con rapidez. No pudo eludir el golpe pero sí evitar que le diese de lleno. Lo primero que se le ocurrió fue disparar, pero el nuevo enemigo empuñaba ya normalmente la pistola. Aunque, hubiera logrado matar a alguien, él habría caído sin remisión. Fingióse aturdido y dando pasos inseguros fue a chocar contra Collo a quién atenazó fuertemente, colocándole ante sí como una especie de humano escudo.

—Estese quieto, amable caballero del Museo Nazionale, y ordene a ese tipo que deje caer la automática. Sólo esperaré tres segundos. Si no me obedece, apretaré, el gatillo.

—¡Tira la pistola! —gritó el arquitecto.

Así lo hizo el subordinado.

Dave había vuelto a ser dueño de la situación, pero le duró poco. Un gran pisapapeles lanzado desde la habitación contigua le dio en la cabeza, derribándole como una masa inerte.

Los espías suspiraron.

—¡Bien, Battoldi! —exclamó Orbino, felicitando al nuevo secuaz que acababa de surgir, sonriendo satisfecho de su obra.

—No ha estado mal del todo —admitió éste.

Manzzini, dando paso a su furia, dio puntapiés al inanimado cuerpo de Bruce.

—Basta, basta —recomendó el jefe—. Tengo más motivos que nadie para aborrecerle, ya ven, me contengo. Necesitamos que se encuentre en el perfecto uso de sus facultades a fin de que nos diga muchas cosas. Llénenle junto a la muchacha. Tendrá un bello despertar... y su predisposición a mostrarse parlanchín subirá de punto. Regístrenle ante todo.

Le desposeyeron de cuanto llevaba encima. Luego Manzzini le cogió por los sobacos y le arrastro a la especie de calabozo que ocupaba Nancy que no pudo contener un grito de angustia al verle.

—¡Ya tienes compañía, ricura! —exclamó el chato, riendo brutalmente.

Salió, volviendo a cerrar.

Nancy apresuróse a colocar sobre su regazo la cabeza del joven y a restañar la sangre que le brotaba de la brecha que el proyectil le había abierto.

Le llamaba con la voz velada por lágrimas, haciendo cuanto se le ocurría para conseguir que recobrase el conocimiento. Sus afanes dieron fruto. El muchacho entreabrió los ojos, parpadeó nerviosamente al ver a Nancy, siendo esto un poderoso reactivo que le hizo recobrar la noción de las cosas en pocos segundos. Una débil sonrisa apareció en sus labios.

—¡Oh, Dave! ¿Cómo has venido? Yo no quería... Me negué a escribirte... Aunque tampoco ha habido tiempo...

—Tranquilízate querida. Nadie me llamó. Te vi salir del hotel en compañía de dos hombres y mi coche siguió al que tú ocupabas, procurando que no me descubriese. No pude perder tiempo en avisar a nadie, era preciso seguir la pista. He entrado valiéndome de mis propios medios, jugándomelo todo y la suerte me ha vuelto la espalda.

—Pero tú, ¿por qué te comportas de este modo?

—Por dos razones esencialísimas: la primera de ellas es que te quiero con todas las fuerzas de mi vida...

—¡Dave!

—Te lo digo ahora... por si esta gentuza me impide volver a hablar.

—¡Calla!

—No quiero asustarte, pero es necesario estar prevenidos para todo —mintió piadosamente, al añadir—: A ti te respetarán, sin duda, pero yo les estorbo demasiado. Te aseguro que les costará trabajo liquidarme. Aun sin armas, soy duro de roer. Bien, continúo. Para mí no ha habido en el mundo más mujer que tú. Renuncié a tu amor por dignidad.

—¡También yo te quiero! Jamás estuve enamorada de Albert. La ruptura me hizo casi feliz.

—El segundo motivo de mis actuaciones es... que pertenezco a la

F. B. I.

—¡Oh!

—Soy inspector de dicho organismo. Durand corría un peligro serio y, para protegerle, me hice aparentemente secretario suyo...

Interrumpióse. El cerrojo acababa de chirriar, aunque muy suavemente, cual si la persona que lo recorría tuviese empeño en que no se la advirtiera.

Bruce, olvidado del dolor físico, se incorporó colocándose como una fiera dispuesta al salto.

La puerta se abrió con lentitud y Carla penetró, llevando un dedo sobre los labios para imponer silencio.

—He oído cuánto han dicho —anunció— y quiero ayudarles. Usted, Dave, me salvó la vida y justo es que pague mi deuda. A usted, señorita, he dejado de aborrecerla en estos momentos. Me será más fácil conseguir el amor de Albert, si se casa usted con este hombre, que si muere. Vengan. «Ellos» se encuentran en el piso de arriba estudiando la manera de obtener el mayor provecho de ustedes. No hay tiempo que perder.

Echó a andar sigilosamente. Nancy y Dave, mudos de estupor, la siguieron, recorriendo en breve plazo la distancia que les separaba del garaje, cuya puerta de comunicación abrió la corsa.

—¡Suerte! —exclamó ésta.

Y Bruce prometió:

—No la olvidaremos, Carla.

Minutos después, encontrábanse en el campo, envuelto ya en las primeras sombras de la noche. Corrieron hacia el lugar donde el joven inspector dejara oculto su automóvil. Les urgía encontrar un teléfono.

Carla, cuando los hubo visto desaparecer, cerró la puerta. Al volverse, se encontró con Manzzini que la miraba extrañado. Estremecióse ella.

—¿Qué hace usted? —preguntó el chato.

—Nada. He asegurado esto bien.

Fruncióse el entrecejo del hombre. La respuesta no le satisfizo. Él mismo había cerrado poco antes a conciencia. Abstúvose, no obstante, de todo comentario y se limitó decir:

—El jefe desea verla.

Subieron a la habitación donde precedidos por Collo, congregábanse los escasos supervivientes de la banda en Roma.

—Pasa, querida —invitó aquél—. No has debido ausentarte. Tu opinión nos es muy útil.

Con forzada serenidad, repuso la joven:

—Por complacerme a mí, mejor dicho, por seguir una sugerencia que a mi entender beneficiaba a la organización, murió Verdignesi y fue detenido otro compañero. No quiero nuevas responsabilidades de esa índole. A eso se debe que, cuando han empezado a ocuparse de la suerte de la prisionera, haya preferido ausentarme.

Tales palabras causaron buen efecto, sobre todo en Orbino, quien, en medio de las desventuras, sentíase casi feliz por haberse reconciliado con la mujer de su tardía y fuerte pasión.

—Muy discreta tu actitud —dijo—, pero debes desechar esos escrúpulos. Nadie puede culparte de que ese esbirro anduviese por allí. Dadas las actuales circunstancias, he renunciado a dar órdenes, prefiriendo que cuanto hagamos sea por acuerdo de todos. La suerte de Dave Bruce está echada. Le obligaremos a hablar hasta cansarnos de oírle... y luego enmudecerá para siempre. Sobre la muchacha hay diversidad de opiniones. ¿Cuál es la tuya?

—Creo que es hartó conocida.

—¿Debe morir también?

—Me parece lo más sensato.

Reanudóse la discusión. Sostenían unos que se debía hacer lo necesario para obtener los cien mil dólares de rescate. Argumentaban otros que procedía eliminarla cuanto antes y huir de Roma en espera de mejores tiempos.

Finalmente, prevaleció el criterio de estos últimos.

—Bien —aprobó Collo—. Manos a la obra. Vean si Bruce ha recobrado el conocimiento y traigan aquí a los dos.

Salieron varios hombres para volver a los pocos minutos, demudados y coléricos.

—¡No están!

—¡Han huido!

Levantáronse con rapidez.

—¡Imposible! —bramó el jefe.

Y corrió, seguido de los demás, escaleras abajo.

El espectáculo del calabozo vacío, arrancó exclamaciones de diversas clases.

—¡Alguien nos ha traicionado! —rugió Orbino.

—¡Me figuro quien ha sido! —repuso Manzini, fijando en Carla sus ojillos relucientes.

—¡Hable!

—¡Pronto!

—¡Esa mujer! —Y avanzó, señalándola con el dedo, cual si la quisiera perforar.

—¡Está usted loco! —refutó Orbino, montando en cólera.

—No lo estoy. Todos estábamos arriba. Únicamente salió ella. Cuando yo salí a buscarla, estaba cerrando la puerta del garaje.

A excepción de Collo, todos se volvieron en actitud amenazadora a la joven, quien, forzando una sonrisa, dijo:

—¡Nunca hubiera sospechado oír tal disparate! ¡Libertarles yo, que soy la persona que más les odia!

La respuesta hubiera resultado convincente de haber sido dada en otro tono, pero las palabras brotaron temblorosas. Además, su semblante estaba pálido.

—Carla... —murmuró. Orbino—. No puedo creerte culpable. Repite que no lo eres. Dinos lo que hiciste al salir de la habitación en que estábamos.

—Veo que también tú dudas.

—No se trata de mí, sino de tus compañeros.

—No hice nada de particular. Deambulé por la casa. Vi mal cerrada la puerta del garaje y...

—¡Mentira! —tronó Manzzini—. ¡La había asegurado yo!

—Y eso, ¿qué importa? —replicó Collo—. Puesto que los prisioneros han huido, nadie sabe cómo, la abrirían ellos mismos. No permito...

Por varios sitios a la vez irrumpieron en el lugar de discusión numerosos agentes de policía, guiados por Bruce. Homolca formaba parte de la fuerza.

—¡Manos arriba! —tronó el teniente que los mandaba.

La respuesta de los espías fue echar mano a las pistolas, decididos a morir matando.

—¡No tiren sobre la chica! —recomendó Dave.

—¡Tiraré yo! —rugió Manzzini.

Y metió una ración de plomo en el corazón de Carla, la cual se desplomó, desorbitados los bellos ojos, sin lanzar un grito.

Apenas tuvo el tiempo el criminal de enterarse de su crimen, pues Bruce le atravesó el cráneo.

La batalla resultó tan breve como sangrienta. Los representantes de la ley, además de aventajar en número a sus enemigos, entraron con las armas en las manos, mientras que éstos hubieron de empuñarlas.

Orbino cayó para siempre como consecuencia de una bala entre los ojos disparada por Erle, el cual sufrió, a su vez, la mordedura del plomo en la pierna derecha. Bruce sintió que le abrasaba la mejilla y que la sangre le caía sobre el hombro. Un agente murió y otros varios recibieron heridas más o menos graves.

Los espías fueron aniquilados en vista de que, aun desde el suelo, sangrantes, seguían haciendo uso de las pistolas.

CAPÍTULO IX

EL ÚLTIMO DRAMA

Durand, bajo los efectos del alcohol, al cual apelaba con frecuencia en los últimos días, se encaró, hecho un energúmeno, con Bruce:

—¡Vete! ¡Una vez más te lo digo y sin miedo a que se produzcan en mí nuevas reacciones que me induzcan a cambiar de opinión! ¡Vete! ¡Por tu culpa estoy desesperado! ¿Qué beneficios me reportó tu ayuda? Continúo bajo la misma amenaza de antes. He perdido a Nancy y con ella la posibilidad de llegar en mi carrera adonde me propuse. Ha muerto Carla...

Dave, sujetándose el esparadrapo que se le había desprendido de la mejilla, retiró la botella de coñac que Albert tenía a su alcance y dijo:

—Si estuvieras en tu pleno juicio, razonarías de otro modo. Eres el único culpable de lo que te ocurre. En cuanto a los resultados de mi gestión, aunque tú no los estimes, estoy seguro de que han contribuido a un bien internacional.

—¡Vanidoso! Anda, déjame tranquilo. Quiero dormir.

—Bien. Voy a dejarte, pero no me alejaré demasiado. En cuanto a tu sueño, procura que no sea muy profundo. Oliver Jackson debe encontrarse ya en Roma.

Durand parpadeó repetidas veces en pocos segundos. La noticia acababa de producirle el efecto de una fría ducha.

Añadió Bruce:

—En Nueva York no se le ha perdido de vista. Sólo se esperaban mis instrucciones para echarle mano. Me disponía a cursarlas, una vez acabado con el asunto de aquí, este asunto que merece tus censuras, cuando me ha llegado un cable anunciándome que ha

tomado pasaje aéreo para Roma. Nada tendría de particular que te visite, ¿no crees?

Albert se llevó ambas manos a la cabeza y se oprimió las sienes, exclamando.

—¡Es el final! ¡El horrible final!

—Puede que lo sea. Este chantaje trágico no podía prolongarse indefinidamente.

De nuevo sintióse Durand atacado por la cobardía:

—¡No me abandones, Dave!

Sonrió, displicente, éste.

—No podré abandonarte aunque quisiera. Tengo que terminar mi misión. Deja quieto el coñac. Échate en la cama y llámame si como es lógico viene Jackson.

Salió, sin despedirse, y encerróse en las habitaciones, contiguas a las del embajador, que ocupaba en el mismo hotel.

Transcurrió el tiempo. La noche no estaba muy avanzada todavía. Durand encendió un cigarrillo, y desentendiéndose de las recomendaciones que le hiciera su amigo, sirvióse otra copa, llenándola hasta los bordes, y otra y otra...

Llamaron a la puerta.

—Adelante —autorizó, con voz torpe.

Se levantó como un autómatas viendo aparecer a Jackson, el cual cerró tras sí, y dijo, con ironía punzante:

—Encantado de verle, señor embajador. Espero me perdone por no haberme hecho anunciar, pero tenía mis motivos para temer que no quisiera recibirme y me interesa la rápida celebración de esta entrevista.

Albert, apretados los dientes, clavó sus pupilas en el enemigo, escudriñándole a través de un impalpable velo rojo.

—¿Qué busca usted aquí? —inquirió, roncamemente.

—¡Vaya pregunta! Le supuse más inteligente.

—¡Responda!

Dióse cuenta Oliver de que la actitud de su interlocutor distaba mucho de ser normal y redobló la guardia en previsión de lo que pudiera sobrevenir.

—Le busco a usted, señor Durand. Recibí los informes que entregó al desgraciado señor Verdignesi, informes totalmente falsos. Cualquiera al comprobar dicha falsía, se hubiera apresurado a

tomar ciertas represalias, pero yo no soy «cualquiera». He admitido la posibilidad que causas superiores le impidiesen seguir la línea trazada. Para hundirle tengo siempre tiempo. Las precipitaciones no conducen a nada útil. Antes de adoptar tal medida me ha parecido prudente comprobar los hechos por mí mismo.

Tomó asiento calmosamente frente a su interlocutor, el cual le observaba con el entrecejo cada vez más fruncido, dominando a duras penas el ansia de estrangularle.

Continuó Oliver:

—Le confieso que mi impresión al llegar a la capital de Italia no ha podido ser más desastrosa. «Nuestras» perdidas resultan difícilmente recuperables. Sin embargo, la experiencia demostró mil voces que de toda ruina cabe salvar algo. Ése es el fin que me impulsa. ¿Puede usted ayudarme, señor embajador?, ¿puede probar que se halla al margen de lo acaecido? ¿Conoce a la persona o personan que tanto daño nos han hecho? ¿Dispone de algún dato importante, fundamental, que nos compense de tal descalabro?

Su voz pasaba del tono bajo profundo al silbido de reptil. Tabaleaba con los dedos en la mesita próxima y parecía rebuscar con los ojos en las profundidades de Albert, el cual apuró, sin desviar la mirada, otra copa.

A buen seguro que de no haberse encontrado rozando los umbrales de la embriaguez, el comportamiento de éste hubiera sido otro, pero el alcohol había descentrado su cerebro condensándole todas las ideas en una: matar al culpable de que su vida estuviera deshecha.

—¿Ha concluido ya de preguntar sandeces? —rezongó, agresivo.

Oliver crispó los dados. No había supuesto, ni remotamente, recibir aquel trato. Aun considerando a Durand culpable, no se le ocurrió imaginar que hubiera intervenido en la destrucción de la banda y se dijo que podría valerse de él para sin perjuicio de deshacerle luego, averiguar cuánto de interés conociese.

—¡Está usted borracho, repugnantemente borracho!

—¡Usted sí que es repugnante de todas las maneras! ¡No le temo! ¿Se entera bien? ¡No lo temo a usted ni temo a nadie!

Jackson se levantó y dio unos pasos hacia la puerta, exclamando:

—¡Se acordará de esto!

Pero Durand no le permitió salir. Saltó como un gato montés y se le echó encima dispuesto a matarle.

Rodaron, derribando muebles.

Albert, jadeante, multiplicadas sus fuerzas por la furia, logró atezar la garganta del adversario, aquella garganta que en pocas minutos llegara a constituir su obsesión, pero este pudo librarse del dogal y colocarle las rodillas sobre el vientre. No por eso cedió Durand. Aun en aquella postura difícilísima, atezó nuevamente el cuello del enemigo quien falto de respiración, sacó, con trabajo, un puñal y lo hundió en el pecho del diplomático.

Un alarido agónico rasgó los aires.

Incorporóse Jackson y corrió presuroso buscando la huida. Mas hubo de detenerse viendo aparecer a Bruce, el cual le encañonaba con una automática. Tras el recién llegado acudían presurosos algunos huéspedes atraídos por el rumor de la lucha, y, especialmente, por el grito postrero que Albert lanzara.

—¡Quieto! —ordenó Dave.

Jackson, considerándose perdido ya, retrocedió de espaldas, mirando en todas direcciones.

—¡No se mueva o disparo!

La respuesta del espía fue empuñar una pistola con prodigiosa celeridad.

No llegó a utilizarla. Bruce apretó el gatillo, atravesándole la muñeca. Deseaba cogerle con vida a fin de obtener informes, y que luego se encargase de él el verdugo.

Rugiendo de dolor y de ira, llegó Oliver hasta el balcón abierto. Bruce disparó de nuevo, alcanzándole en una pierna, más no logró impedir que aquél diese un salto en el vacío. Su cuerpo produjo un ruido seco al estrellarse, ruido que percibieron cuántos habían penetrado en la estancia.

El inspector, desentendiéndose de las exclamaciones que brotaban en su torno, llegó hasta Durand y se inclinó.

No había nada que hacer. La vida se había escapado de, aquel cuerpo.

El chantaje había culminado en nuevos frutos de tragedia.

—Adelante —dijo Bruce, dejando de leer. La puerta se abrió, dejando paso a Nancy.

—Hola, querido.

Contuvo el muchacho el impulso de besarla y respondió, suavemente.

—Buenos días.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Todo.

—No es demasiado. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Vengo a decirte que mañana regresamos a Nueva York y que hemos reservado una plaza para ti.

—Te lo agradezco, muchacha, pero no puedo marcharme todavía. Mi buen amigo y gran ayudante Erle Homolca no se encuentra aún en condiciones de emprender el viaje y no pienso separarme de él.

—¡Qué contrariedad! Yo no había caído en eso. Anularemos la petición de billetes.

—¿Anularla? De ningún modo, Nancy. Nuestra aventura ha terminado y, como es lógico, nuestras vidas vuelven a separarse.

—¡Pero tú me dijiste...!

—Olvidalo. Cuando te hablé de eso a que quieres referirte, daba como seguro que ninguno de los dos veríamos la luz de un nuevo día. Todo pasó... y yo vuelvo a situarme en el puesto que me corresponde.

Abrióse la puerta otra vez y Charles entró diciendo:

—Precisamente, para conseguir que así sea, te hemos venido a visitar.

—¡Señor Baccort!

—Estaba equivocado. El puesto que te corresponde es el de yerno mío.

—Es que...

—¡Silencio! ¿Quieres pedirme la mano de mi hija... o tendré que pedirte la tuya?

Hubo una breve pausa. Los tres personajes se miraban emocionados. Sonrió Dave, y repuso:

—Bueno... planteada la cosa así... le pido la mano de Nancy... y aprovecharé de este modo los instantes que tarde en concedérmela.

Abrazó a la joven y la besó largamente.

**BUSCANDO A UNA BELLÍSIMA
RUBIA...**

Alan Lorimer, joven agente federal, recorrió durante un mes todo el litoral comprendido entre Baltimore y Annápolis... Pero hubiese sido mejor buscar a un tigre en la selva, porque tras aquella mujer aguardaba...

LA MUERTE

En su última novela, titulada:

"Los tiburones del Tritón"

el genial escritor:

PETER DEBRY

ha logrado una de las mejores narraciones de aventuras y espionaje que se han escrito jamás...

¡No deje de adquirir!

"Los tiburones del Tritón"

por Peter Debry.

Que constituirá uno de los mayores éxitos de la Colección:

SERVICIO SECRETO

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 264 - Trini de Figueroa
 * DESDE AQUEL BESO ..
 Núm. 265 - Desabel
 * AMOR PASADO POR AGUA
 Núm. 266 - Mercedes Muntó
 * AMBICION
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 104 - María Teresa Larga
 * TE CONQUISTARÉ
 Núm. 105 - María Láz
 * ENTRE DOS CAMINOS
 Núm. 106 - Sergio Duval
 * LA HORA DEL RETORNO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 160 - Sergio Duval
 * AVES SIN NIDO
 Núm. 161 - María Adela Durango
 * EL HUESPED DEL CASTILLO DUNTHEY
 Núm. 162 - Trini de Figueroa
 * ROMPIENDO EL PASADO
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 205 - Fidel Prado
 * EL MISTERIOSO STOKEY
 Núm. 206 - Raf Segram
 * UN HOMBRE QUE NO PERDONA
 Núm. 207 - Orland Garr
 * RURALES DE TEXAS
 APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 69 - Peter Debry
 * GONGO KONG
 Núm. 70 - Jack Grey
 * CHANTAJE TRAGICO
 Núm. 71 - Peter Debry
 * LOS TIBURONES DEL "TRITON"
 APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 23 - Clem Yore
 * JUSTICIA DEL GATILLO
 Núm. 24 - Zane Grey
 * LEONES EN EL GRAN CAÑON
 Núm. 25 - Charles B. Judah
 * TOM BONE
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

Últimos volúmenes aparecidos.

* Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 pts

